

La
Biblia
de los
Cielos

APÉNDICES
TOMO 2 DEL
TESTAMENTO
DE JON

A hooded figure in a dark, hooded jacket stands in the foreground, looking towards a large, full moon in a dark, stormy sky. In the background, a large, multi-story building is engulfed in bright orange and yellow flames. The scene is framed by a dark, ornate border.

J. G. MESA

Contents

[La Biblia de los Caídos](#)

[Copyright](#)

[Versículo 1](#)

[Versículo 2](#)

[Versículo 3](#)

[Versículo 4](#)

[Versículo 5](#)

[Versículo 6](#)

[Versículo 7](#)

[Versículo 8](#)

[Versículo 9](#)

[Versículo 10](#)

[Versículo 11](#)

[Versículo 12](#)

[Versículo 13](#)

[Versículo 14](#)

[Versículo 15](#)

[Versículo 16](#)

[Versículo 17](#)

[Versículo 18](#)

[Versículo 19](#)

[Versículo 20](#)

[Versículo 21](#)

[Versículo 22](#)

[Versículo 23](#)

[Versículo 24](#)

[Versículo 25](#)

[Versículo 26](#)

[Versículo 27](#)

[Versículo 28](#)

[Versículo 29](#)

[Epílogo](#)

[Más libros de La Biblia de los Caídos](#)

[Sobre el autor](#)



**LA BIBLIA DE LOS CAÍDOS
TOMO 2 DEL TESTAMENTO DE JON**

SMASHWORDS EDITION

Copyright © 2016 Juan González Mesa
Copyright © 2016 El desván de Tedd y Todd

Edición y corrección
Nieves García Bautista

Diseño de portada
Javier Charro



1

Tras la desaparición de su primogénito, su bien máspreciado, Coro, el líder de los licántropos de Sierra Morena, se había vuelto loco de rabia y frustración. Buscaron durante días y semanas, pero ni el más sagaz de los exploradores encontraba rastro alguno de su hijo Rod más allá del Desfiladero del Mediodía. Aquello parecía cosa de magia, de runas, y por eso Coro acabó enviando a un pequeño grupo para parlamentar con los brujos del mercado medieval de Alcalá de Guadaíra. Si alguien podía tener conocimiento sobre una runa que anulase la capacidad de rastreo de un licántropo, ese era, sin duda, un brujo.

Había adjudicado entonces el liderazgo del grupo a su hija Rial. A pesar de que la tradición no era favorable a que las hembras diesen órdenes, Coro pensó que Rial no cejaría en el empeño hasta dar con su hermano. Desde entonces, las horas pasaban con la lentitud con que se cura una herida en las tripas. El tiempo se transformó en una maraña de incertidumbres. Ni siquiera el viento parecía moverse.

Hasta que finalmente escucharon un aullido proveniente del sur.

Cuatro días después de la marcha del grupo, los vigías del desfiladero avisaban de su regreso. Coro, que intentaba entretenerse remendando sus propias ropas, se incorporó con rapidez, apartó de un manotazo la lona de cuero y salió de la tienda. En pocos pasos se plantó en el centro del poblado. Los recién llegados, rodeados por una cuadrilla de vigías, eran solo dos, y uno llevaba al otro maniatado y casi a rastras, como si se tratase de un prisionero. Aquello era sorprendente, pero más sorprendente aún era que hubiesen vuelto sin la otra mitad del grupo: Rial y el gigante Nuk.

—¿Qué es esto? —exigió el líder—. ¿Dónde está Rial?

Los vigías se echaron a un lado ante la presencia de Coro. Cram, el mayor de los recién llegados, tiró de la cuerda para hacer que Dero cayese de rodillas. Luego agachó la cabeza por respeto hacia su líder.

—Tu hija sigue buscando. Me ordenó que trajese a este traidor para que recibiera su castigo.

Los demás licántropos parecían tan confusos como Coro. Algunos salían en ese momento de sus tiendas de madera y cuero, y murmuraban preguntas para enterarse de lo que sucedía. El líder se cruzó de brazos y observó a Dero, que permanecía arrodillado; la cabeza rapada por encima de las orejas del joven licántropo mostraba gotas de sudor, aunque el aire era frío.

—¿Traidor? ¿Es que Dero tiene la culpa de que mi hijo Rod haya desaparecido?

—Peor que eso.

—¿Qué puede ser peor que eso?

Todos los miembros de la manada allí reunidos, al menos cincuenta, guardaron silencio ante los árboles y las montañas y el viento del norte.

—Intentó matar a tu hija. Pero no temas; Nuk la salvó.

Entonces se reavivó el murmullo por todas partes, hasta alzarse casi en griterío. Para algunos, aquello era imposible; para otros, más que probable. Conocían la impulsividad de Dero y su desprecio por las hembras, que iba más allá de las buenas costumbres. Había incluso quien sospechó en su momento que nada bueno podía surgir de la idea de poner a Rial a liderar un grupo, aunque fuese pequeño, y aunque ella fuese la hija del líder de la manada de Sierra Morena.

—¡Basta! —ordenó Coro.

Centenares de pájaros huyeron de los árboles al oír el grito, los insectos voladores se alejaron y los licántropos guardaron silencio.

—¿Por qué no ha venido Rial a decírmelo? ¿Está malherida? ¿Retenida?

—Solo la retiene la obligación de encontrar a Rod, como tú ordenaste —respondió Cram—. Nadie podrá convencerla de descansar hasta que lo encuentre, ni siquiera tú mismo, la verdad.

Coro no parecía satisfecho, pero se vio obligado a suspirar. Luego dirigió su mirada hacia Dero, una mirada llena de ira contenida.

—¿Por qué has intentado matar a mi hija?

El joven soltó una risotada que le hizo elevar la barbilla. Los ojos de Coro se entrecerraron de pura indignación. Cram dio un paso adelante y le lanzó al reo una patada en el hombro, con poca fuerza, la justa para que tuviera que apoyarse en el suelo con sus manos atadas por sogas.

—¿Te ríes de tu líder? —le increpó.

—Me río de ti, mierda de vaca —respondió Dero.

—¿Te ríes de mí? ¿Rial me ordena que te traiga ante tu manada, acusado de intentar matarla, y tú te ríes de mí?

Dero volvió a alzar la mirada. Le guiñó un ojo a Cram y luego se volvió hacia el señor de los licántropos.

—Siempre ha tenido una mierda de carácter.

Cram mostró las manos como quien pide ayuda para algo que, en principio, no parecía que fuese a suponer mayores problemas. El líder supo controlar tanto su estupor como su ira, ya que lo que le pedía el instinto en ese momento era coger a alguien por el cuello y arrastrarlo por las rocas de Sierra Morena hasta desollarlo. Sin embargo, se limitó a hacer un gesto a ambos para que guardasen silencio. Confiaba en que su voluntad y su capacidad de intimidación pusiesen fin a esa situación absurda para poder así aclarar lo sucedido.

Se acercó un poco más, transformados sus ojos y cada fibra de su poderoso torso en una amenaza.

—Cram te acusa de haber intentado matar a Rial, mi hija, que partió en busca de Rod, mi hijo. Estás a tiempo de explicar tus motivos y tienes mi palabra de que tendrás un juicio justo.

Dero inclinó un poco la cabeza, pensativo. Luego volvió a mostrar su sonrisa socarrona, y finalmente dijo:

—Yo digo que Cram miente. Podrías preguntarle a él por qué miente y darle tu palabra de que tendrá un juicio justo, pero solo hay una manera de saber quién dice la verdad, según las leyes de la manada: su palabra contra la mía, en un desafío por combate.



2

La puerta de la tienda permanecía cerrada. Era oscura, fea, pequeña, incluso demasiado oscura, fea y pequeña para el barrio empobrecido en el que se encontraban, el Pópulo, del que habían oído que era el núcleo civilizado más antiguo de Europa. Los ancianos de la manada de Rial, licántropos agrestes alejados de las grandes urbes, habrían dicho que ese era el reflejo de la decadencia de cualquier civilización humana.

En opinión de Rial, todo se pudría para que volviera a nacer algo nuevo, tanto en la ciudad como en el monte. Los ancianos de la manada quizá llevaban demasiado tiempo sin despellejar un conejo infestado de pulgas, encerrados en sus tiendas para meditar o en las cuevas para mantener los fuegos sagrados y las pinturas rituales.

—Me habría gustado volver a Alcalá de Guadaíra para hablar con el brujo que nos vendió la runa —dijo Nuk.

—Lo que te gustaría es arrancarle la cabeza —replicó Rial—. Y esa es la frase más larga que te he escuchado decir desde que te conozco.

El enorme licántropo torció la comisura de los labios para sonreír, como si se sintiese orgulloso de ser poco hablador. Rial parecía tan solo una chica espigada al lado de él. Sin embargo, la hija de Coro representaba en realidad un perfecto ejemplar de licántropo hembra, con una altura cercana al metro noventa, atlética y fibrosa, los hombros anchos y estilizados que podría poseer una nadadora profesional, la mirada fiera, la melena parda y unos rasgos tan atractivos como duros. Pero Nuk era más grande, más ancho, más amenazador.

Rial tocó a la puerta de la tienda. Había una mujer sentada en un portal cercano. Separaba las hojas oscuras de una canasta de alcachofas mientras vigilaba a dos niños que jugaban al fútbol. La mujer miró a Rial cuando percibió el interés de esta por la tienda. Aquel no debía ser un local con buena fama en el Pópulo. O quizá se trataba de que ellos mismos presentaban un aspecto sospechoso. Los miró con bastante descaro, aunque a veces apartaba los ojos para seguir controlando a los niños. Rial no se tomó a bien la actitud de la vecina y frunció el ceño para intentar intimidarla. La mujer levantó la barbilla y preguntó:

—¿Qué quieres tú?

Lo dijo muy rápido, como si fuese una sola palabra. Aquella mujer parecía no tenerle miedo a ella, ni a Nuk ni a nadie. Entonces Rial comprendió que actuaba así porque había niños por medio; sería una señora civilizada, pero no dejaba de tratarse de una hembra cuidando cachorros. La saludó con una respetuosa inclinación de cabeza.

La puerta de la tienda se abrió. Rial y Nuk pasaron dentro.



El brujo se presentó como Víctor y no se diferenciaba demasiado de aquel que los había atendido en Alcalá de Guadaíra: de unos once o doce años, vestido con ropas ajadas y con aspecto de estar pasando hambre o una gripe muy fuerte. La tienda, sin embargo, era más grande y parecía menos abarrotada que aquella del mercadillo medieval. Las paredes eran de piedra ostionera y en algunas estanterías podían verse objetos muy antiguos y de dudosa utilidad: ánforas cubiertas de fósiles marinos, pulseras de roca, platos oxidados.

Los objetos en venta debían estar en los muebles negros de madera que ocupaban el centro o, más probablemente, en alguna estancia secreta de la tienda.

—¿Es cierto? —preguntó Rial—. ¿Esta es la ciudad más antigua de Europa?

Había decidido mostrarse amable con aquel brujo y probó con una conversación informal. Lo cierto era que casi no les quedaba dinero para pagar por objetos ni información y la experiencia le había enseñado, en poco tiempo, que un brujo mal predispuesto podía encarecer mucho los precios.

—Eso dicen los humanos —respondió Víctor.

Terminó de limpiar una pequeña vasija de bronce. Usó una escalerilla de madera para colocarla sobre una estantería. Una vez satisfecho con la ubicación de la vasija, se bajó de la banqueta y añadió:

—Pero todas las ciudades son recién nacidos en comparación con la Tierra.

El brujo, al parecer, también quería mostrarse amable. Hablar de la Tierra en esos términos era una referencia clara y respetuosa a las creencias de los licántropos, muchos de los cuales la consideraban un elemento de consciencia y poder más importante que el mismo Dios.

—Todo es joven comparado con la Tierra —puntualizó Nuk.

El brujo inclinó la cabeza. Volvió a su puesto tras el mostrador.

—¿En qué puedo ayudaros?

Rial se acercó.

—Hace unos días adquirimos una runa buscasangre para rastrear a alguien a quien no podíamos seguir por nuestros propios medios. Pero la runa nos llevó a otra persona.

Víctor frunció el ceño de modo casi imperceptible.

—Adquiristeis esa runa en...

—En el mercadillo medieval de Alcalá de Guadaíra.

—Entonces, debió funcionar.

—Pues no funcionó —dijo Nuk.

Rial lo miró con severidad. El gigantesco licántropo suspiró y se puso a pasear por la tienda para no entorpecer una conversación que comenzaba a impacientarle.

—Hicimos el ritual que el otro brujo nos pidió. La runa nos estaba guiando bien. Llegamos hasta un objetivo que gritó como nos dijeron que gritaría la persona vinculada a mi sangre.

—Alguien de tu familia.

—Mi hermano.

El brujo asintió y mostró las manos para que Rial continuara su relato.

—Pero esa persona no era mi hermano. Quiero saber qué pudo fallar.

Víctor tamborileó sobre el mostrador, pensativo.

—La runa buscasangre solo busca sangre. No es posible que fallase por una transmigración de almas.

—¿Una qué? —preguntó Nuk desde el otro lado de la tienda.

El brujo lo ignoró y siguió meditando en voz alta.

—La runa busca el cuerpo de la persona a la que pertenece la sangre con la que está

emparentada. En caso de que el cuerpo hubiese sido dividido, buscaría tanto el cuerpo como el miembro amputado.

—¡Puta mierda de corzo! —exclamó Rial, con el estómago repentinamente descompuesto—. ¿Estás diciendo que el tipo al que encontramos llevaba un... no sé, un brazo de Rod?

—No. Si fuese así, la runa os habría guiado preferentemente hacia el cuerpo de tu hermano y secundariamente hacia su miembro amputado, pero eso no habría hecho que el poseedor de dicho miembro se viese obligado a gritar por efecto de la runa. ¿Estás seguro de que no gritó por cualquier otra cosa?

—Aquel sonido no fue humano —respondió Rial—. Ni de licántropo. Ni de nada que yo conozca.

El brujo asintió.

—De todos modos —dijo Rial—, ¿por qué la runa no nos guió directamente hacia Rod?

—Porque su cuerpo puede haber sido destruido o porque está oculto por runas que evitan el rastreo.

—Eso ya lo sabemos —dijo Nuk, que volvía hacia la zona del mostrador—. No pudimos rastrear a Rod con nuestro olfato.

—Vuestro olfato es prodigioso —admitió el brujo—, pero me refiero a runas con tanto poder que anulen el rastreo incluso de la runa buscasangre.

Rial se cruzó de brazos. Cada vez le costaba más disimular su enfado.

—Tu compañero nos podría haber dicho que esto podía suceder.

—Es que... esto no debería poder suceder —se defendió Víctor—. Nosotros no vendemos runas que anulen otras runas que también vendemos nosotros. No sería bueno para el negocio.

Antes de que Nuk levantase la mano, quizá para mesarse el pelo o quizá para descargarla contra el mostrador, Rial le agarró la muñeca sin apartar la mirada del calmado brujo.

—Alguien ha secuestrado a mi hermano y lo tiene oculto de nuestro olfato y de vuestras runas.

—O tu hermano ha sido completamente destruido.

—Vamos a ser positivos —pidió Rial con una sonrisa parecida al filo de un cuchillo, así de peligrosa—. Alguien ha secuestrado a Rod. Ese alguien conoce runas para ocultarlo de vuestra magia. La buscasangre nos llevó hasta un chico que no conocemos de nada. Y la buscasangre hizo gritar a ese chico como si fuera mi hermano. ¿Le encuentras alguna explicación?

—Que fuese un vampiro que hubiese bebido la sangre de tu hermano y todavía no la hubiese expulsado de su organismo.

—¿Qué más?

—Que fuese algún tipo de demonio que hubiese devorado a tu hermano y todavía no hubiese expulsado la carne de su organismo.

—¿Alguna idea que no sea que Rod está muerto?!

En esa ocasión fue Nuk el que trató de calmar a Rial. Le puso una mano sobre el hombro para que recordase que ella misma había decidido comportarse de modo civilizado allí dentro.

—No lo sé —respondió el brujo, imperturbable—. ¿Sabes si tu hermano era donante de órganos o de sangre?

—¿Do... qué? —preguntó Rial—. ¿Donante? ¿De donar?

—Sí. Los donantes acuden regularmente a que les extraigan sangre en un centro médico, para gente que necesita transfusiones. También pueden donar órganos tras su muerte. Así se salvan muchas vidas. Suelen llevar una tarjeta de donante que los identifica. Una tarjeta de plástico con su nombre, su edad, su grupo sanguíneo.

Nuk soltó una risa seca, se inclinó un poco por encima del brujo para que prestase atención a su rostro de piedra, a sus ropas de aromático cuero, y dijo:

—¿Tú crees que nosotros llevamos trocitos de plástico con nuestros nombres?

—Eh... no. La verdad es que no.

Rial chasqueó la lengua y se golpeó la palma de la mano con el puño, como si se hubiese dado cuenta de algo malo pero obvio.

—¿Qué pasa? —gruñó Nuk.

—¡No hace falta que tú quieras que te quiten un órgano para que te lo quiten!

—Bueno —dijo el brujo—, no quería mencionarlo porque me pedías soluciones que no pasaran por...

—¡Ya, ya, lo sé!

Nuk se llevó las manos a la cabeza y los codos casi rozaron el techo.

—¿A Rod lo han cortado en trozos, Rial? —preguntó, horrorizado.

El licántropo miró alrededor, como si buscase algo lo bastante sólido para poder descargar su furia sin romperlo. Finalmente, soltó un gruñido que hizo vibrar los objetos de las estanterías.

Rial suspiró, angustiada. Luego habló con lentitud.

—Aún no sabemos nada seguro. Aunque la verdad es que esto pinta mal.

—A lo mejor solo le han sacado un ojo —probó Nuk—. Y luego le quieren sacar otro, cuando les haga falta.

Después de decirlo, él mismo cerró uno de sus ojos con desagrado. Víctor añadió, conciliador:

—Lo único que sabemos por seguro es que alguien conoce unas runas que no debería conocer, que yo no creo que nadie le haya querido enseñar. Un brujo no, desde luego. Ni siquiera alguien tan imprudente como el Gris. Y para conocer esas runas es imprescindible haber encontrado alguna página de *La Biblia de los Caídos*.

Los licántropos se miraron. *La Biblia de los Caídos* era un objeto de culto de otras facciones, algo que les era ajeno. Conocían su importancia y valor tan solo como un lobo puede saber que la hierba es importante para los venados. De nuevo, el aislamiento de su manada suponía una desventaja seria.

—Sea como sea —continuó el brujo—, imagino que seguiréis buscando al secuestrador de vuestro hermano, aunque sea por venganza. Os deseo mucha suerte. —Víctor los miró a ambos con una intensidad que no había mostrado hasta el momento—. No voy a poner precio a la información que os he dado, pero, a cambio, os rogaría que me alertaseis en caso de que encontréis a dicha persona.

—Querrás decir que te informemos si encontramos esa página de *La Biblia de los Caídos* —respondió Rial.

—Oh, bueno —dijo el brujo—. Ese sería un objeto con un precio muy elevado. Tanto que es posible que el precio lo tuviese que pagar el mismo vendedor.



Cuando salieron a la calle, ya no estaban la señora ni los niños que jugaban al fútbol. Una pareja de policías locales preguntaba a unos chavales que llevaban bolsas de plástico con cervezas. Rial se dio cuenta de que el problema era la juventud de los chicos con respecto al alcohol, así que intervino para sacarlos del apuro. Aseguró a los policías que la cerveza era para ella. Los agentes no pusieron pegas; quizá la presencia de Nuk terminó de convencerlos.

Los chicos se libraron del interrogatorio, pero se quedaron sin cerveza. En las escaleras de una iglesia cercana, Nuk y Rial comenzaron a trasegar la bebida mientras pensaban en su siguiente paso.

—Una cosa es morir, amigo mío, y otra cosa es que te despiquen como a un cochino en

invierno —dijo finalmente Rial—. No me importaría haber visto a Rod morir en un combate, lo sabes. Me dolería, como duele cuando te salen los dientes. No me importaría verlo morir de viejo. Es natural. Pero esto... Robarle la sangre o los órganos....

—Vamos a rastrear al tipo ese, ¿verdad?

—¿El chaval que salió de la casa en llamas? —respondió Rial, pensativa.

Lo recordaba. Un chico fuerte y resuelto que parecía sentirse culpable por algo. Lo tuvo cara a cara unos segundos, antes de que llegasen aquellos mexicanos con armas de fuego y el aparente objetivo de secuestrarlo. Rial prefería no meterse en un conflicto entre bandas armadas si no era imprescindible, pero después de la charla con el brujo, no le quedaban más opciones: aquel chico por el que los mexicanos parecían dispuestos a matar o morir era su única pista. Quizá, de hecho, era el motivo por el que su hermano había muerto.

Afortunadamente, el rastro de su olor no estaba oculto por ninguna runa, y seguía fresco en su memoria de depredadora.

—Vamos a por él —dijo—. Pero hay que ser discretos. Además, ese chaval es algo más que un humano, y tiene amigos poderosos.

Cuando persiguieron su furgoneta, el chico había demostrado bastante fuerza, la justa para ponerlos en un aprieto, pero no para detenerlos. Fue otro el que los contuvo con un poder sorprendente: un hombre que cayó de los cielos y golpeó el suelo con su puño, provocando una explosión de luz. Aquella explosión los había dejado aturdidos el tiempo suficiente como para que pudiesen huir.

Ese tipo podía ser un mago, un centinela... Sí, había que ser discretos por el bien de la manada, ya que el resto de las facciones eran muy celosas de su territorio.

—A lo mejor Rod está vivo —dijo Nuk con su voz grave casi susurrante, como si hubiese hecho un esfuerzo para atreverse a decirlo.

Rial sonrió un poco. Le había costado trabajo ganarse la fidelidad de aquel licántropo, pero en los días que llevaban juntos, se había creado entre ellos un vínculo de mutuo respeto. No tenía que imponerse a él, sino que colaboraban, hablaban poco y seguían adelante, sin importar que ella tuviese un importante linaje y él no, sin importar que él fuese un macho y ella una hembra.

—Ojalá, Nuk, pero no se me ocurre otra explicación. Lo han secuestrado usando unas runas que nos impiden rastrearlo. Lo han matado, han profanado su cuerpo y eso que le han robado es lo que hemos estado persiguiendo con la runa buscasangre. No se me ocurre otra explicación.

Nuk cabeceó un poco.

—Yo no sé por qué se mueve la luna. Pero se mueve.

Rial le pasó la mano por la espalda, con sincero agradecimiento.

—Tienes razón, Nuk, quizá ha sucedido algo que no soy capaz de imaginar.

Pero lo que pensó y no dijo, fue: «Tienes razón, Nuk. Hagamos como si todavía pudiésemos encontrarlo vivo. Hagamos como si nos moviera algo más que la venganza, porque, si no, empezaré a matar, y no lo haré discretamente».



3

Un Jon de catorce años, con cuatro pelos de barba y un palmo menos de lo que llegaría a medir en su edad adulta, con lágrimas en los ojos y el corazón atronando en sus sienes y su garganta, asistió al veredicto del juez acompañado de Abelardo Carrasco, médico y amigo de la familia. Dos policías nacionales acompañaron a su padre a una puerta trasera, mientras el resto de asistentes se levantaba: periodistas atraídos por la caída en desgracia del poderoso magnate, los familiares de la chica que había presentado la acusación y todo tipo de curiosos que lo increpaban, asqueados.

—Culpable —repitió Jon, como si aún necesitase hacerse a la idea de que aquel juicio hubiese sucedido—. De violación. Dios mío, mi padre es un violador, doctor Carrasco.

—Él mismo te dijo que era culpable —repuso el doctor.

Jon lo miró directamente a los ojos. Se trataba solo de un niño, bien formado para su edad, con una buena mandíbula y la espalda fuerte, pero un niño al fin y al cabo. Sin embargo, algo había cambiado en su mirada aquel mismo día. El doctor no la pudo sostener y se centró en sus propios zapatos. Se dio cuenta de la brusquedad de su comentario, así que intentó enmendarlo de algún modo.

—Te ayudaré en todo lo que pueda. Dile a Linda que podéis contar conmigo para cualquier cosa.

—Mi madre se ha ido.

Carrasco se aclaró la garganta. Se pasó la mano por la frente y luego, tras haber asimilado el significado de aquellas palabras, que no podía referirse a un viaje con billete de regreso, sino que debía de estar hablando de algo definitivo, volvió a alzar la mirada hacia el niño.

—¿Que tu madre se ha ido?

—Esta mañana. —Jon se sorbió los mocos y enjugó sus lágrimas con el dorso de la mano—. Le pregunté qué hacía y me dijo... ¿qué me dijo? «Yo no pertenezco a aquí». O algo parecido.

—¿Qué?

Jon torció la boca como si quisiera restarle importancia, pero sus manos temblaban.

—Lo tenía todo metido en un taxi. ¡No, no era un taxi! Era como un coche largo de esos.

—Una limusina.

—Una limusina, sí. Con los cristales oscuros. Yo no podía ni hablar, como un gilipollas en la puerta de la casa, con el traje este de mierda y la corbata de mierda que me he puesto para ver cómo meten al violador de mi padre en la cárcel.

—Jon, espera. A ver si...

Carrasco había adelantado la mano para ponérsela en el hombro del chico, pero él se la apartó.

—Se ha ido con las maletas, ¿no te estás enterando? —Sonrió con labios temblorosos—. Tengo toda la puta casa para mí. Me lo voy a pasar de puta madre. ¿Qué? ¿No te gusta como hablo? ¿No te

gusta la palabra puta?

La sala estaba ya prácticamente vacía, pero al doctor no le cabía duda de que una buena legión de fotógrafos esperaba fuera para sacar una instantánea del hijo de Aitor Aldana. Y habría no pocos micrófonos.

—Seguro que vuelve. Vamos a tranquilizarnos.

—¿Por qué?

—A ver, Jon, confía en mí. Entiendo que ahora...

—Voy a montar unas fiestas de cojones en mi casa.

—Vale, Jon.

Era imposible hablar con el chaval en ese momento. Abelardo Carrasco sabía distinguir los enfrentamientos que podía reconducir y los que no.

—No se te ocurra decirme lo que tengo que hacer.

—Vale, Jon, no pasa nada.

—Sí que pasa. Soy huérfano.

—No te va a faltar de nada. Aitor ha arreglado una serie de cosas con los que van a ser tus albaceas y...

—¿Dinero de mi padre? —Jon se levantó del banco y se quitó la corbata—. Se lo puede meter por el culo.



Aquella noche, Jon no volvió a su casa. Sacó de un cajero todo el dinero que le permitió el límite de la tarjeta que sus padres le habían dado para emergencias. Aquella no sería la última promesa hecha a sí mismo que rompería. También se había jurado no llamar a su madre por teléfono, pero lo hizo diez veces entre las cuatro de la tarde y las dos de la madrugada, para encontrarse siempre con el contestador automático.

Se durmió en un banco de la Plaza de las Tortugas, en compañía de unos indigentes. Cuando el cielo comenzaba a clarear, despertó, y durante un minuto pensó que todo lo sucedido en las últimas semanas, incluso el día anterior, había sido un sueño. Luego se dio cuenta de la realidad y rompió en un llanto lleno de compasión por sí mismo y odio hacia sus padres.

Al poco se percató de que había llamado la atención de un par de compañeros de parque. Lo miraban sin decir palabra, agarrados a sus sucias mantas y cartones.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Estábamos durmiendo —protestó uno de ellos.

Jon se levantó del banco y se acercó al hombre.

—No es un buen día para tocarme los cojones —advirtió.

El hombre abrió la boca para replicar, pero Jon le cruzó la cara de un bofetón. De inmediato sintió una extrema euforia que barrió los demás sentimientos. Volvió a alzar la mano para pegar al hombre, pero notó que lo agarraban por las axilas y lo tiraban al suelo. Recibió patadas en los costados y la cabeza, perdió el aire, escupió sangre y finalmente se quedó en el frío pavimento, vacío de fuerzas y de iniciativa.

No quería levantarse; no pensaba que mereciera levantarse. Recibir aquella rápida paliza había hecho que viese las cosas del modo correcto, que todo cobrase un sentido. Su madre le había dicho: «Yo no pertenezco a aquí». Jon entendió que todo el mundo debía acabar en el lugar al que pertenecía. Su madre, lejos del oficio de ser madre; su padre en la cárcel. ¿Y él?

Él, sin duda, pertenecía a la sangre y a la suciedad del suelo.



Aquel día no fue al instituto; cualquiera podría entenderlo. Recibió llamadas de algunos compañeros, pero no atendió ninguna. Eran chicos de familias ricas, pertenecían a un mundo muy distinto al mundo que se había abierto bajo los pies de Jon. Se quedó tendido en la cama de su enorme casa vacía, el lugar al que se había prometido no volver, y dejó que el dolor por los golpes de los indigentes borrara cualquier pensamiento.

También recibió un mensaje de su madre: «Lo siento. Debe ser así. No te faltará nada». Los adultos, según acababa de descubrir, tenían un extraño concepto de lo que necesitaba un niño. Padres no, desde luego. Tampoco el afecto ni las normas que eso conlleva.

Jon apagó el móvil y durmió durante dieciocho horas seguidas. Había prometido al abogado de la familia que contactaría con él para arreglar algunos papeles y potestades, pero aquello tampoco lo cumplió. Tardó dos días en salir de casa y, cuando lo hizo, duchado y bastante repuesto de las magulladuras, se acercó a la Plaza de las Tortugas con la intención de pedir disculpas al hombre al que había abofeteado sin motivo.

Estuvo frente a él, a unos veinte metros de distancia, durante unos buenos cinco minutos, sin saber qué decir y con una bola de rabia y vergüenza que le impedían no solo emitir palabra, sino casi respirar. ¿Quién era ese hombre al que debía pedir disculpas? ¿Alguien mejor que él? ¿También estaba en la calle porque su familia le había dado de lado o se había buscado la ruina, como el nefasto Aitor Aldana?

Miró alrededor y se fijó en los rostros de los transeúntes desde una perspectiva muy distinta a la que había tenido nunca. ¿Quién era esa mujer cargada con pesadas bolsas de la compra? ¿Merecía que la ayudaran o se ahorrraba el dinero del autobús para jugar al bingo? ¿Quién era el tipo del puesto de chucherías? ¿Por qué no se jubilaba ya? ¿Es que no quería dejarle el negocio a alguno de sus hijos?

¿Quién era todo el mundo?

Jon escupió al suelo. Estaba pensando demasiado. En cierto modo, echaba de menos el aturdimiento provocado por los golpes y la niebla de la autocompasión, aunque no fuese capaz de verbalizar esas impresiones. Solo sabía que estaba vacío y que tenía la imperiosa necesidad de llenarse con algo. Su corazón casi no parecía estar allí; no notaba sus latidos.

Tampoco notaba la fuerza de la ira y necesitaba hacerlo porque, en ese momento, era lo único que podía llenar aquel vacío.



4

El poder de Aitor Aldana dentro de la cárcel no era absoluto, pero sí suficiente para controlar su pasillo y crear un sistema eficiente de intercambio de bienes y servicios, y de tráfico de información.

Además, en el pasillo del patriarca de los Aldana, no estaban permitidas las drogas ni los drogadictos. De este modo, cuando se desató el motín en la penitenciaría Puerto II, semanas después de que moviese los hilos para tener a Jon junto a él, los fieles a Aldana estaban alerta. Establecieron con eficacia un área de seguridad, con el objeto de aislarse de la responsabilidad y consecuencias del altercado, y proteger al jefe y a su hijo. Funcionaban como un pequeño ejército.

Los gritos llegaban desde todas partes, pero se centraban en áreas comunes más grandes, donde los presos estaban rompiendo material, destrozando cámaras y buscando hasta el último funcionario que se hubiese podido esconder.

Jon notaba la sangre espesa en sus venas. Respiraba con pesadez y le llegaban los efluvios de la rabia, el miedo y la sangre. Tenía los poros de la piel abiertos y sudorosos. Su corazón de licántropo funcionaba con la fuerza de un bombardero. Dos hombres de su padre lo mantenían a salvo, recluido en la celda. Armados con barras de hierro, vigilaban el exterior a través de los barrotes, con Jon a sus espaldas. Aitor Aldana, su padre, se encontraba en la celda contigua, dando órdenes ya fuera directamente o a través de teléfonos móviles que, según las normativas de la cárcel, no debería poseer.

Jon no pensaba en su propia seguridad. No pensaba en el odio injusto que había sentido durante años por su padre, al creerlo culpable de los crímenes que lo habían llevado allí dentro. No pensaba en las demoledoras revelaciones de los últimos días sobre su trasplante de corazón y su nueva naturaleza.

Jon solo podía pensar en los funcionarios secuestrados por los presos y su incierto destino.

—Dejadme salir —dijo.

Su voz se notaba demasiado adulta, casi tan grave como la de su padre, por efecto de los torrentes de tensión y adrenalina que habían tomado el control de su cuerpo. Solo uno de los presos se giró. Estaba a punto de responder, pero no fue necesario. Aitor se detuvo ante la puerta, escoltado por un hombre de confianza al que todos conocían como Silva. Silva llevaba, sin recato alguno, un arma de fuego prendida a la cintura de los pantalones.

—¿Todo tranquilo? —preguntó Aitor Aldana.

—Los tenemos bloqueados en el cruce de pasillos —respondió uno de sus hombres—. Pero ha corrido la sangre.

El jefe asintió con rectitud y le dio una palmada en el. Luego pasó al interior de la celda.

—Tengo que salir a ayudar —dijo Jon.

—Hijo, te han endosado dos asesinatos. Necesitarás demostrar buena conducta. De verdad, vamos a estarnos quietecitos.

—Esos hombres...

—Los funcionarios, el motín, todo esto es un teatrillo —respondió su padre—. Tancredo lo ha organizado para llegar hasta nosotros dos, Jon, créeme. Quiere eliminarnos de una vez por todas.

Mario Tancredo era el feroz empresario que había amañado pruebas falsas seis años atrás para que su rival en el mundo de los negocios, Aitor Aldana, acabase entre rejas.

—Todo es culpa mía —se lamentó Jon—. Si no te hubiese obligado a contarme la verdad...

Aitor cogió las manos de Jon. Apretó fuerte y consiguió que levantase la vista. Había protegido a su hijo durante años de las redes de Tancredo, haciéndole creer que era culpable de los cargos de violación que lo habían llevado a la cárcel. Fue el mejor modo que se le ocurrió para mantenerlo alejado de él y de su guerra. Cuando Jon se enteró de que su padre era inocente y prometió sacarlo de la cárcel, Tancredo pareció decidir por fin que el hijo también era peligroso y recurrió a sus contactos para que le imputaran los crímenes cometidos por el loco Ariel Bálder en el grupo Quimera.

—Esto es culpa de Mario Tancredo, que es un psicópata sin escrúpulos, al que le da igual matar a cien personas inocentes para acabar con un solo enemigo. Ese cabrón vendería a toda su familia por robarle un solo minuto a la muerte, Jon. No intentes nunca hacerte responsable de sus actos.

—Tienes razón.

El padre asintió. Se sentó en el catre, algo más tranquilo. Entonces Jon se movió con la rapidez de una serpiente. Pasó entre los dos hombres que lo custodiaban y empujó a Silva contra ellos para que tropezasen. Los presos cayeron al suelo y Silva se agarró como pudo al marco de la puerta de la celda.

—¡Jon! —gritó Aldana.

—Soy responsable de los míos —respondió su hijo.

Echó a correr y Silva se apresuró a perseguirlo, arma en mano. Era un tipo de cuarenta años en buena forma, pero no podía competir con el atlético y joven Jon, incluso aunque este no gozase de una condición física mejorada de modo sobrenatural. El pasillo se acabó donde empezaba el verdadero caos, los gritos, los objetos volando y los destrozos.

—¡Coge la pistola por lo menos! —le gritó Silva antes de perderlo en la marabunta del motín.

—¡Nunca uso armas! —respondió Jon sin darse la vuelta—. ¡Hice un juramento!



Saltó por encima de lo que su instinto le decía que eran dos cadáveres. Los hombres de Aitor Aldana montaban guardia en la boca del pasillo, listos para proteger la entrada, pero incapaces de reaccionar cuando Jon había decidido salir. Ni siquiera les prestó atención cuando le gritaron que volviese, agitando los tubos metálicos que les servían como bazucas caseros.

Un poco más adelante, Jon divisó un corro de tipos mal encarados, armados con trozos de metal afilado, que esperaban cualquier flaqueza para irrumpir en el corredor dominado por Aldana. Lo que su padre decía era cierto: el motín no era más que una excusa para acabar con ellos.

—¡Jooon!

Se giró. Su padre intentaba desembarazarse de sus propios secuaces, que trataban de impedir que saliera a la zona común donde, sin duda, en pocos segundos sería hombre muerto. Aquello hizo que Jon dudase, pero de inmediato sus sentidos incrementados percibieron que los esbirros de Tancredo se lanzaban a la carrera hacia él.

A excepción de lo ocurrido en los últimos días, hacía mucho que Jon se había acostumbrado a vivir lejos de la violencia. Sin embargo, para su nuevo torrente sanguíneo, el fragor de la pelea debía ser familiar y agradable, ya que notaba una sensación placentera de euforia. Se agachó y esquivó las primeras cuchilladas. Entonces levantó el codo con la fuerza de quien quiere romper su propio ataúd.

En el alboroto del motín, oyó un crujido de huesos y el hombre cayó sobre la espalda, desmadejado y sangrando por la boca. Libre de la primera amenaza, Jon se dio cuenta de que estaba rodeado. Ni siquiera podía ver a los funcionarios secuestrados por los presos. Algo en su interior le decía que volviera a agacharse, que mostrara los dientes, que sacara las garras...

Entonces se escucharon las primeras detonaciones con las escopetas de goma. Los presos comenzaron a correr hacia un extremo de la sala, todos menos los hombres de Tancredo. Aitor llegó finalmente a la vera de su hijo y, junto a Silva y otros dos secuaces, formaron en estrecho círculo: cinco contra veinte.

—¡Te dije que no salieras! —gruñó Aldana.

Jon percibió aquellas palabras, pero no las entendió. Estaba más allá del pensamiento racional. Puso una mano en el suelo para tomar impulso antes de saltar. Enfocó la mirada en un objetivo. Era un trozo de carne de metro setenta con un hierro en la mano. Era un pellejo de sangre y músculos que desgarrar.

El objetivo desapareció de su vista, literalmente voló. El cuerpo se llevó por delante a otro de los presos. Hubo un golpe más rápido y brutal aún, que mandó contra el suelo a un hombre armado. Jon pudo ver cómo se rompían los huesos del rostro y la sangre salpicaba por todas partes.

Alzó la vista y vio a un hombre muy alto con armadura de antidisturbios y casco con visera. No llevaba ni escudo, ni porra, ni escopeta. Agarró a uno de los presos y lo lanzó contra la pared más cercana con la facilidad con que un niño tiraría un juguete.

El resto de fuerzas policiales ocupó el centro del gran comedor. Se soltaron un par de botes de gas lacrimógeno y las toses se unieron a los gritos. Los presos que no se arrastraban por el suelo, vapuleados, corrían a la fuga por cualquiera de los corredores. Ya no había ningún grupo de hombres de Tancredo.

Jon se incorporó, algo más calmado, y vio que Silva le daba una patada a la pistola para alejarla de él; si alguien a quien no hubiesen comprado lo pillaba con aquello, supondría un incremento considerable de la condena.

Su padre tenía el puño cubierto de sangre y a sus pies había un preso inconsciente, con un brazo doblado en posición antinatural y la nariz destrozada. Aitor Aldana parecía saber defenderse solo.

Los antidisturbios llegaron hasta ellos y apuntaron con sus escopetas cargadas con balas de goma. Ladraban órdenes. Aldana se puso de rodillas. Silva y los otros, también. Jon no se daba cuenta de que esas órdenes iban dirigidas a él. Seguía de pie, todavía aturdido por la idea de que sus instintos le habían ordenado, pocos segundos antes, destrozarse a otro ser humano con la fiereza de un animal, y solo un giro repentino de los acontecimientos le había impedido hacerlo.

¿Qué habría pensado Iván de aquello? ¿Se sentiría decepcionado?

El antidisturbios de gran tamaño que había disuelto el círculo de hombres de Tancredo se plantó junto a él y le retorció un brazo tras la espalda.

—No te resistas, Jon —dijo.

El joven lo miró, sorprendido. Entonces el hombre se subió la visera del casco. Rasgos duros y viriles, ojos azul claro y un gran bigote que llegaba hasta los lados de la barbilla. Se trataba de Lorca, el misterioso guerrero que lo había salvado de Ariel Bálder y luego de los licántropos. Era la tercera vez que aquel tipo se interponía entre Jon y la muerte.

—Ponte de rodillas —le ordenó Lorca—. Y deja ya de hacerte el héroe.



Las fuerzas de seguridad tenían el edificio controlado. En ese asunto, como en todos los demás, el pasillo de Aitor Aldana quedaba al margen, y no solo por la influencia del empresario. Además de infiltrarse entre las fuerzas de intervención, Lorca también había conseguido que les dejaran espacio libre y los sacaran de toda sospecha sobre las responsabilidades del motín. El hecho de que los presos hubiesen destrozado todas las cámaras de seguridad le había facilitado el trabajo.

En ese momento, los hombres de Aldana seguían custodiando la entrada al corredor. Aitor, Jon y Lorca se encontraban en una de las celdas, interrogando a uno de los amotinados. El tipo no había sufrido suficientes daños para no poder hablar, pero sí para estar completamente aterrorizado. Había visto a Jon noquear a uno de sus compañeros con un solo codazo. Había visto al padre, el objetivo principal, destrozarse el brazo de un hombre y aplastarle la nariz de un solo golpe, seco y eficaz. Y había visto a Lorca sacudirse a cuatro o cinco presos de los más duros de Puerto II como si fuesen niños enclenques.

Los tenía delante y él estaba solo, con la muñeca abierta, un par de costillas rotas y los testículos encogidos como canicas.

—Date cuenta del poder que tengo aquí dentro —dijo Aitor Aldana.

Era obvio para Lorca que estaba engañando al tipo, haciéndole creer que él mismo y la mitad de las fuerzas de intervención estaban de su lado; no vio nada de malo en ello, de momento.

—Soy un hombre justo —continuó—. Tengo la sospecha de cuál era el verdadero objetivo de este motín y de quién lo ha ordenado, pero quiero que me lo confirmes. Y, si lo haces, te tendré bajo mi protección. Si no, te dejaré fuera y de todos modos haré como si hubieras confesado.

El hombre ni siquiera tenía saliva para tragar.

—¿Tú puedes mantenerme a salvo aquí?

—Yo puedo hacer cualquier cosa. Dime el nombre.

El preso miró al suelo. Temblaba. Jon sintió lástima de él. Seguramente la necesidad, la intimidación, la adicción a alguna droga o el afán por estar integrado en un grupo que lo protegiese, le habían llevado a ser un matón dentro de la cárcel.

A un hombre como ese había dejado tullido en el comedor. A un hombre como ese había querido abrir de arriba abajo con las manos desnudas.

Empezó a oler a orina intensamente.

—Por favor... —dijo el hombre—. No me engañes.

Jon vio cómo su padre apretaba los dientes.

—Queríais matar a mi hijo.

—Por favor... Lo siento.

—Y yo te voy a perdonar la vida.

—Lo siento, lo siento...

—Solo te estoy pidiendo un nombre a cambio. Pero no te equivoques de nombre.

—Fue el señor Tancredo. Yo... yo pensaba que mandaba en toda la cárcel. Yo...

—¡Está bien! —atajó Lorca—. Ahora, dame los nombres de todos los de tu grupo, de todos los que sirven a Mario Tancredo.

El hombre levantó la vista del suelo, horrorizado.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó.

—Un poco de limpieza.

—¡Pero él dijo que solo me pediría un nombre!

Lorca se acercó al preso y le puso una mano en el hombro. Apretó lo bastante para que el dolor

le hiciera dejar de temblar.

—Eso es lo que el señor Aldana te ha pedido por intentar matarlo a él y a su hijo. Lo otro te lo pido yo, por estropearme esta maravillosa tarde de domingo, gusano.



Lorca salió de la celda con una lista de nombres en la cabeza. Jon, que había dejado a Silva y a su padre con el hombre de Tancredo, salió detrás de él. Se puso delante para detenerlo en mitad del pasillo.

—¿Qué ha sido eso? ¿Cómo es que estás aquí con los antidisturbios? ¿Para quién trabajas? Lorca se acomodó el casco bajo el brazo y acabó soltando una carcajada suave.

—Eres muy grande, chico —dijo—. No solo no me das las gracias, sino que...

—Tú no me proteges por cariño —le cortó Jon—. Alguien te manda y ese alguien tiene más influencia en esta cárcel que mi padre y que Mario Tancredo juntos. ¿O me vas a decir que has hecho oposiciones para los cuerpos especiales de la Policía? Porque cuando te conocí, te recuerdo, lo primero que nos dijiste fue que no nos fiáramos de la poli.

—Ni de la poli ni de nadie.

—Entonces, tampoco me tengo que fiar de ti.

Lorca se encogió de hombros. Hizo ademán de seguir su camino, pero Jon se volvió a poner delante.

—¿No me vas a decir nada? ¿Para qué querías que ese te diera los nombres?

No hubo respuesta. Lorca era un misterio ambulante, pero no parecía que le gustase mentir y Jon sospechaba que estaba obligándole a hacerlo. Se serenó. Tenía presente que aquel hombre también protegía a Diana y Lucrecia, las dos amigas que habían compartido con él tantas calamidades desde el fatídico encuentro con Ariel Bálder en el grupo Quimera.

—¿Cómo están mis chicas? —preguntó finalmente Jon, con un tono más amable.

—Un poco hartas de estar encerradas —confesó Lorca—. Pero se están portando bien.



—Lo más grande de esto —susurró Lucrecia mientras se arrastraba por el conducto de ventilación—, es que yo pensaba que era bajita antes de meterme aquí. Que me iba a mover como una puta ratita.

Diana respondió a través del audífono conectado a chat de Skype que su amiga llevaba al oído.

—Como una rata gorda harta de panceta —dijo—. Y que no para de hablar a ver si la descubren y la sacan del boquete.

Lucrecia se giró para ponerse sobre la espalda y así poder manejar el reducido equipo electrónico que llevaba en la riñonera. En ese momento solo la iluminaba una linterna adosada a la frente y la luz que entraba por las rendijas del sistema de ventilación, procedente de las estancias del edificio. Al ser domingo, no había demasiadas luces encendidas.

—Tendría que estar yo ahí —dijo Diana—. Se me dan mejor las cosas manuales y a ti las informáticas.

Lucrecia sonrió, porque efectivamente se estaba haciendo un lío con los cables que salían del emisor del micrófono. Habló lo más bajo que pudo.

—Tu culo de negra de góspel no cabe aquí, chochete. Por no hablar de que tienes la pata rota. Además, te he dejado notitas con todo lo que te hace falta saber. No me seas torpe, hermanita.

—¡Es que no consigo entrar en las cámaras del pasillo en el que estás! ¡Las otras las tengo dominadas, pero ahora no puedo cambiar de pantalla!

Lucrecia se giró de nuevo para orientarse hacia la trampilla que comunicaba con la habitación que tenía debajo. Se limpió el sudor de la palma de la mano.

Desde la estancia no llegaba ninguna luz, así que era de esperar que no hubiese nadie dentro. A la espera de confirmación por parte de Diana, Lucrecia estaba convencida de que se encontraba sobre el despacho principal de Mario Tancredo. Ya había colocado nueve micrófonos en todo el edificio, pero el de ese despacho era el más importante de cara a conseguir pruebas que sirvieran para sacar a Jon y a su padre de la cárcel o, al menos, para poder chantajear al magnate.

—¿Nada? —quiso confirmar Lucrecia.

—Se encuentra usted sobre el despacho del cabrón.

—¡Eso ya lo sabía!

—Está oscuro —informó Diana—. A través de la cámara no se ve nada.

—Vale.

Entonces se fijó en que había algo grabado en la parte interior del metal. Al principio pensó que podría tratarse del logotipo del fabricante de aquellas piezas, pero luego se dio cuenta de que los símbolos eran demasiado intrincados, artísticos, extraños. Volvió la cabeza hacia atrás y observó que había símbolos parecidos en otros tramos del conducto.

No se atrevió siquiera a murmurar una exclamación de extrañeza. Había que estar muy loco para decorar por dentro una serie de piezas metálicas de ese tipo. De todos modos, Lucrecia no recordaba haber visto dibujos semejantes en ninguna otra sección de aquel conducto. ¿Sería una frivolidad propia de los ricos? ¿Acaso era algún rollo satánico de Tancredo? Un rollo satánico muy ridículo, sin lugar a dudas. Nada por lo que mereciera la pena preocuparse.

Usando los alicates, dado que por esa parte no iba a encontrar ninguna muesca en la que meter el destornillador, comenzó a aflojar un tornillo que pensaba que sería de la trampilla. Era más difícil de lo que había imaginado. Diana le había explicado que los soportes de ese tipo de portezuelas solían ser fáciles de abrir porque se retiraban muchas veces por cuestiones de mantenimiento y limpieza. Así había sido las otras ocho veces que había quitado uno de esos pequeños cabrones para sustituirlo por la cabeza de un micrófono. Sin embargo, aquel tornillo le estaba dando trabajo de verdad.

Consiguió vencer la resistencia. Preparó el imán en forma de L con el que debía impedir que el tornillo cayese al suelo y siguió usando el alicate. Nada más dio la última vuelta, notó que el material metálico bajo su cuerpo se separaba. Hubo un chirrido alto y desagradable.

—¡Madre mía! —exclamó.

Se puso boca arriba para intentar agarrarse a algo. El metal se abrió debajo de ella.

—¿Qué pasa?

—¡Me la pego!

El tornillo que había quitado debía de formar parte de la estructura del conducto, no de la trampilla. El error le había costado que su trasero apareciera en el techo de la estancia. Incapaz de levantarse, temerosa de hacer cualquier movimiento que pudiese desestabilizar más el canalón, Lucrecia notó que se deslizaba hacia abajo y sus rodillas se acercaban al pecho.

La presión hizo saltar otro tornillo.

—¿Cómo que te la pegas? —chilló Diana desde el otro lado de la línea—. ¿Qué has hecho?

Lucrecia apretó los dientes para obligarse a no gritar. Los dos segmentos del canal de ventilación se iban separando cada vez más y la joven, encogida como un armadillo, hizo presa en uno de sus extremos.

Se sujetó lo bastante para amortiguar la caída. Primero golpeó una mesa con el pie, cayó hacia atrás, rodó con la espalda sobre la superficie y encontró el suelo a cuatro patas. Se quedó unos segundos paralizada, a la expectativa de que el tobillo, la cadera o las muñecas comenzaran a dolerle por alguna fractura. Cuando se dio cuenta de que no se había roto nada, incrédula, comenzó a reírse.

—¡Cállate, joder! —aulló Diana—. ¿Estás bien?

—O me callo o te lo cuento.

Entonces surgió una voz desde uno de los extremos del despacho en penumbras.

—¿Qué me quieres contar?

Lucrecia se incorporó con rapidez. Frente a ella, solo iluminada por la punta de un cigarrillo encendido, había una mujer de mediana edad, al parecer morena, de rasgos elegantes. Se oyó el tintineo del hielo en un vaso. Tragó algo. A Lucrecia le pareció que olía a *whisky*.

—Estaba reparando el conducto —dijo.

—¿Desde dentro? —preguntó con parsimonia la mujer.

—Y desde fuera, si hace falta. —Lo que estaba contestando era tan poco creíble que Lucrecia supo, sin género de dudas, que solo con una mayor dosis de irrealidad podría ganar el tiempo suficiente para salir de allí. Intentó controlar el temblor en la voz, se sacudió la ropa y dijo—: Me vendría bien un trago.

Cuando terminó de ponerse completamente recta, Lucrecia dirigió el haz de la linterna hacia la mujer. Iba vestida con un traje elegante, pero llevaba el maquillaje corrido, como si hubiese llorado.

Debía tener más de cuarenta años, y se conservaba atractiva, delgada, una mujer morena, de labios gruesos y pómulos marcados.

—Sírvete, por favor.

Lucrecia se acercó al sofá y vio que había una mesita de ruedas con una botella de Jameson, una cubitera y otros dos vasos, vacíos. También había un cenicero de cristal bastante grande.

Lucrecia sopesó sus opciones: colocar discretamente el micrófono en esa mesa se le antojaba imposible; golpear a la mujer con el cenicero para huir le parecía extremo e iba en contra de sus principios —¿qué culpa podía tener aquella señora de nada de lo que sucedía?—; aceptar la copa y seguir disimulando era lo único de lo que se veía capaz.

—¿Cuántas me tendría que tomar para ponerme a tu altura?

—Seis —respondió la mujer—. O siete, no sé.

Aquello quería decir que posiblemente estaba lo bastante borracha como para que todo le importase una mierda. Lucrecia acercó la mano al hielo. Le temblaba. Agarró un par de cubitos con bastante poca elegancia, preocupada de que no se le cayeran. Los echó en el vaso. La mujer le puso una mano sobre la suya.

—Déjame. Se ve que estás asustada.

Le sirvió una copa bastante generosa y volvió a reclinarsse en el sofá.

—Me llamo Linda —dijo.

—Bonito nombre.

—Creo que es mejor que avise a seguridad.

Todos los mecanismos de defensa de Lucrecia se volvieron a activar. Cogió el vaso de la mujer y lo rellenó de *whisky*. Se lo pasó con rapidez.

—¿Por qué brindamos? —preguntó.

La voz le temblaba aún más que las manos. Si llegaban allí los hombres de Mario Tancredo, seguramente no iban a llamar a la policía para denunciarla. Y si lo hacían, eran capaces de imputarle cargos por cualquier atrocidad, como habían hecho con el padre de Jon.

—Por la decadencia —propuso Linda.

Lucrecia asintió. Podría haber brindado por la muerte de todos los bebés foca del planeta con tal de contentar a su extraña anfitriona.

Se tomaron el vaso de un solo trago. Lucrecia notó que el líquido le calentaba las tripas y el ánimo. A los pocos segundos se sintió un poco más capaz de controlar la situación. La mujer parpadeó varias veces y tiró la ceniza en el gran cenicero de cristal.

Lucrecia le volvió a llenar el vaso para conseguir emborracharla lo suficiente.

—¿Tú no bebes? —preguntó la mujer, con la voz pastosa.

—¡Claro!

Se vio obligada a servirse. Un trago podía estar bien para infundirse valor. Dos, podían ser algo excesivos si quería salir de allí por la puerta adecuada. Aun así, cumplió con su parte y ambas mujeres volvieron a beber.

—¿Tienes frío? —preguntó Lucrecia.

La mujer se quedó un rato pensativa y luego, simplemente, se tumbó en el sofá. Lucrecia miró a su alrededor, iluminando la estancia con la linterna.

—¿Qué coño pasa? —susurró Diana al otro lado del pinganillo.

Debía haber estado escuchando toda la conversación a través del micrófono de Lucrecia y solo había intervenido cuando dejó de oír a su amiga durante un rato. Esta había encontrado una especie de toquilla en un reposabrazos del sofá, y se la echó a Linda por encima.

—Todo va bien —respondió, frase que servía tanto para tranquilizar a aquella mujer como a Diana.

Se acercó un poco más. Linda tenía los ojos cerrados.

—¿Quién eres? —preguntó.

Lucrecia necesitaba averiguar si la mujer estaba allí por algún tipo de casualidad, si era la invitada de una fiesta que había tenido lugar en otra parte del edificio, si desaparecería al día siguiente con su resaca y no volvería para contar a nadie lo que había visto.

—Soy Linda —repitió esta.

—¿Y qué haces aquí, Linda?

La mujer, por un momento, pareció dormida. Luego se giró en el sofá y movió las manos como si se apartase algo de la cara. Al poco, respondió:

—Es el despacho del bastardo de mi amante.

Lucrecia se incorporó como si acabase de morderle una serpiente. El efecto ascendente de los dos tragos de *whisky* desapareció de inmediato. Aquella mujer no era una secretaria o una invitada que se hubiera despistado. Aquella mujer podía susurrar cosas al oído de Tancredo cuando yacían en la cama.

En cualquier caso, no debía permitir que el descubrimiento la paralizase. Solo podía confiar en que, al día siguiente, Linda pensase que aquello había sido un sueño étlico, así que Lucrecia se dispuso a eliminar su rastro. Limpió su vaso con el agua derretida de la cubitera. Le quitó el chal de encima, incluso a riesgo de despertarla y lo dejó doblado exactamente como lo había encontrado sobre el reposabrazos del sofá.

Linda ya no se movía. Su respiración era muy pesada y su sueño, sin duda, profundo.

Lucrecia se puso a cuatro patas en el suelo y empezó a buscar. Por allí debían de estar el alicate, el micrófono, el imán en forma de L y los tornillos. Uno a uno fue recuperando esos objetos. El micrófono, el último que tenía que colocar, el más importante de todos, estaba aplastado e inservible. El despacho de Mario Tancredo iba a quedarse finalmente sin cobertura.

No obstante, eso era una minucia en comparación con la urgencia que tenía que resolver cuanto antes: arreglar el canalón abierto que pendía sobre su cabeza. Si alguien descubría el estropicio en el sistema de ventilación, sabrían que habían tenido un infiltrado, peinarían el edificio y descubrirían el resto de micrófonos.

Lucrecia se subió a la mesa que había bajo los segmentos parcialmente separados del sistema de ventilación, aquella sobre la que había caído unos minutos antes. Apretó hacia arriba con todas sus fuerzas hasta conseguir unirlos. Se irguió sobre la punta de los pies para introducir los tornillos y cerrar la abertura definitivamente.

—¿Qué coño pasa? —insistió Diana.

—Tú dime si viene alguien por el pasillo, que ahora mismo tengo el culo tan apretado que puedo producir corriente eléctrica.

—No viene nadie. ¿Estás bien?

Lucrecia echó un vistazo a la mujer. Seguía dormida. Por la puerta no se filtraba ni una chispa de luz. Las tripas se le retorcían por el estrés. Le dolían los dedos de tanto apretar. Ni siquiera se le había ocurrido usar el destornillador.

Bajó de la mesa y sacó un trapo para limpiarla del rastro de sus botas de trabajo.

—Necesito un plan B para salir de aquí —susurró, casi sin aliento.

—El plan B se te ocurrió a ti, zopenca.

—¿Cuál es, joder? Que no me acuerdo con los nervios.

—Por la puerta principal, silbando y saludando a quien te cruces.



6

Lucrecia estaba en camino. Había salido del edificio constatando la teoría de que, cuando las medidas de seguridad hacen muy difícil que alguien entre sin permiso, nadie se preocupa por la gente que sale. Sobre todo si ese alguien lleva un mono de trabajo y tiene pinta de haber estado trabajando. De hecho, atravesó la puerta al mismo tiempo que un cansado ascensorista que portaba una pesada caja de herramientas, y que saludó a los hombres de seguridad con un bostezo. Lucrecia levantó su placa identificativa falsa al mismo tiempo que el ascensorista y, diez segundos después, se encontraba en la calle, de nuevo sometida a aquella risita nerviosa que le entraba cuando algo salía bien sin explicación posible.

Avisó a Diana nada más tomar un taxi al aeropuerto. Mientras tanto, la tarde había ido cayendo para Diana, que llevaba medio mes recluida en el gimnasio propiedad de Jon. Dicho gimnasio no abría al público y las dos amigas lo usaban como residencia tras la demolición e incendio de la casa en reformas que poseían en Cortadura. Demolición e incendio provocados por la lucha entre Ariel Bálder y Ernst von Haider, el malogrado miembro del grupo Quimera que, realmente, había sido un enviado del médico que operó a Jon, Abelardo Carrasco, y de su padre, Aitor Aldana. El objetivo de esta labor de espionaje siempre fue, al parecer, mantener un seguimiento de la evolución de Jon tras el trasplante de corazón a vida o muerte al que había sido sometido.

En cualquier caso, la terrible maza *Espiga* del centinela pelirrojo, y las llamas invocadas por Von Haider hicieron el trabajo de un equipo de derribo, y Diana y Lucrecia se habían quedado sin el sueño de convertir aquel edificio en un hotel seguro para reuniones de alto nivel, con la inmejorable vista de la Bahía de Cádiz.

Diana no esperaba a solas, en cualquier caso, aunque su compañía no fuese la más animada. Se trataba del lacónico y a la vez sorprendente perro llamado *Feuer* que, si no era para comer, ni levantaba la cabeza. Von Haider había sido el dueño de aquel lebrél irlandés, raza comúnmente conocida como lobero o matalobos. Cualquiera podría montarse encima y no tocaría el suelo con los pies. Tenía una figura estilizada y pelo espeso de color humo. También poseía un secreto: si era necesario, se transformaba en una especie de demonio canino que expulsaba fuego por los ojos y las fauces, y que podía resistir golpes como si tuviese la corpulencia de un toro de lidia. Al menos así había ocurrido al enfrentarse a Ariel Bálder para salvarles la vida, cuando este emergió de las aguas de las marismas, con la mitad de la cara quemada por el fuego de Von Haider, pero el mismo ánimo asesino.

El ilusionista alemán, al parecer, había ordenado a *Feuer* que las defendiera con su vida, y el lebrél obedecía la orden, incluso tras la muerte de su amo.

En aquella misma batalla campal, Diana y su amiga habían tenido un accidente de tráfico.

Lucrecia salió indemne, pero ella sufrió una fractura de la tibia que fue atendida en la clínica del doctor Carrasco. Por eso se aburría tremendamente aquel día en el gimnasio. La habían intervenido quirúrgicamente para que el hueso soldara antes, pero a pesar de la habilidad del doctor, la recuperación era lenta y la mantenía postrada.

Ni siquiera rondaba por allí Lorca, el hombre que los había salvado en dos ocasiones, tanto de Bálder como de los enormes lobos que los habían perseguido mientras huían —lobos que Jon aseguraba que antes habían sido personas, detalle que Diana no tenía motivo para no creer—. Se había quedado desde entonces rondando la casa, por si el centinela seguía vivo y volvía para acabar con lo que había empezado. Diana estaba segura de que el tipo de la maza iba a por ella, por mucho que engalanase su obsesión de misión sagrada. Sin embargo, Lorca llevaba todo el día fuera.

Por tanto, se encontraba a solas con *Feuer* cuando la luz de la tarde se extinguió y entró la noche. En aquella hora de inquietud, Diana no solo recordaba a Bálder, sino también a Prit, el misterioso individuo que la había llevado a formar parte de Quimera, el grupo de autoayuda para personas que habían vivido experiencias paranormales. Lo conoció de una manera que aún no podía explicar. Fue una noche en que Diana estudiaba un edificio abandonado para el presupuesto de su reforma. Al topárselo, pensó que el hombre vivía allí. El asunto no habría tenido mayor importancia si no fuese porque, en la habitación donde se produjo el encuentro, había un armario con espejo, y Prit no se reflejaba en él. Tras grabar el hecho discretamente con su teléfono móvil, Diana había abandonado el lugar sin acabar la tarea y con la sensación de que el mundo que creía conocer se había vuelto repentinamente siniestro.

Y, por si no se sintiese lo bastante sola y asustada, *Feuer*, un rato después de anochecer, se había erguido de repente. Había comenzado a olisquear bajo la puerta y a través de las rendijas de las ventanas. Cada poco miraba a Diana, como para asegurarse de que no se movía del sofá. Luego se quedaba en el centro de la enorme estancia, a la expectativa. Después volvía a olisquear todas las posibles entradas.

Ella estaba —quería estar— convencida de que no podían esperar ningún ataque por parte de Bálder, que el atropello con la furgoneta de los mexicanos a sueldo de Aitor Aldana debía haber acabado con él. Sin embargo, en caso de que el perro detectase cualquier peligro, era posible que volviese a prender como una bengala de señalización, y aquel lugar estaba lleno de material inflamable: colchonetas de entrenamiento, sacos de boxeo, agarraderas de madera...

Diana buscó el móvil en un bolsillo, dispuesta a llamar a Lucrecia para preguntarle si todavía se demoraría mucho. Entonces oyó pasos junto a la puerta. En lugar del móvil, cogió la pequeña pistola dorada que una vez había pertenecido a Von Haider.

Feuer no gruñía; permanecía quieto como un estrambótico adorno.

La puerta se abrió con llave y Diana soltó con alivio todo el aire que había contenido en los pulmones. Lorca accedió al gimnasio. Percibió de inmediato que el perro y la mujer estaban muy atentos a la puerta y que faltaba Lucrecia.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Todo bien?

Diana iba a responder que no, pero había mucho de imponente en la figura de aquel hombre, se sintió tonta por sus anteriores temores, así que simplemente se encogió de hombros. *Feuer* volvió a tumbarse sobre el suelo y a regresar a su papel de pacífico perro guía.

Lorca se quitó la chaqueta de piel de serpiente y la echó sobre el hombro. Dio otro vistazo a su alrededor. Seguía sin encontrar a la pequeña rubia cáustica.

—¿Y Lucrecia?

Diana estaba segura de que Lorca montaría en cólera si se enterara de que su amiga había tomado un vuelo hacia la capital sirviéndose de documentación falsa y el dinero que Jon había puesto a su disposición a través de varios abogados.

El misterioso caballero andante, o macarra andante, como Lucrecia lo llamaba, había avisado de que estaría fuera todo el día y les había pedido que no abandonaran el gimnasio. Llevaba una semana saliendo como quien tiene que cumplir su jornada laboral, pero sin darles explicaciones. Gracias a esas ausencias, las dos amigas habían puesto en marcha el plan junto a Jon, a través de llamadas telefónicas a números que Lucrecia iba consiguiendo y descartando. Si Lorca averiguaba que Diana había estado sola todo el día, como Lucrecia lo había estado fuera del gimnasio, iba a enfadarse con ellas.

Todavía no lo conocían lo suficiente para saber qué podía significar aquello, y si estaban más protegidas que secuestradas o más secuestradas que protegidas, si eran damiselas en apuros o cebos para un pescador experimentado.

—Ha salido.

—Eso ya lo veo —repuso Lorca.

En ese momento *Feuer* alzó las orejas y se incorporó. Lorca se puso a un lado de la puerta y recogió el puño junto a la cadera, como dispuesto a golpear. Diana sintió entonces que había perdido el tiempo y que tendría que haberle advertido, nada más llegar, de que el perro llevaba un buen rato en alerta, como si alguien merodease la casa.

Sonaron las llaves. Lucrecia entró con una bolsa de compra.

—¡Me vais a provocar un infarto, cojones! —exclamó Diana.

Su amiga miró al bigotudo y voluminoso guardián; no pestañeó, sus labios no temblaron. Cada vez era mejor fingiendo.

—He comprado *provoleta* —dijo—, tomatitos *cherry* y guacamole. Y dos barras gallegas que están que te cagas. ¿Te quedas a cenar?

—¿Era muy difícil esperar a que yo llegara para salir?

—Sí —respondió. Luego se aproximó al frigorífico rojo de estilo retro que había en una pared de la enorme sala—. La hostia de difícil.

Lorca estaba a punto de contestar de modo airado, pero Diana se adelantó.

—¡Alguien ha estado rondando la casa!

Tanto su amiga como el hombre la observaron, expectantes.

—*Feuer* se puso muy nervioso —continuó—. Olisqueaba las ventanas.

—A ver si hay una perra en celo por ahí fuera —aventuró Lucrecia.

Diana se encogió de hombros, pero su gesto preocupado indicaba que no creía, ni de lejos, que esa fuese la explicación. Era difícil para ella convencer con palabras, a cualquiera que no hubiese estado presente, que lo que motivaba al perro no era excitación sexual.

—¿Cuánto tiempo hace? —exigió Lorca, con la mano ya sobre el pomo de la puerta.

—No sé... Empezó hace veinte minutos, media hora. Desde que se ha hecho de noche.

El hombre frunció el ceño; su gesto era más hosco y tenso que de costumbre. Abandonó el gimnasio y cerró la puerta tras de sí. Se oyeron sus pasos acelerados mientras se dirigía a la calle.

—¿Es verdad? —preguntó Lucrecia mientras se acercaba a *Feuer*. Le puso en el suelo una bandeja entera de lomo adobado y el animal comenzó a comer. Lucrecia le acarició el costado y levantó la cabeza—. ¿Lo has dicho para que Lorca salga?

—No, es verdad. *Feuer* estaba supernervioso, tía. Pero ya que ha salido, cuéntame. ¿Todo bien en el vuelo?

—No me fiaba ni de las azafatas. Estaba paranoica perdida.

—¿Pero todo bien?

Lucrecia sonrió. Se puso la mano en la sien e imitó el saludo militar.

—¡Misión cumplida, jefa! Solo me quedó por pinchar el despacho de Tancredo, pero eso ya te lo conté antes.

—¡Jo! Pues habría molado pincharle el despacho.

Lucrecia se levantó. Fue al servicio para lavarse las manos y, desde allí, dijo:

—Me preocupa la borracha esa que me encontré. Lo mismo mañana no se acuerda de nada, lo mismo sí. ¿Seguro que no había cámaras?

—Teníamos pinchado todo el circuito de cámaras antes de entrar.

—Ya, ya. Ya lo sé.

Diana no quería añadir preocupaciones a su amiga, que había tenido un día sin respiro y se había jugado el pellejo como una auténtica espía.

—¡A lo hecho, pecho, hermanita! Lo peor que puede pasar es que se den cuenta de que algo falla y nos quiten los micros. Los que encuentren, vamos.

—Y que Jon se quede en la cárcel de por vida y nosotros nos quedemos sin cobrar nuestros servicios y encerradas en este gimnasio.

—Eres una perra egoísta, que lo sepas.

Lucrecia se asomó de nuevo, le mandó un beso y respondió:

—Pero soy tu perra egoísta.



Las dos jóvenes sabían que Lorca no era un ser humano normal y corriente, pero no tenían modo de saber que era un mago, con todo lo que eso implicaba en cuanto a capacidades y también responsabilidades. A punto de salir a la calle, se detuvo el tiempo suficiente para escuchar la conversación de las chicas, incluso a través de la distancia y las paredes que los separaban.

Así que aquellas dos rubias alocadas estaban tramando algo junto a Jon y no le habían hecho partícipe. Entraba dentro de lo lógico. Los menores no encajaban bien su posición en el orden natural de las cosas y raramente aceptaban la obediencia sin antes equivocarse estrepitosamente.

Podía administrar aquello. Además, su prioridad en ese momento era comprobar los alrededores. El gimnasio estaba ubicado en un barrio que había ido decayendo a causa de la crisis económica. La planta baja del edificio estaba llena de locales que habían cerrado, con los cristales cubiertos por carteles de anuncios y pintadas. Un par de farolas estaban estropeadas.

El perfecto control corporal de Lorca le permitía, al adentrarse en el callejón lateral del edificio, ordenar a su pupila que se abriera lo suficiente para captar toda la luz. De este modo, daría la vuelta a la manzana con la vista de un gato. Avanzó despacio, procurando no hacer ningún ruido y así coger desprevenido a cualquier rondador; a pesar de su tamaño, por encima del metro noventa, Lorca era muy sigiloso.

El callejón se había contagiado del descuido del barrio. Quizá el camión de la basura no pasaba todos los días y, como resultado, el olor era penetrante. No tanto como el hedor de la comida descompuesta en verano, pero lo bastante como para querer pasar de largo. Incluso a pesar del frío de la noche, había bastantes moscas, y el zumbido que producían distraía al mago.

Miró en todas direcciones mientras avanzaba. Más arriba, asomado a un balcón, un hombre fumaba. Lorca calibró el tamaño del cigarrillo forzando su sentido de la vista: acababa de empezarlo. Eso quería decir que llevaba poco rato asomado y seguramente no había visto al rondador del que Diana hablaba.

Lorca dobló la esquina dejando un buen espacio entre él y la pared, para no ser atrapado por alguien todavía más sigiloso. La mayoría de los magos no eran tan cautos como él, confiados en su vasto potencial físico, pero Lorca era un viajero, siempre alejado de las altas torres que eran sus cuarteles generales, y había visto de todo, incluso seres con un poder destructivo que harían palidecer

al mismo Eric. En el ancho mundo, no solo había magos, vampiros y licántropos.

La parte trasera del edificio era más diáfana, pero se veía aún menos. No le pareció mala idea crear un poco de luz artificial, ya que tampoco había ventanas por las que ningún menor pudiera asomarse. Antes de poder hacerlo, sintió una vibración en la cadera que le produjo un sobresalto.

Era el móvil.

Lo sacó con rapidez, sin dejar de prestar atención a cualquier movimiento de las sombras.

—¿Sí?

Solo por hablar ya habría alertado a cualquiera que pudiese estar escondido, pero cuando oyó la voz al otro lado, supo que la conversación era inevitable y, por tanto, que el plan de peinar los alrededores, aunque fuese haciendo ruido, acababa de irse al traste.

Se trataba de Antonio Der, miembro de su clan.

—Estamos esperando un informe, Lorca.

—Está bien —respondió este, contrariado—. ¿Tienes para apuntar?

Der soltó una carcajada desprovista de humor. Acabó sorbiendo el aire de modo desagradable hasta que, al fin, dijo:

—No hagas el tonto. Ven a las torres ya.

—Ahora mismo no puedo.

—No se me ocurre qué puede haber más importante o qué puede impedirte venir de inmediato.

¿Alguno de los menores te ha cortado una pierna durante el motín? Me parece improbable.

Lorca se encontraba en un verdadero aprieto. Sabía que la misión encomendada por los de su clan, infiltrarse en los servicios de seguridad de la cárcel, tenía una importante carga de reprimenda para enmendar su comportamiento errático, y que mantener ese comportamiento solo empeoraría las cosas. Pero, por otra parte, su corazón, sus tripas, todas sus células le impedían alejarse de Diana más de lo imprescindible, sobre todo en ese momento en que parecía acecharla un peligro. Quizá se trataba del mismo Ariel Bálder, si es que había sobrevivido a todas sus calamidades.

No podía dejar a Diana. No podía suceder otra vez. Era tan...

—Iré a dar mi informe personalmente —terminó diciendo.

—Bien. Eso es lo que esperamos.

—Cuando pueda —remató Lorca.

Y colgó.

Aquello que acababa de hacer era el equivalente a decirle a un general que cogiese él mismo el fusil y asaltase la colina, si tanto le gustaba la guerra. Lo pagaría caro, mucho más caro que aceptar un encargo humillante, propio de menores.

Lorca terminó de dar la vuelta a la manzana, consciente de que, si hubiese habido alguien escondido en las sombras, a esas alturas ya debía haber huido.

¿Qué sería peor, que pensasen de él que era un rebelde o contarles la verdad? Y ¿acaso la verdad no era peor aún que la desobediencia?

Lorca alcanzó el portal del gimnasio, agobiado y furioso por la complejidad de sus emociones. Se controló para no arrancar el pomo de la puerta. Suspiró. Se colocó bien la chaqueta de piel de serpiente y dijo para darse ánimos:

—Eso es, *Esmeralda*. Todo tiene solución, menos la muerte. Siempre serás más sabia que yo.



Antonio Der oyó el chasquido de fin de la comunicación sin dar crédito. Miró el móvil como quien mira un mono con diez patas y luego, con un movimiento lento, lo guardó en el bolsillo del pantalón.

Se encontraba en un despacho perteneciente a las Torres de Hércules, justo debajo de las cúpulas que eran invisibles para los menores gracias a las runas que las protegían. Allí arriba, a buen seguro, se encontraba su superior, Tristán Desperatto, paseando por el invernadero donde siempre parecía buscar serenidad e inspiración.

¿Le culparía Tristán de la insubordinación de Lorca? ¿Consideraría esa indisciplina como la consecuente falta de respeto a alguien que no había sabido ganárselo?

Antonio se sacudió tales pensamientos, porque solo le llevaban a plantearse si debía o no informar a su superior de lo sucedido, y ese era un camino de dudas que no le convenía tomar. Así pues suspiró y se acercó al ascensor. Por el camino fue repasando mentalmente todo lo que sabía acerca de Lorca, ya que era posible que le ordenaran castigarlo con severidad. Al no haber ascendido tanto como Antonio en el clan de magos, no debía ser un rival a su altura, pero... ¿era así realmente, o quizá Lorca no ocupaba un escalafón más alto porque se había llevado media vida viajando y cumpliendo misiones con las que nadie quería ensuciarse?

Se sintió nervioso, aunque hizo todo lo posible para no aparentarlo. En breve el ascensor se abriría y tendría que rendir cuentas ante un mago que, en este caso con total seguridad, era más poderoso que él y no hacía gala de tolerar muy bien la frustración.



Lo primero que salió de los labios de Tristán Desperatto fue una carcajada. Duró demasiado para el gusto de Antonio Der, que no qué pensar de la situación. Desperatto incluso se quitó las gafas de sol y se enjugó las lágrimas provocadas por la risa.

—¡Que ha dicho que vendrá cuando pueda! —exclamó al fin.

Se tuvo que apoyar en un banco, como si aquel ataque de risa le hubiese fatigado realmente. Su superior en el clan podría arrancar todos los árboles de aquel invernadero sin sudar, así que aquella pose cada vez parecía más fingida y, por tanto, peligrosa.

—¡Deberías verte la cara! —añadió.

Antonio Der pensó que quizá le convendría sonreír, pero en ese mismo instante el rostro de Tristán se congeló en un rictus de fiereza.

—¿Es así como me lo tengo que tomar? ¿Con buen humor?

—Tristán...

—¿Tristán, qué?

—¿Qué podía hacer yo?

Desperatto recobró la compostura. Se miró las manos y las limpió de algo de tierra que seguramente había sobre el banco.

—Tienes razón. ¿Qué podías hacer tú?

—¿Quieres que lo vuelva a llamar?

—¡No, Antonio, no, no lo vuelvas a llamar, por favor! ¡No me castigues con tu incompetencia! ¡Quiero que me des toda la información que tú tengas al respecto para que yo pueda adivinar lo que sucede!

Antonio estaba incómodo. Algunos pelos se le habían soltado de la recia cola de caballo y le molestaban en la cara. Se volvió a recoger la melena rubia con rapidez. Luego carraspeó.

—¿Qué sabemos? —insistió Tristán.

—Por las interceptaciones de nuestros sistemas espías en los distintos cuerpos de...

—¡Que sí, que no me digas más lo que ya sé, que tenemos una tecnología de la hostia en todas partes y que no estás malgastando recursos!

Antonio cruzó las manos detrás del cuerpo y miró al suelo. Había estado a punto, solo a punto, de soltarle a su superior que estaba harto de que lo tratara como a un menor. Que él no tenía la culpa de que los magos estuviesen intentando tragar un bocado demasiado grande y que un líder con honor debía ser capaz de asumir que, por cada tres cosas que salían bien, al menos otras tres podían salir mal. Sin embargo, su disciplina, sentido de la jerarquía, y también el miedo, hicieron que clavara la mirada en el suelo durante unos segundos más, en silencio. Luego carraspeó otra vez antes de hablar.

—Sabemos que ha habido un motín en la cárcel a la que enviamos a Lorca para espiar a Jon Aldana, que es el chico que podría tener algún tipo de relación, no sabemos cuál, con los licántropos que han venido desde el norte, los de la manada de Sierra Morena, y, quizá, casi seguro, con el centinela Ariel Bálder, al que parece que persigue la policía.

—El padre de Jon es Aitor Aldana, enemigo de Mario Tancredo, según me contaste, ¿verdad?

—Antonio asintió—. Y Mario Tancredo está con Padre y su aberrante grupo —musitó Desperatto.

Se refería a un clan de magos que siempre había sido despreciado por su falta de pureza y métodos poco claros de selección de miembros, pero que con el tiempo había ido ganando cada vez más importancia en los planes generales de los magos. A Antonio Der le repugnaban sobremanera.

—Sí —confirmó—, pero Mario Tancredo tiene intereses y tentáculos en todas partes. No es seguro que esto tenga que ver con Padre. No es seguro que nada de esto nos afecte.

—Da igual —se apresuró a responder Desperatto—. Si Tancredo da un traspiés, Padre puede quedar en evidencia, y con él todos nuestros planes. ¿Necesitamos más enemigos?

—No.

—Motines, licántropos, centinelas que destruyen edificios enteros, peleas de bandas... Debemos atajar todas estas irregularidades. No podemos llamar tanto la atención.

—No, Tristán.

—Cuando hay problemas, la gente hace muchas cosas, entre ellas, comprar componentes para runas. Y no queremos que nadie comience a preguntarse por qué hay tan pocas existencias en las despensas de los brujos, ¿verdad?

Antonio Der levantó la mirada del suelo y dijo:

—Pero, si todo esto no tuviera nada que ver con nosotros, ¿no va a ser peor que intentemos meter demasiado las narices?

Se arrepintió de sus palabras en cuanto las pronunció. Su superior entornó los párpados. Luego torció un poco la cabeza, caviloso, hasta que finalmente respondió, para alivio de Antonio:

—A veces yo también me lo pregunto.

Entonces Antonio Der comprendió que quizá Desperatto también tenía superiores que lo presionaban, aunque no fueran muchos, y que en ocasiones también sentía que estaba conduciendo un vehículo que iba demasiado rápido por una carretera muy poco iluminada.

—Pediré información sobre el motín antes de que Lorca nos dé su versión —dijo—. Así podremos saber si nos miente.

—Buena idea, Antonio —respondió Tristán—. Habla con los menores que tengamos en la cárcel. Haz eso, sí.

Antonio Der se giró para salir del invernadero. Dejó a su superior a solas, frente a un rosal enroscado alrededor de una columna de mármol. Lo observaba como si hubiese allí algo que se pudiese leer.

En situaciones como aquella, y no eran muchas, Antonio Der sentía que quizá su superior era más paciente y cauto de lo que aparentaba.



La recepción de la clínica privada del doctor Abelardo Carrasco tenía una temperatura bastante agradable, pero Diana, que ya podía andar con muletas, se sintió pronto acalorada por el esfuerzo. Lucrecia le aguantó las muletas cuando fue a apoyarse en un sofá para descansar las manos. Lorca la ayudó a quitarse la chaqueta vaquera.

Por un momento Diana tuvo la sensación de que Lorca, al mirarle el hombro, el cuello, la cara, la veía con una familiaridad extraña, como si hubiese entre ellos una relación de amistad y buenos recuerdos. Sin embargo, esa sensación duró muy poco, el tiempo que tardó el mismo Lorca en darse cuenta de cuales fueran sus propios pensamientos. Entonces apretó los labios, se colocó la chaqueta sobre el brazo y la ayudó a sentarse, esquivando todo contacto visual. Ariel Bálder, el asesino pelirrojo de la maza de pinchos, también la había mirado de un modo demasiado familiar cuando se encontraron en la reunión del grupo Quimera. Sin embargo, la mirada de Bálder tenía la cualidad de transmitir un frío que llegaba hasta el hueso, y la de Lorca había sido cálida como un abrazo en una tarde de lluvia.

El doctor no tardó en llegar. Diana tenía muy presente que Jon desconfiaba de él. Carrasco, en connivencia con el mismo Aitor Aldana, había recurrido a sus contactos y recursos para sacar al chico de un hospital de la seguridad social, trasladarlo a su clínica, abrirle el pecho, extraerle el corazón y sustituirlo por el de un licántropo, cerrar piel, músculo y hueso, callarse como una prostituta en una iglesia y mandarlo a casa con un bote de pastillas. Ese era el doctor Carrasco, el mismo que en ese momento se deshacía en amabilidades y preocupaciones para con la pierna de Diana.

—... y ahora va a venir un celador y te va a llevar en silla de ruedas a la consulta, para que podamos ver juntos la radiografía —terminó de decir.

—De acuerdo —respondió Diana—. Cada día me duele menos.

Un hombre con un uniforme azul claro se acercó empujando una silla de ruedas. Lorca ayudó a Diana a subirse en ella —no permitió al hombre hacer su trabajo—, y cogió él mismo la silla para conducirla donde el doctor les indicase. Miraba a un lado y a otro como si se encontrasen de noche en un barrio poco recomendable.

Carrasco iba a ir tras ellos, pero se giró un momento hacia Lucrecia.

—¿Quieres venir? ¿Quieres alguna cosa?

Lucrecia se dejó caer en un sofá y cogió una revista. Le hizo un gesto para que se fuese tranquilo.

Los tres, Lorca, Diana en la silla y el doctor Carrasco, desaparecieron tras una puerta de doble hoja. Lucrecia sacó un chicle y comenzó a mascararlo. Le dio un par de vueltas a la revista. Miró a la

chica de recepción y luego miró hacia el pasillo por el que había llegado Carrasco.

Se levantó con decisión y se acercó a la chica.

—El jefe me ha preguntado si quería algo.

—¡Sí, por supuesto! Dígame en qué puedo ayudarla.

—Vale. Necesito dos cosas. Necesito un vaso de agua para tomarme una pastilla, y necesito ir al servicio. ¿Dónde está el servicio?

Sin perder la sonrisa, la mujer señaló una tercera puerta, muy cercana.

—Gracias —dijo Lucrecia. Como la mujer no se movía, añadió—: ¿Y el vaso?

—¡Claro, perdona!

Minutos antes, se había fijado en que no había ningún dispensador de agua en la recepción. De haberlo habido, Lucrecia le habría pedido un café, y si hubiese habido una cafetera, le habría pedido un gin tonic. Cualquier cosa para hacerla desaparecer.

La mujer, con una sonrisa algo más tensa que antes, desapareció tras una puerta a su espalda. Lucrecia se dirigió con rapidez hacia el pasillo por el que había aparecido Carrasco.



Lorca permanecía de pie, una mano sobre la otra frente a la hebilla del cinturón. No juzgaba al doctor ni parecía especialmente atento a lo que hablaban. En aquel momento, con una luz tenue, podría haber sido confundido con una estatua.

Carrasco, en cuclillas, presionaba los bordes de la cicatriz quirúrgica en la pierna de Diana. Su rostro mostraba satisfacción. Luego colocó unas radiografías en una pantalla luminosa y señaló un par de puntos sobre el hueso.

—Estás evolucionando muy bien. Has sido una niña buena, ¿verdad?

—Depende de lo que entiendas por niña buena —respondió Diana.

El doctor tomó asiento frente a ella. Ambos se limpiaron las gafas a la vez, como púgiles que se colocan las protecciones bucales antes del combate.

—Ha habido un motín en Puerto II —dijo Diana.

—Lo sé —respondió Carrasco con pesadumbre—. Tenemos que sacar al chico de ahí lo antes posible, pero el juez no admite fianza.

—No hay pruebas definitivas contra él. Solo necesita una coartada.

El doctor abrió las manos, como si estuviese abierto a cualquier posibilidad, y dijo:

—Yo no estaba con Jon.

—Ya. Nosotras sí. Pero es que nosotras también estábamos en Quimera. Nuestra coartada no vale; no lo saca del lugar del crimen. Solo serviría para hacernos sospechosas.

—Si pudiéramos dar con Bálder...

—Ese hijo de puta debería estar muerto, en serio. Le pasó de todo. Lo último, una furgoneta por encima.

—Pero no han encontrado ni el cuerpo ni el arma del crimen.

Diana negó, los labios apretados. Luego se acercó una poco a la mesa, como si medio metro de distancia marcara la diferencia en cuestión de confabulaciones.

—Usted le puede dar una coartada.

—Había unas cámaras de seguridad en el polígono industrial —recordó el doctor.

—Sí, pero solo se ve a un tipo con capucha. Son las ropas que suele llevar Jon, pero en un juicio eso no vale para mierda. No, en el juicio ganamos seguro, eso lo han dicho los abogados, pero hay que sacarlo de la cárcel antes de que lo maten.

—Estoy de acuerdo —dijo Carrasco—. Entonces, ¿si yo le doy una coartada, tendrá más peso que la grabación de...

—De un tipo con capucha llegando al polígono. Ni siquiera hay ninguna cámara que lo sitúe entrando en la sede del grupo Quimera.

El doctor mostró un brillo esperanzado en la mirada. Se pasó los nudillos por el labio inferior, meditando.

—¡Vamos! —le instó Diana—. ¿Qué tiene que pensar?

—¡Está bien, está bien! Todos sabemos que Jon es inocente. Solo que...

—¿Qué?

—Todo lo que he hecho es por su bien.

Diana volvió a echarse para atrás. Frunció el ceño, desconfiada.

—Claro— dijo con un tono de voz seco que no indicaba que estuviese muy de acuerdo.

—Me gustaría que él supiera que...

—Te gustaría que él te perdonara, ¿no?

—Le tengo mucho aprecio. Es el hijo de uno de mis mejores amigos. Lástima que no podamos sacar también a Aitor de la cárcel.

Diana le tendió una mano al doctor.

—Consígale esa coartada, que estuvo en la clínica haciéndose unas pruebas o lo que coño sea, y yo le hablaré de usted todo lo bien que pueda.

—¿Sí?

—Seguro que termináis resolviendo vuestras cosas —aseguró Diana.

Le hubiese gustado tener a Lucrecia en aquella habitación para poder demostrarle a su amiga que a ella tampoco se le daba nada mal fingir.



Cuando Lucrecia abandonó el despacho del doctor Carrasco y se internó en el pasillo, tuvo la suerte de no cruzarse con nadie. Sin embargo, ya de regreso en la recepción, la mujer esperaba con el vaso de agua y un gesto que no auguraba nada bueno.

—¿Dónde estaba? —preguntó sin asomo de la anterior sonrisa—. El servicio no está por allí.

—Salí muy rápido y, como no te veía, me fui por ahí a buscarte.

Llegó rápidamente al mostrador de la recepción, hizo como si se metiera una pastilla en la boca y se tragó el vaso de agua.

—¡Ah, qué buena el agua cuando una tiene sed!

—No me parece un comportamiento apropiado el suyo.

—Ya —convino Lucrecia. Luego dejó que le temblara un poco el párpado inferior del ojo izquierdo, se acercó a la mujer con la mirada algo enajenada y le susurró—: Pero eso es porque no sabes para qué son las pastillas que me tomo, guapa.

—¿Qué?

Lucrecia chistó y le agarró el brazo. La mujer intentó soltarse, pero no lo consiguió.

—¡No hables tan alto! ¡Los *iluminati* nos escuchan! —soltó Lucrecia con la voz ronca.

El flequillo le cubría ahora la mitad de la cara; en la otra mitad, un ojo abierto que parecía que iba a salirse de su cuenca y una hilera de dientes asomando entre los labios le conferían un aspecto de lo más insano.

La mujer estaba a punto de gritar cuando la puerta doble se abrió. Lorca empujaba la silla de ruedas en la que iba Diana. Lucrecia recompuso el gesto y volvió a convertirse en una persona con un

estado nervioso normal.

—¿Todo bien? —preguntó.

—De puta madre —respondió Diana—. Vamos a pirarnos de aquí.

Lucrecia se giró, le guiñó el ojo a la recepcionista —que parecía dispuesta a huir— y fue dando una pequeña carrerita para coger las muletas de Diana.



A la salida de la clínica, Diana le devolvió las muletas a Lorca, que las cogió con una sola mano, la otra presta para agarrarla en cualquier momento. Ella comenzó a probar el pie con pequeños pasos.

—¿Todo bien? —preguntó Lucrecia.

—Todo bien. Ya puedo empezar a ejercitar la pierna y tal. ¿Y tú?

—Todo bien. Ya puedo empezar a ejercitar la escucha en el despacho del doctor.

Lorca las miró a ambas, entre sorprendido y fastidiado.

—¿Le habéis puesto un micrófono?

Lucrecia alzó las manos, inocente como un defensa en la final de la copa del mundo de fútbol.

—¡Son órdenes del jefe!

—¿El jefe?

—Jon es nuestro jefe —respondió Diana—. Y no te podemos contar nada más.

Lorca las siguió mientras se aproximaban a la parada de taxis, reflexivo. Luego dio unos pasos algo más rápidos para ponerse delante de las dos amigas.

—Tengo que saber más cosas de vuestro plan.

—Y nosotras tenemos que saber más cosas de ti —contraatacó Diana—, pero no sueltas prenda.

—Os estoy protegiendo de Bálder.

—Ya, ya, pero antes de que nos atacara el pelirrojo, tú ya estabas por ahí rondando, ¿verdad?

Así que no me toques la caseta de feria. ¿A quién seguías, a Bálder o a mí?

La situación comenzaba a ser insostenible para Lorca. Se daba cuenta de que ya llevaba demasiado tiempo rondando a esas menores sin explicarles nada, por el mismo motivo por el que no le podía contar nada a su clan de magos. Sin embargo, se le hacía incluso más plausible confesar a estos las circunstancias que lo habían llevado hasta allí que a Diana.

Era tan parecida..., pero no era ella. ¿Cómo no iba a pensar que estaba un loco si le contaba la verdad?

¿Por qué le importaba tanto?

¿Por qué no era capaz de administrar sus sentimientos?

Quizás había llegado el momento de recobrar la compostura, dar media vuelta y acudir a las Torres de Hércules para rendir cuentas. Bálder llevaba semanas sin dar señales de vida. Quizás ante la perspectiva de que las menores estuvieran a salvo y su enemigo muerto, le sería más fácil volver a comportarse como el resto de magos esperaban de él.

—¡Bah, déjalo! —exclamó Lucrecia—. ¿No ves que es medio Asperger?

Lorca se vio obligado a sonreír ante tamaña desfachatez de la pequeña bravucona. Podría aplastarla contra el suelo con una sola mano, como si fuese un chicle, pero sospechaba que eso ella ya lo sabía y, aun así, tenía los redaños suficientes para faltarle al respeto.

Un mago más débil se habría inclinado ante el poder de Lorca. Lo habría aceptado como superior. ¿Qué tenían los humanos que los hacía tan temerarios en ocasiones? ¿Negación de la realidad? ¿Debilidad mental? ¿Valor?



9

Lorenzo Romano llevaba tanto tiempo como miembro de la Policía que ya le era imposible pensar tan solo como un centinela al servicio de los ángeles. A Romano, el trabajo como inspector de policía le había hecho dividir el mundo en dos: los hechos probados y los hechos no probados. Y en ese momento, necesitaba repasar los hechos probados antes de tomar un rumbo, e intentar, de algún modo, conciliarlos con su sagrada misión: servir a los ángeles, mantener en secreto el mundo oculto, colaborar con otros centinelas.

En su apartamento, dentro del taller en que se suponía que hacía trabajos de bricolaje como pasatiempo, Lorenzo había colocado un tablón de corcho donde colgaba notas y pruebas de aquella particular investigación, que estaba fuera de los márgenes de la ley de los humanos y de su propia encomienda celestial. La primera nota era la raíz de todo, el primer hecho probado: tras el aviso de un altercado en el polígono industrial de Fadrilas, en la ciudad de San Fernando, Lorenzo se había personado con varias unidades de patrulla —ninguna jerarquía policial iba a mantenerle alejado de lo que sucedía en las calles—. Allí encontraron una motocicleta de gran cilindrada volcada sobre el asfalto y a un individuo, el dueño del vehículo, que enarbolaba una maza de pinchos.

Lorenzo lo había reconocido inmediatamente como Ariel Bálder, un centinela de gran prestigio. Habló con él y posibilitó que se marchara sin demasiadas explicaciones.

Hecho probado: el altercado por el que había acudido al polígono industrial resultó ser un homicidio doble. Un hombre y una mujer, pertenecientes a un extraño grupo de autoayuda llamado Quimera, habían muerto por el impacto de un objeto que, según el análisis forense, podía ser una maza de pinchos.

Hecho probado: Ariel Bálder explicó posteriormente a Romano que mató a aquellos humanos, y que debía matar al resto de los que se encontraban en la reunión, para preservar el secreto sobre el mundo oculto. Además, le pidió ayuda para deshacerse del misterioso individuo que lo perseguía y que, al parecer, había conseguido detenerlo.

Hecho probado: uno de los hombres de Romano, Damián, buscó información sobre la vivienda de Ariel Bálder a través de la matrícula de la motocicleta. Dio la excusa de que era para adelantarse a los movimientos del tipo con la chaqueta de piel de serpiente, el que iba detrás de Bálder.

Aquí comenzaban a entrar en juego los hechos no probados. El hombre de la chaqueta de piel de serpiente se personó en la vivienda de Bálder. A Lorenzo le pareció extraño que no hubiese tendido su emboscada allí en un principio, por lo que dedujo que antes no había conocido la dirección. Entonces, la única opción lógica era que el propio Damián le hubiese facilitado los datos.

Por este hecho no probado, Lorenzo Romano había pegado un tiro en la cabeza a su hombre, Damián, y se había deshecho del cadáver. En pocas horas tendría que comparecer ante sus superiores

como parte de la investigación sobre la desaparición del policía, pero el centinela que había dentro de Romano no podía dejar ciertas cosas al amparo de las leyes de los hombres.

En el apartamento de Bálder hubo otros dos hechos probados. Primero, Lorca, el mago de la chaqueta de piel de serpiente, acudió allí y fue capturado por Lorenzo. Por otra parte, en el apartamento de Bálder había una serie de pruebas que en ese momento obraban en poder del inspector, justo delante de él, en el tablón de corcho: fotografías de mujeres rubias, atractivas, con gafas, y una muestra de pelo rubio junto a cada fotografía.

El hecho no probado era que aquello apuntaba a que Ariel Bálder era, como poco, un obseso sexual. El hecho probado, tras una ardua investigación policial llevada a cabo por Romano en las últimas semanas, era que todas aquellas chicas, menos una, estaban muertas. Muertas de modo violento. Eran mujeres que respondían al mismo patrón físico. Y las fotos, halladas junto a un trofeo, y que ahora estaban en poder de Lorenzo Romano, apuntaban a que Bálder no solo respondía a una obsesión sexual: era un asesino en serie.

La posibilidad de que esto fuese cierto había llevado al inspector a liberar a Lorca y, en ese punto, comenzar a incumplir sus obligaciones como policía y como centinela por igual. Ese era precisamente uno de los problemas de vivir entre dos mundos: no ser fiel a ninguno de ellos.

El centinela que Lorenzo Romano había sido, no pondría en duda que Bálder estaba en algún tipo de misión sagrada. Y, de no ser así, solo los ángeles tenían potestad para juzgarle. El policía que era Romano sentía la obligación de detener a aquel asesino con cualquier medio a su alcance; si no le era posible con medios legales, procedería del mismo modo que con el traidor de Damián.

De las tres obligaciones principales como centinela, servir a los ángeles, mantener en secreto el mundo oculto y colaborar con otros centinelas, solo había una que eclipsaba a las demás, y se trataba, por supuesto, de servir a los ángeles. ¿Se podía hacer esto mediante la negligencia, la pasividad o la cobardía? ¿No debería ponerles al corriente de la información que había reunido para que ellos decidieran? ¿Seguir cubriendo a Bálder no iba en contra tanto de su instinto policial como de sus obligaciones sagradas? Pero si Bálder cumplía realmente algún tipo de misión, ¿no sería Romano castigado por entorpecer?

—¿Por qué te quedabas con un mechón de pelo? —preguntó en voz alta.

Era aquel detalle el que daba al traste con la teoría de que Bálder actuase por mandato divino, incluso aunque los ángeles ordenaran a uno de sus centinelas matar a mujeres solo porque tenían la misma apariencia física. Pero ni siquiera aquello sería cierto, ya que, según las averiguaciones de Romano, Bálder alegó ante los ángeles que tres de aquellas chicas habían muerto por haber revelado secretos sobre el mundo oculto. Dos practicaban rituales para invocar demonios. Una de ellas había atacado a Bálder, sin motivo aparente, con un cuchillo de carnicero, en la casa de la chica, donde el centinela había entrado siguiendo el rastro de un licántropo.

Rocambolesco. Ofensivo. Excusas tan vagas que no se daban desde la Inquisición, que eran propias de altos cargos de dictaduras sangrientas.

Del resto de muertes ni siquiera había dado excusa alguna.

Matar formaba parte de las responsabilidades del cargo de centinela, pero por un motivo superior. Era imposible que los ángeles aprobaran ese comportamiento, esa masacre sostenida en el tiempo.

¿O no?



A Damián lo habían dado por desaparecido y, por tanto, se repasaban todos los casos en los que podía

haber estado involucrado y se hablaba con todos sus compañeros y superiores jerárquicos. El interrogatorio al que sometieron a Lorenzo duró bastante poco. Confirmó que había hablado por teléfono con Damián la mañana del último día que se le vio con vida y negó saber nada más acerca de su desaparición.

Tras la entrevista, Romano se reunió con sus hombres en una sala privada. Se trataba de un grupo selecto de policías con los que se había jugado el pellejo en más de una ocasión. El inspector, hasta el momento, pensaba que de este modo había obtenido la fidelidad de sus agentes, a los que en muchas ocasiones había sacado de algún apuro a través de sus contactos. Sin embargo, después de lo sucedido con Damián, le era imposible asegurar que pudiese confiar totalmente en ellos, así que descartó la idea de contarles lo sucedido. Se limitó a exponerles lo que quería de ellos.

—Cometí un error grave al dejar que el tipo de la motocicleta se fuera como si nada —dijo—. Luego ya visteis cómo tenía defendido el apartamento, que parecía sacado de una película de miedo, *Saw* o algún bodrio de esos.

Bálder, efectivamente, había puesto trampas en su vivienda, un hacha de péndulo y algún otro regalo para visitas imprevistas que los artificieros tuvieron que desactivar.

—¿Qué tenemos que hacer? —preguntó uno de sus hombres.

Ese agente había resultado herido durante el enfrentamiento con Lorca en el apartamento de Bálder. Una patada del mago había sido suficiente para mandarlo al hospital con varios huesos rotos. Acababa de volver de la baja médica, pero todavía se encontraba renqueante.

—Vamos a buscar otra vez al pelirrojo o su motocicleta en todos los puntos calientes. Cualquier cosa nos vale, cualquier pista. Si los de la científica han peinado una zona, nosotros la peinamos otra vez y ampliamos el radio de búsqueda. —Levantó la mano y fue mostrando con los dedos el número de lugares donde buscar—. El club Quimera. La casa derribada en la carretera de Cortadura. El sitio donde encontramos la furgoneta de las dos rubias. Por cierto, no hay orden de busca y captura contra ellas, pero si las veis, me llamáis.

—¿Y el tipo de la chaqueta de piel de serpiente? —preguntó otro de los policías.

El inspector endureció la mirada.

—¿Qué pasa con él?

—También dejaste que se fuera. ¿Lo tenemos que seguir?

—Eso no fue un error —dijo Lorenzo—. Está bien que siga libre, pero no os puedo contar más.

—Pero...

—Está por encima de nuestro rango —cortó el inspector—. ¡Joder, ya deberías saber qué significa eso!

Lorenzo Romano prefirió que los policías especularan: un agente del CNI, un policía de la secreta, un espía de otro país que colaborase con el gobierno. A él le daba lo mismo. Sabía cuándo cortar una conversación.

—Estáis a jornada completa con esto —dijo para concluir—. Si veis a Ariel Bálder, me llamáis. Si os acercáis a él, os podéis dar por muertos.

—¿Y qué pasa con Damián? —preguntó otro.

Lorenzo volvió a endurecer el gesto para soltar una mentira, una más, sin que sus hombres pudiesen advertirlo.

—Comienzo a sospechar que se acercó demasiado al pelirrojo. Así que, si lo veis, me llamáis a mí y a nadie más. Si ese cabrón se ha cargado a Damián, no vamos a querer que contrate un abogado, pero tengo que estar presente para que no cometáis ningún error. No quiero que nadie acabe muerto o en la cárcel.



10

Cuando Lorca dijo que iba a simplificar el trabajo de protegerle, Jon temió que fuese directamente a dar una paliza de muerte al resto de hombres enviados por Tancredo. Para su alivio, la táctica de Lorca fue más sutil, ya que consiguió mover los hilos para enviar a algunos a otras prisiones, y a otros a aislamiento, el tiempo suficiente para que presos con ambiciones similares ocupasen sus puestos en la jerarquía del patio.

De este modo, los fieles a Aitor Aldana seguían siendo un grupo más pequeño, pero sólido, con el eficaz Silva a la cabeza, y los comprados por Mario Tancredo ya no tenían poder alguno en Puerto II.

Jon también sintió alivio porque su padre cumpliera su palabra y diese protección al tipo que había cantado el nombre de Tancredo. Lo mantuvo a salvo hasta que pudo arreglar su traslado al mismo pasillo donde eran fuertes. Jon sabía que en la vida de su padre había quizá más sombras que luces, pero no podía negar que estaba cambiando mucho la opinión que había tenido de él durante demasiados años.

El lado amargo del reencuentro era el empeño en no hablar de por qué su madre los había abandonado a ambos cuando entró en prisión por un crimen que no había cometido. Jon dejó de atosigarle con preguntas cuando se convenció de que la sola mención de su exmujer lo ponía triste, lo sumía en una profunda introspección de la que le costaba reponerse, y eso, en un lugar donde una simple distracción podía tener consecuencias definitivas, era peligroso.

La mañana que los abogados le trajeron las buenas noticias, Jon no supo qué pensar. Él era inocente de la muerte de aquellos dos pobres diablos del grupo Quimera, pero la coartada proporcionada por el doctor Carrasco era falsa, y seguía sin gustarle nada la idea de seguir dependiendo de la ayuda del doctor.

En cualquier caso, Aitor había sacado de alguna parte una botella de buen *whisky* para celebrarlo, Jameson, y se encontraban en ese momento en su celda él, Jon y Silva, con un vaso de vidrio de estraperlo cada uno.

—No me hace gracia la idea de salir yo y que te quedes tú —confesó Jon.

Se dio cuenta de que su padre había llenado muy poco su vaso y dio unos golpecitos en el gollete de la botella, para que no lo tratara como a un niño pequeño. Aitor sonrió y le echó un poco más.

—Hijo mío, estás bien criado, eres fuerte y hemos visto que también muy valiente, pero hasta ahora me he mantenido sano y salvo en la cárcel sin tu ayuda.

—Pero no es justo.

—Sé pocas cosas —dijo Silva. No era un hombre muy hablador, aunque al parecer, el licor le

soltaba la lengua—. Pero te voy a decir una cosa que sé: un tigre no te va a perdonar la vida porque seas vegetariano.

—¿Eso no lo dijo Bruce Lee? —preguntó Jon.

—Eso lo decía mi abuela —respondió Silva—, que se dedicó treinta y cinco años al narcotráfico en *Costa da Morte* y sacó adelante a catorce hijos y veintiocho nietos.

Aitor soltó una carcajada y le dio unas palmadas de agradecimiento a Silva. A Jon le seguía costando hacerse a la idea de que así eran las actuales amistades de su padre. Silva parecía un hombre de honor, y aquella era una cualidad que pesaba mucho en la balanza. Pero era un traficante de drogas y a Jon le era prácticamente imposible hacer concesiones con aquello que le parecía mal, así que miró a Silva a los ojos, con toda la entereza que le era posible a pesar de su juventud, y dijo:

—Las drogas arruinan a las personas.

—A mí me lo vas a contar —repuso Silva.

Jon soltó un gruñido de risa, miró a su padre y ambos, entonces, soltaron una tremenda carcajada.

—A mí me lo vas a contar —repitió el preso, llenándose de nuevo el vaso, mientras padre e hijo se reían de buena gana.

—En el infierno te están guardando una plaza de garaje —le dijo Aitor.

Silva levantó el vaso, como si le pareciera un buen trato, y luego se puso en pie.

—Os dejo un rato, que las cosas de familia, cierran en familia.

Saludó a Jon con un gesto de cabeza y salió de la celda. El chico devolvió el saludo, aunque Silva ya andaba por el pasillo. Luego metió la mano en una raja del colchón de su catre y le pasó a su padre un teléfono móvil.

—Ya no me va a hacer falta. Fuera me darán el mío.

—No me vas a decir para qué lo has usado.

—¡Venga, papá, no nos agüemos la fiesta!

—Ni me vas a contar para qué estás usando el dinero a través de los abogados.

—Las chicas que me acogieron aquel día lo perdieron todo. Las estoy ayudando.

—Entiendo. Tienes un gran corazón, hijo.

Jon alzó las cejas. Su padre se dio cuenta de lo que acababa de decir y levantó una mano, como para pedirle disculpas. Ambos volvieron a reírse de buena gana.

—Grande no sé —dijo Jon—, pero con él no te aburres.

Se tocó el pecho, donde la cicatriz de la operación. Aitor Aldana le puso la mano encima. Su gesto, aunque mostraba una sonrisa, era más humilde.

—Te ibas a morir, Jon.

—Ya, papá, pero han matado a alguien por mi culpa.

—Al alguien, no. A un licántropo.

—¿No merecía vivir?

—¿Una de esas bestias? ¿Comparado contigo? ¡Por supuesto que no!

Jon le atrapó la mano y apretó con firmeza, para que su padre prestase total atención y tuviese en cuenta sus palabras.

—Soy casi uno de ellos, padre...

—¿Qué quieres decir?

—Siento ira, como ellos. Escucho y huelo. Tengo una fuerza que no sé si voy a poder controlar. Y recuerdo su muerte como si hubiese muerto yo... Tengo recuerdos de la emboscada que sufrió cuando lo secuestraron. Recuerdo a un hombre con una zamarra y un colgante con el cráneo de un pájaro. No le vi el rostro, pero me golpeó en la cabeza, aquí. —Se señaló—. A veces me duele, ¿entiendes? ¡Y le sucedió al licántropo al que le arrancasteis el corazón! ¡Su hermana lo está

buscando! Dios, si yo tuviera un hermano y...

Aitor notó que sus convicciones se descomponían y el arrepentimiento lo cubría como una sábana de cristal de nieve. Tomó la nuca de Jon y pegó su frente a la de su hijo.

—No... yo no lo sabía. No podía saber que sucedería esto.

El chico se separó un poco.

—¿Cómo que no lo sabías? ¡Tú lo ordenaste!

De súbito, lo agarró por la pechera y se incorporó, a la vez que lo levantaba como si fuese un muñeco. Lo pegó contra la pared más cercana y volvió a gritarle:

—¡Tú lo ordenaste!

—Jon, me haces daño...

—¡Me mataste, me mandaste matar para salvar a tu hijo!

Comenzó a golpearlo contra la pared una y otra vez, aplastándole las costillas y resquebrajándole el cráneo hasta que la sangre le empapó la cara y los brazos. Entonces abrió la boca y...

Jon se dio cuenta de que había estado a punto de gritar y atacar a su propio padre. Se había visto haciéndolo, con el detalle con el que se podía ver a sí mismo mordiendo un trozo de pizza que ya tuviese en la mano. Se apartó de un salto.

Aitor, consciente de que su hijo estaba tomado por fuertes emociones, alzó las manos con cautela y le habló con un tono bajo y tranquilizador.

—Tranquilo, hijo, está bien...

—Imagino cosas, papá... Iba a atacarte.

—Lo superarás, Jon. Respira.

Tenía razón. La disciplina que había adquirido en sus años de mayor soledad le proporcionaba templanza en las crisis que a otras personas les resultarían insoportables. Puso las manos en forma de triángulo frente al pecho y se llenó los pulmones. Aguantó el aire tensando el diafragma y luego lo saltó con tranquilidad. Repitió el proceso hasta que notó que su pulso se normalizaba.

—Ya estoy mejor.

—Lo siento mucho, Jon. Me he equivocado en todo..., pero creo que volvería a equivocarme. No podría dejarte morir.

Jon se acercó a su padre y le sonrió con afecto. Luego le dio un abrazo. Tan cerca como estaba de su oído, le dijo:

—Papá, miles de personas son operadas cada día a corazón abierto. Un padre siempre hará lo que haga falta para salvar a su hijo, incluso trasplantarle el corazón de un licántropo. Es un médico quien no debería permitirlo.

Aitor sonrió, porque agradecía esas palabras de ánimo. No quería realmente estropear un momento que llevaba años necesitando como el aire. Así pues, se guardó lo que pensaba: «Soy tan culpable como el doctor Carrasco».



Jon había entrado en prisión preventiva con lo puesto, y salía con lo puesto después de firmar una gran cantidad de papeleo. En la puerta, con el sol del mediodía transformando enero en primavera, se vio obligado a calarse la capucha de la sudadera, a falta de gafas oscuras.

Por eso tardó en darse cuenta de que la ranchera que había frenado bruscamente frente a él era la *Dolores*, la de la banda de mexicanos a sueldo de su padre. Estaba muy limpia, sin rastro de desperfectos y una capota nueva para la caja. Ahí fuera había más gente. Junto a Jon habían salido

cuatro presos más, y bien porque esperaban un taxi, o porque les iba a recoger un familiar, formaban una pequeña concurrencia.

Jon se agachó un poco. Tomás Hurón, el cincuentón mexicano con el cuerpo duro y la piel cubierta de tatuajes, le mostró una sonrisa abierta y sincera.

—Tu papá te dijo que yo te iba a recoger, ¿sí?

Jon abrió la puerta y entró.

—Si no me avisa, salgo por patas al verte.

Hurón soltó una buena carcajada y arrancó la ranchera antes de que Jon terminara de colocarse el cinturón.

A unos doscientos metros de distancia, en la zona agreste que rodeaba la penitenciaría, Rial y Nuk contemplaban el vehículo alejarse.

—¿Por qué no los cogemos?

—Demasiada gente —respondió Rial—. Y quiero saber a dónde va el chico.



—Me gusta llevarte —dijo Tomás—. ¡Nos devolviste la *Dolores*! Me caes bien. Pero este es el último favor que le hago a tu papá y que te hago a ti.

Jon permaneció reflexivo mientras se incorporaban a la carretera. Había corrido sangre mexicana cuando trataron de poner a Jon a salvo. Los licántropos entraron en escena de no se sabía dónde, y volaron las balas y los mordiscos. Aitor ya le había explicado a Jon que Hurón no quería volver a exponer a sus hombres a un enemigo que no podían entender y mucho menos vencer, aunque fuese por todo el oro del mundo. La banda de los mexicanos no era una pandilla callejera que estuviese buscando la muerte en cada pelea. Eran hombres de negocios, con familia.

Incluso después de haber meditado todo esto, Jon no pudo resistirse a responder:

—Yo nunca te he pedido un favor.

—Eso es verdad —reconoció Tomás—. ¿Pero por qué eres tan recto, carajo?

—Bueno. Las cosas son como son.

—Las cosas son como son... —repitió el mexicano, aunque por su tono burlón daba a entender exactamente lo contrario—. Pero luego llegan unos pinches huevones y se convierten en lobos más grandes que mastines y, ¡puta!, las cosas ya no son como son, ¿verdad?

—Las cosas son como son —repitió Jon—, otra cosa son las ilusiones que nos hayamos hecho.

—No te entiendo.

—Tú, por ejemplo. —Señaló una cruz que el mexicano llevaba al pecho—. Solo creías en Dios y en el diablo.

—Sí.

—Pero las cosas son como son —concluyó Jon—. Y parece que en el mundo hay otras cosas que no son de Dios ni del diablo.

—Te equivocas. —Hurón puso el intermitente para tomar el carril de aceleración que entraba en la autovía. Se pasó la mano por los labios y añadió, casi en un susurro—. Aquellos lobos eran hijos del diablo.

Entonces se santiguó con la mano libre. Jon decidió que no tenía sentido seguir porfiando con aquel hombre y sus creencias.

—Déjame en el centro, Tomás —dijo—. Y gracias por traerme.

—Es un placer, te lo dije.

—Y siento lo de tu hombre. Si puedo hacer algo por...

Tomás levantó un dedo para que el chico no siguiera por ese camino.

—Yo me encargo de mis hombres. A sus chamacos no les va a faltar de nada.



Se quedaron un buen rato en silencio, cada uno pensando en sus planes e inquietudes. Jon pensaba que había dos grupos distintos que podían acecharle ahora que se encontraba en libertad. Uno recibiría órdenes de Mario Tancredo, que no había visto cumplido su objetivo de acabar con él en la cárcel. Otro estaría formado por seres con un olfato, como mínimo, igual de bueno que el que él había adquirido tras la operación, y a esos no sería fácil despistarlos por callejuelas de la ciudad.

Nada más salir del puente Carranza, a la entrada de Cádiz, Jon tocó el brazo del mexicano, como si se le hubiese ocurrido alguna idea.

—La marea está alta, ¿verdad? Me lo ha parecido cuando nos acercábamos al puente.

—Está alta, sí —respondió Tomás—. ¿Vas a pescar?

—Voy a intentar que no me pesquen.

—¿Quieres que te lleve a otro sitio?

—No. Al lado de casa está bien.

Tomás detuvo la ranchera al llegar a un semáforo en rojo.

—¡No mames! ¿Quieres despistar a alguien y te dejo al lado de casa?

Jon le sonrió.

—Los niños descubren muchas cosas cuando juegan, Tomás.



Cuando tenía doce años, recién llegado de Euskadi, Jon había trabado amistad con un grupo de gamberretes gaditanos, niños de papá, de colegio privado, como él, pero que por rebeldía se sentían bastante atraídos por el peligro. Una de las muchas trastadas que se les ocurrieron fue colarse en las Cuevas de Mariamoco.

Se decía que aquellos túneles habían formado parte del alcantarillado de la ciudad en la época de los romanos, pero posteriormente se habían ampliado y cegado los túneles, y se les había dado un uso muy distinto. A lo largo de los siglos, contrabandistas, esclavos fugados y facciones rebeldes habían recurrido a los túneles por debajo de Cádiz para sus actividades, o eso les contó el profesor de Historia.

Una de las entradas de las famosas cuevas se encontraba encastrada en las Puertas de Tierra, al lado del barrio de Bahía Blanca, donde los padres de Jon tenían su casa. Él y otros chicos se habían provisto de cuerdas y linternas para meterse en las entrañas de la ciudad. Simplemente querían fumarse unos cigarrillos en un lugar donde nadie podría pillarles, pero si, de paso, encontraban un tesoro escondido de los piratas, no se habría empleado la tarde en vano.

Sin embargo, no contaban con que esos túneles estaban bastante por debajo del nivel del mar, ni tuvieron en cuenta la hora del día a la que habían entrado, ni, por supuesto, la composición de las capas de tierra que había bajo las murallas de Cádiz.

Tomás Hurón metió las dos ruedas de la derecha sobre la acera. Las Puertas de Tierra estaban a la izquierda, frente al barrio de Jon. Se miraron.

—¿Estás seguro? —preguntó.

De repente, al mexicano se le había metido en la cabeza la idea de que podía ser la última vez

que viese al hijo de Aitor Aldana, y su decisión de no volver a prestarles ayuda comenzó a tambalearse.

Jon parecía también algo inquieto, aunque no asustado. De hecho, tenía un gesto parecido al de un atleta que espera a que den el pistoletazo de salida en una competición.

—Estoy seguro —respondió.

Cuando estaba a punto de abrir la puerta del copiloto, Tomás le puso una mano sobre el hombro.

—Espera.

De su chaleco de cuero sacó un colgante. Estaba compuesto por una recia cinta de color marrón oscuro y una piedra en forma de rombo con un nudo en cada esquina. La parte frontal de la piedra era de color hueso, plana. Por detrás, Jon comprobó que había grabado un símbolo, ya gastado, casi irreconocible.

—Es un talismán —explicó el mexicano—. Me lo dio mi mamá cuando me vine a España, para que me protegiera de los demonios.

Jon se dio cuenta, por el gesto de Tomás Hurón, de que tenía verdadera fe en aquella baratija, y que, por tanto, sentía un sincero aprecio hacia él al regalársela. Así que no dijo nada, no hizo ninguna observación, no se planteó replicar en contra de las supersticiones de la madre de Hurón, y se puso el colgante alrededor del cuello.

—Gracias.

Se dieron la mano con firmeza. Jon salió del coche y se aproximó con rápidas zancadas a la balaustrada que protegía los terrenos que rodeaban la muralla.

—Que Dios te proteja —murmuró el mexicano.

Arrancó el motor de la *Dolores* y se alejó de allí. A través del espejo retrovisor pudo ver que Jon saltaba por encima de la barandilla de hierro.



Nada más salir de la furgoneta, Jon reconoció el olor de los licántropos. La ciudad estaba casi vacía de tráfico y eso posibilitaba el uso de sus sentidos sobrenaturales. Era mucho mejor que fuesen ellos los que le siguieran y no los hombres de Tancredo, porque los licántropos se limitarían a rastrearlo. No podía imaginarlos acudiendo al catastro para averiguar sus bienes inmuebles.

Al saltar la barandilla, sus piernas absorbieron sin problema el impacto contra el suelo. Desde luego, había aspectos de su nueva condición a los que no le importaría acostumbrarse. Corrió hacia una esquina de las que formaban la estructura de la mole pétrea conocida como Puertas de Tierra. La entrada estaba clausurada por una tapa metálica con una llave. Ya había algo de óxido en sus bordes; la humedad de Cádiz no perdonaba.

Jon recordaba con dolor el momento en que había mostrado un mayor despliegue de poder físico, cuando la casa de Cortadura se les echó encima y él cubrió con su cuerpo al ciego y moribundo Von Haider. No solo había sido capaz de detener el derrumbe, sino que pudo levantar un segmento del muro solo con la fuerza de su espalda y de sus piernas. La proeza no sirvió para salvar al anciano, en cualquier caso.

Concentrado en la entrada a los túneles, Jon pensó que esa puerta herrumbrosa no debería suponer ningún problema, si averiguaba por dónde meter los dedos.

Miró a su alrededor. Se encontraba solo en esa especie de patio cerrado a los pies de la muralla. Sus perseguidores podían aparecer en cualquier momento.

Le dio una patada a la portezuela, en el centro, y consiguió deformarla. Los bordes se

levantaron. Metió los dedos y apoyó un pie en la pared. Tiró hacia atrás. No estaba enfadado, pero sí lo bastante inquieto como para que su corazón de licántropo se encargase de convertir su sangre en esa cosa espesa y caliente que le confería poder.

La puerta cedió con un chirrido. Jon entró. La única vez que lo había hecho iba acompañado y llevaban luces. En esa ocasión estaba solo, perseguido y a oscuras.

«Los lobos ven bien de noche», pensó para darse ánimos, aunque realmente no estaba seguro. Cuando entró en el estrecho túnel de piedra no tardó en darse cuenta de que aquella teoría, incluso en el caso de que hubiese sido cierta, no estaba funcionando con él. Tanteó las paredes y comenzó a avanzar.

Ya no había marcha atrás posible.

Si la memoria no le fallaba, en poco rato comenzaría a notar la humedad bajo los pies. Pisaba con cautela, ya que el tiempo podía haber cambiado las cosas allí abajo y porque el suelo estaba lleno de peñascos.

En cierto momento, sus botas de *trekking* pisaron un charco. El ambiente estaba cargado de salitre. Avanzó, en el agua, cada vez más arrepentido de su plan. ¿Tendría una resistencia pulmonar por encima de lo corriente, o contaba tan solo con sus pulmones de siempre, jóvenes, aunque desde luego no especializados en el buceo?

El agua le llegaba por las rodillas.

Fue entonces cuando escuchó pasos a su espalda y el olor de los licántropos se superpuso al del mar.

«Pero el mío se perderá debajo del agua», apostó, deseó.

Los pasos comenzaron a aumentar el ritmo, como si los licántropos intuyeran que Jon intentaba alguna maniobra. Se metió en agua helada hasta las axilas, cogió todo el aire que pudo y se sumergió. Por un instante, pensó si no sería buena idea pararse a hablar con ellos y explicarles que no tenía la culpa de nada. Eso no les iba a devolver al chico del desfiladero al que Carrasco había arrancado el corazón, desde luego, pero huir, en este caso, le repugnaba. Y no podía dejar de pensar en que los licántropos se movían por una causa justa.

Debajo del agua helada, mientras braceaba a ciegas para tocar alguna pared, también pensó en Lucrecia y Diana. Su destino estaba en cierto modo vinculado al de ellas, que no habían hecho más que intentar ayudarle. Si él se prestaba al juicio de los licántropos y moría, ¿quién iba a protegerlas de la más que probable venganza de Mario Tancredo? ¿Qué sucedería con ellas si las dejaba colgadas en mitad de un complot contra uno de los hombres más poderosos y crueles del país?

Justo cuando tocaba la pared de piedra, notó que el agua vibraba. Sus perseguidores se habían arriesgado en la oscuridad igual que él. Si llegaban con vida al otro lado, en caso de que el túnel volviese a ascender, se encontrarían con kilómetros de pasillos de piedra, bifurcaciones a izquierda y derecha bajo una ciudad que no conocían, y serias dificultades para seguir su rastro.

Sin embargo, dentro del plan improvisado de Jon, no entraba tomar ese riesgo. Se agarró a la piedra con fuerza para no verse obligado a emerger. Intentó dejar la mente en blanco, como pedía el entrenamiento cuando se enfrentaba al dolor o al cansancio.

El estómago comenzó a convulsionar. Sentía presión en la cabeza, debido a la falta de oxígeno. Al menos, el agua le parecía cada vez menos fría.

Menos fría y menos calmada. Se agitaba en ondas bruscas. Aquellos tipos malencarados, de aspecto bárbaro, aquella mujer alta y desafiante, debían estar dando manotazos dentro y fuera de la superficie mientras avanzaban con las melenas empapadas, los ojos brillantes como los de las alimañas.

El agua también le transmitió el sonido de sus voces, taponadas y deformadas. Ni siquiera podía deducir si estaban enfadados o de broma.

La ansiedad por la falta de aire empezó a remitir. Los retortijones en la barriga se le calmaron. La mente se le fue quedando en blanco. Entonces pensó: «¿Y si me desmayo como otras veces?». Quizá quedase flotando bocabajo y acabase por ahogarse. El mar no hacía distinciones morales, ni la roca.

El sonido que le llegaba a través del agua se fue extinguendo. La necesidad de oxígeno le llegó en una nueva oleada aterradora, tanto que tuvo que taparse la boca para no tragar agua. Aquella parte suya animal, que tanto poder le confería, amenazaba con arrebatarse el autocontrol. Debía salir en ese mismo momento, confiando en que la oscuridad le protegiese, con el mayor sigilo posible, antes que su instinto de supervivencia le obligase a hacerlo en pocos segundos.

Toda su disciplina se revelaba inútil ante las premisas de la bestia.

Sacó la cabeza del agua. Soltó el aire con toda la lentitud de la que fue capaz. Por un momento sintió que las piernas le fallaron y tuvo que volver a agarrarse a la roca.

¿Estarían a un metro de distancia? ¿Habrían escuchado el chapoteo incluso aunque se encontrasen al otro lado del pasillo?

Tomó aire con la misma lentitud. Repitió el proceso varias veces hasta que notó que volvía a oxigenarse y que el cuerpo le respondía. Sin embargo, el frío había vuelto y, a pesar de su sangre norteña, estaba comenzando a temblar. Se metió el borde de la sudadera en la boca y mordió para evitar que sus dientes castañearan.

Comenzó a moverse para salir del agua, aunque no podía estar completamente seguro de hacerlo en la dirección correcta. Se movía despacio, muy despacio, pero aun así le parecía estar haciendo demasiado ruido. Por otra parte, su fino oído le permitía estar prácticamente seguro de que los licántropos se habían largado de aquel tramo de túnel. Al menos, debían de estar más allá de la zona sumergida.

Por fin notó que el agua le llegaba por debajo de las axilas, de nuevo, más o menos al nivel del estómago. Sonriente, se dio un poco más de prisa hasta conseguir sacar la cintura del agua, y luego las rodillas. Se tuvo que obligar a seguir andando, en lugar de correr, cuando consiguió salir completamente de la inundación provocada por la marea. Tanteaba el terreno con las botas empapadas, para no tropezar con los pedruscos, mientras veía cada vez más cercana la entrada que él mismo había forzado.

Una vez fuera, el aire fresco se le pegó a la piel y a las ropas, y le hizo tiritar. Entonces se permitió a sí mismo echar a correr, satisfecho y libre. Su corazón no tardaría en calentarse el cuerpo.



11

Para algunos, Ariel Bálder era casi un mito, el centinela que, antes de serlo, con quince años, se metió en una iglesia en llamas y salvó a un santo. Un ganador por excelencia. Cero misiones fracasadas. Incontables enemigos vencidos. Ninguna cicatriz importante. Letal con la maza *Espiga*. Astuto e implacable.

En cambio, para Lorenzo Romano el centinela legendario era Tobías Méndez. Retirado del servicio debido a sus múltiples heridas, se enfrentó en solitario a un grupo de licántropos que tenían negocios con un demonio de gran poder. En opinión de Romano, Bálder siempre había poseído talento para elegir sus batallas, y esa era una teoría que se consolidaba cuanto más averiguaba acerca de él. Tobías Méndez había ganado tantas veces como había perdido, pero pocas veces se había enfrentado a un rival inferior.

Méndez había llegado al mundo para vencer a las fuerzas del mal, no para convertirse en un héroe. Como centinela retirado, podría vivir en una urbanización de lujo y contar con los mejores servicios médicos para el tratamiento de sus dolencias, pero él había decidido instalarse en el barrio más pobre de Puerto Real, que, hasta su llegada, había estado en manos de narcotraficantes y matones.

Incluso tullido, Méndez valía más que una pandilla entera de delincuentes y, gracias a él, el barrio volvía a ser honrado, aunque siguiese siendo pobre.

Vivía en un chalé cercano al bosque de Las Canteras. Tenía un muro feo y una alambrada aún más fea. Había levantado ese cercado por si a los viejos enemigos se les ocurría vengarse de él.

Romano tocó el timbre exterior. La puerta se abrió con un quejido eléctrico.

Méndez estaba en el porche, apoyado en un bastón con el único brazo que le quedaba. Llevaba un sombrero de pescador y ropas de pana. Le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. Romano cerró la puerta exterior y fue hacia el porche. Antes de saludarle, se fijó en que había una escopeta junto a la puerta.

—Don Lorenzo Romano —dijo Méndez.

Era un milagro que pudiese hablar a la perfección, ya que su cara estaba arrugada por una cicatriz que iba desde la boca hasta la oreja izquierda, formada por cuatro líneas de color morado sobre piel pálida; una garra.

—Te veo muy bien —respondió Lorenzo.

Se dieron un corto pero fuerte abrazo. El inspector detectó en el aliento de Méndez olor a puro y a cerveza. Nada grave.

—Hace un poco de frío para estar fuera, ¿no? —le preguntó.

—Hoy no es un día para estar dentro —respondió el viejo centinela.

Sin más preámbulos, se dejó caer en una butaca de nea y golpeó con el bastón otra que había a

la derecha, para que Lorenzo se sentara. Entre ambas había una mesa con un cenicero y, bajo la mesa, una nevera de playa.

—¿Estás esperando visita?

—Llevan unos días dando por culo unos chavales con los *quads* esos de los cojones —explicó Méndez.

—No seas carcamal. Eso son modas.

—Como atropellen a un niño les voy a meter un poco de estilo retro por el culo, así se compran una bicicleta.

Lorenzo se rio y eso consiguió que Méndez sonriera un poco, a pesar del esfuerzo que suponía para su castigado rostro. Aquella parte de la piel debía ser como tela tirante y rígida.

—No eres el único centinela joven que me visita —dijo Méndez—. Pero eres el único que casi siempre hace las preguntas adecuadas.

—¿Y eso?

—La gente se cree que soy Paulo Coelho, Lorenzo.

El inspector tuvo que volver a reírse. Sin perder de vista la puerta y el cercado, Méndez señaló con el bastón la nevera. Lorenzo la abrió y sacó dos botellas heladas sin etiqueta. Esa era otra de las cualidades del viejo centinela: elaboraba su propia cerveza.

—A veces es difícil mantener la fe —comentó, mientras abría el botellín para Méndez—. Es normal que vengan a ti.

—Lo que les pasa es que quieren estar cerca de alguien que ha conseguido jubilarse. Me extraña que no me froten la espalda, a ver si les traigo suerte. Por cierto —dio un trago—, ¿has venido solo para verme?

—No. Quiero decir, siempre es un placer...

—Venga, dispara, que tendrás prisa.

Ambos bebieron. La cerveza era bastante dulce y densa, y tenía más alcohol que una rubia convencional. A Lorenzo no le vino mal el empuje de aquellos tragos para abordar la charla que le había llevado hasta allí.

—Estoy seguro de que Ariel Bálder es un asesino.

—Como lo somos todos.

—No me refiero a eso.

—Ya. Me temo que no te refieres a eso.

Se miraron. Ambos eran conscientes de las implicaciones que tenía el solo hecho de que un centinela le dijese aquello a otro en voz alta.

—Mata a mujeres del mismo perfil. Se busca excusas baratas para hacerlo. Nadie se ha parado a comprobar esto, que entre la gente que ha matado desde hace algunos años, en lo que él dice que son misiones sagradas, casi siempre hay una mujer alta, rubia, con gafas, atractiva, de menos de treinta y cinco años. Y guarda trofeos. Se queda un mechón de pelo rubio.

Méndez se echó hacia delante y apoyó el codo de su único brazo sobre la rodilla. Debía de tener alguna lesión en la cadera, ya que le costó trabajo hacerlo. Su mirada pareció cobrar intensidad por algún detalle del exterior, pero para el inspector se hacía evidente que, donde estaban sucediendo cosas, era dentro de su cabeza.

—A veces pasa —dijo al fin—. Uno de nosotros se descontrola. Siempre un hombre.

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo llevas el celibato, Lorenzo?

—Mal.

—Pues Ariel Bálder lo debe llevar peor. —Se giró de nuevo hacia el centinela—. Diez mil veces peor.

Romano tardó unos segundos en reaccionar. Luego se dio cuenta de que necesitaba un trago más largo. Acabó su botellín de cerveza. Sacó otros dos sin pedir permiso y los abrió.

—Ha pasado antes —insistió Méndez—. Si Bálder muestra fijación por un tipo de mujer, lo más seguro es que tenga algún trauma con una que fue importante en su vida. No digo que con su madre, pero... a veces es así. Para él, todas esas chicas son la misma. Y, por decirlo más claro, las mata porque no se las puede follar. Así nadie puede acusarlo de no mantenerse puro.

—Es una locura, Tobías.

—¿Eso te parece una locura? Espera ahora cuando me hagas el resto de preguntas.

El viejo centinela sonrió, no podía decirse si con tristeza, sabiduría o desdén. Y tenía razón, porque Lorenzo necesitaba más respuestas que antes.

—¿Se le puede reinsertar?

—¡Oh! Dímelo tú; eres el poli.

—Un poli te diría que no, pero quizá su ángel pueda...

—Eso te lleva al resto de preguntas. Sigue.

—¿Qué debo hacer? ¿Hablar antes con Bálder? ¿Convencerle de que se entregue?

—¿A qué autoridad? ¿A la de los hombres?

—No, por supuesto que no.

—¿A Mikael?

—Claro.

—No has venido aquí a preguntarme gilipolleces, Lorenzo. He conocido a Ariel Bálder y tú también lo conoces. Si fuese más soberbio le saldría un trono del culo.

Romano asintió con pesadez. Dio un buen trago.

—Debo pedir audiencia con los ángeles para poder detenerlo contra su voluntad.

—Suerte. Cuando vayas ante los alados y les cuentes tu caso, lleva un montón de pruebas. Pero creo que solo les va a servir una, que es tener a Bálder delante y sonsacarle la verdad. En caso de que les importe una mierda el asunto, que lo dudo.

—¿Cómo no les va a importar?

Méndez se irguió de nuevo en su butaca de nea y estudió el gesto desesperado del centinela.

—Llevas demasiado tiempo entre personas —concluyó—. Suponte que estás en medio de un tiroteo y te llama un tipo para decirte que no has pagado el teléfono. Pues bien, los ángeles como Mikael están siempre en algún tiroteo.

—Joder.

—Eso es: joder. ¿Cumple Bálder con su trabajo? Sí. ¿Mantiene su alma pura? Sí. ¿Obedece a Mikael? Ciegamente.

—¿Pero cómo es posible que se pueda matar a inocentes de ese modo y mantener el alma pura? ¿Qué mierda tienen los ángeles en la cabeza?

Méndez soltó una carcajada mientras Romano se daba cuenta de la blasfemia que acababa de salir de su boca. Se santiguó, aunque también se sintió un estúpido por hacerlo. Su admirado contertulio le señaló con un dedo y dijo:

—Por eso no tienes que hacer lo que estás pensando. No vas a conseguir justicia. Ellos no están para eso. Te vas a cabrear, vas a salir perdiendo y Bálder seguirá matando mujeres.

Lorenzo se encogió de hombros. Méndez asintió. Ambos sabían lo que estaba sugiriendo.

—Es mejor que lo cace por mi cuenta.

—Claro. Alguien tiene que parar a ese malnacido y yo no estoy para esas aventuras. Es el puto Bálder.

—Pero...

—Le pones una trampa, le metes una bala de las tuyas, lo cargas en un saco y se lo tiras a los

cochinos, que no dejan ni los huesos. Aquí cerca hay campos con cochinos. En eso sí te puedo ayudar.

—Pero...

—O te olvidas de lo que sabes.

—No puedo.

Méndez golpeó la mesa con el culo de la botella, un solo toque para manifestar su aprobación.

—Y tampoco puedo creer que Mikael vaya a mostrarse indiferente —añadió Romano.

—No. No se va a mostrar indiferente. Te va a castigar por molestarle con estupideces.

—¡No puedo creerlo!

El viejo centinela dio un segundo golpe con la botella, esta vez más fuerte, airado.

—¡Escucha lo que te digo! ¿Crees que estoy haciendo suposiciones? ¿Sabes por qué perdí el brazo? ¿Sabes por qué ellos no me sanaron con todo su poder?

Lorenzo dudó. Siempre había pensado que se trataba de heridas impías e incurables, o que Tobías llegó demasiado tarde a refugio de su ángel. Era algo que, sencillamente, se suponía.

—No lo sé.

—Porque tuve la desgracia de salvar a una niña en aquella noche de sangre y locura, contra enemigos que habrían hecho que tú y Bálder, y la madre que os parió a los dos, os hubieseis cagado de miedo. Licántropos que sacrificaban gente a fuerzas diabólicas para obtener más poder. ¿Tú has visto eso alguna vez? No, no se había visto y espero que nunca vuelva a verse, aunque la esperanza no escribe la historia del mundo oculto. —Tobías se llevó la mano a la cadera e hizo un gesto de dolor. Luego bebió más cerveza y siguió hablando—. Eran enemigos muy peligrosos que me superaban en número, pero había que hacerlo, y lo hice, así que esa noche me convertí en el campeón de todos los centinelas. Pero también salvé a esa niña y la dejé libre. Tenía fuerzas todavía para haberla matado, ¡claro que sí! Me quedaba un puto brazo y un litro o un litro y medio de sangre en el cuerpo. La niña era tan poca cosa que la podría haber matado de un empujón en el pecho. Ella ya no me distinguía de los monstruos que la iban a sacrificar. ¡Qué coño, la podría haber matado de miedo!

Méndez se detuvo, reflexivo, con un gesto de vergüenza. Sin embargo, las cicatrices del zarpazo en su rostro se curvaron y parecieron sonreír por su cuenta, como si se burlasen de sus recuerdos. Lorenzo fue a decir algo, pero el viejo centinela alzó la mano para que no le interrumpiese y, con la voz tomada, añadió:

—La niña había visto demasiado sobre el mundo oculto. No me perdonaron nunca que la dejara marchar. En honor a mi hazaña, me dejaron vivo. —Se mostró a sí mismo con un gesto—. Así. Sin armas ni poder ni rango. Por no matar a una niña. Pero la culpa fue mía.

—No digas eso...

—Tendría que haber entendido que yo no iba allí a salvar a nadie. —Se tragó el resto de la cerveza y añadió—: No somos los héroes de esta película, compañero. Somos los enemigos de los villanos, y eso no es lo mismo.

Lorenzo Romano abandonó el chalé de Tobías Méndez con cuatro cervezas en el cuerpo y un nivel alcoholemia notable. Abrió las ventanillas del coche para despejarse, pero no se abrochó el cinturón de seguridad. Cuando se dio cuenta de que iba a noventa por hora en vía urbana, puso el intermitente y aparcó a la derecha.

Se quedó un rato en silencio. Cerró los ojos para calmarse. Como un fogonazo, le vino a la mente la imagen del tablero de evidencias que había armado en su casa. Abrió los ojos. Aferraba el volante con fuerza.

La decisión que debía tomar era importante y necesitaba una honda reflexión, pero de momento había cosas que podía hacer. Que él supiera, la última rubia a la que Bálder había puesto el ojo podía seguir viva. Tenía datos para poder encontrarla. Era su obligación protegerla o, al menos, avisarla.

Debía hacerlo con la suficiente astucia como para no revelar aspectos importantes del mundo

oculto, ninguno, a ser posible. Para ello necesitaría tener la mente despejada, aunque la mejor solución sería que sus hombres encontrasen antes al cabrón de Ariel Bálder y él mismo pudiese alejarlo definitivamente de aquella muchacha. Significase lo que significase, en ese caso, el verbo alejar.

Arrancó y se incorporó al tráfico con la intención de tomarse un café cargado en el primer bar que encontrase abierto. Se cruzó con dos *quads* conducidos por chavales que debían ir a más de ochenta kilómetros por hora. Se dirigían al barrio de Tobías Méndez. Lorenzo sonrió.

—Pobres gilipollas...



12

El juicio por combate, según la tradición de los pueblos de las montañas, requería un viaje interior previo en el que cada uno de los combatientes se hacía fuerte en su verdad, o débil en su mentira. Un ataque rápido o espontáneo, una disputa descontrolada, podía dar como vencedor al más fuerte, al más sanguinario o al más experto con armas, pero si aquel que tenía la verdad de su lado contaba con tiempo suficiente para agarrarse a ella y hacerla suya, saldría reforzado y podría demostrarlo en el combate.

Cram se preparaba en una cabaña en forma de tipi. Vestía solo con unos calzones de cuero y se había cubierto la piel de pinturas oscuras. Llevaba casi cuatro horas encerrado, sin interrupciones, cuando le llegó un olor que se acercaba, olor a comida. Pan de algarrobo y bellotas, carne de venado a la piedra, agua de río. También distinguió al licántropo que se aproximaba con aquel festín. Sonrió, se inclinó y corrió la fina cortina de tela de la cabaña.

Urma se agachó y entró de lado, con una bandeja de madera sin pulimentar. No resultaba tan impresionante como cuando era joven, pero a sus sesenta años seguía mostrando unos brazos marcados y una espalda ancha. Llevaba la cabeza casi rapada, lo que le daba una apariencia algo excéntrica entre los licántropos, y contrastaba con una barba larga y canosa, sin adornos. Tenía la piel oscura y curtida, y sus ojos, rodeados de sombras, rara vez mostraban la intención de su mirada.

—Me alegro de verte, Urma. No me levanto porque rompo la tienda.

—No me hacen falta gestos banales de afecto, estimado Cram.

Dejó la bandeja a un lado, se sentó con lentitud y estrechó la mano hacia Cram.

—Todo lo que importa está a punto de suceder —continuó Urma. Su voz se tornó más grave y cadenciosa, como cada vez que hablaba de temas relacionados con el futuro—. Y precisamente por eso debemos ser más cautos que nunca.

—Pero soy yo el que se la juega, querido amigo.

—Todos nos la estamos jugando, no lo pongas en duda. ¿Está flaqueando tu convicción?

Cram parpadeó varias veces, molesto consigo mismo. El modo de hablar de Urma en ocasiones le hacía sentir como un niño que ha hecho algo malo.

—No. Confío en ti. Pero es que siempre improvisamos un plan sobre otro plan, según vayan saliendo las cosas, y eso me pone un poco nervioso.

—Todo eso son detalles —replicó Urma—. Nuestro objetivo es tan importante que merece cualquier riesgo. Nos jugamos el futuro de nuestro pueblo, casi podría decir que de nuestra especie.

—Ya.

—No podemos convencerlos de la necesidad de nuestros actos, Cram. Están ciegos a la verdad. Cram asintió con lentitud. Luego se fijó en el plato y lo atrajo.

—Debe de ser una pesada carga —dijo antes de dar el primer bocado.

—¿El qué?

—Ser el único que no está ciego.

—Mientras mantengas la confianza en la verdad, no necesitas ojos, amigo. Solo valor.

Cram suspiró. Masticó la carne de venado mientras mojaba con el pan la salsa de sangre y hollín.

—¿Llegaste a hablar con el doctor Carrasco? —preguntó Urma en voz aún más baja.

—No. Era demasiado arriesgado, con Rial siempre encima. —Terminó de tragar y añadió—: No puedo asegurar que haya cumplido su parte, la verdad.

Urma asintió.

—Lo vamos a comprobar dentro de poco.

—¿Y qué hacemos con Rial? Es muy lista y persistente.

—Eso son problemas que quedarán resueltos después del combate.

Cram acabó la carne. Bebió del cuenco y luego se limpió las manos y la boca con el resto del agua. Eructó en dirección a Urma, como deferencia por haberle suministrado la comida.

—Gracias.

Urma se llevó el puño a la nariz para oler su propia mano.

—¿Te das cuenta de lo absurdas que son nuestras costumbres?

Cram se rio de buena gana.

—No intentemos cambiar todas las cosas, buen amigo Urma. Ya tenemos bastante trabajo por delante.



Jon abrió la puerta del gimnasio. No es que esperase globos, matasuegras y gente saliendo de detrás de los aparatos soltando gritos de felicidad, pero quizá algo más acogedor que el corpachón de Lorca sujetando la puerta con una mano y el otro puño preparado para golpear.

—Hemos tenido a gente rondando —fue la sucinta explicación del hombre.

Le dejó pasar y aseguró el cierre de la puerta.

El gimnasio estaba bastante cambiado. Las bancadas de las paredes se habían dispuesto en medio del lugar de entrenamiento, como si ahora se emplearan como sofás, y entre ellos habían colocado una mesa bastante grande. ¡Había cortinas cubriendo las ventanas! El suelo, los rincones y los aparatos parecían limpios, y sobre el cuadrilátero, frente a las bancadas, podía verse un televisor encendido.

Lucrecia asomó la cabeza por uno de los reciclados sofás. Su gesto se iluminó, y embelleció con una amplia sonrisa que a Jon se le contagió de inmediato. No recordaba haber visto a la pequeña rubia con un gesto de alegría tan expresivo.

—¡El jefe! —gritó.

Entonces se asomó Diana por la puerta del despacho. Llevaba un delantal puesto, y desde allí llegaba cierto olor inconfundible a fritura y huevo.

—¡Jon! —exclamó.

Lucrecia podía correr, así que llegó antes a él y se lanzó a sus brazos. Al instante, salió repelida como por una corriente eléctrica.

—¡Estás mojado y frío, cabrón! ¡Pareces un pescado muerto!

Jon soltó una carcajada. Se quitó la sudadera y la camiseta al mismo tiempo.

—He estado haciendo un poco de espeleología —bromeó.

Diana llegó cojeando. Se detuvo un momento ante el torso desnudo del chico y enarcó una ceja.

—No es mi cumpleaños.

Jon se sintió inmediatamente avergonzado. Escuchó una carcajada suave que venía de su espalda y entonces Lorca le puso una manta sobre los hombros.

—Tú sabes ir al grano, ¿eh, chico? —dijo.

—¡Podéis iros a la mierda! —se defendió Jon—. Voy a coger una pulmonía.

Diana le dio un fuerte abrazo a través de la manta y un sonoro beso en la mejilla.

—Vamos al sofá. Lucrecia, pon la estufa esa que huele a muerte.

—¡Voy!

Cuando Lucrecia se movió en dirección a los sofás, Jon tuvo ángulo para ver a *Feuer*, un perro con la cualidad de hacer a uno creer que estaba protagonizando *El hombre menguante*. Ambos

ladearon un poco la cabeza, reconociéndose mutuamente. ¿Somos amigos? ¿Estamos los dos tranquilos? Diana le dio un golpecito en el hombro para que saliera de su ensimismamiento. Jon parpadeó varias veces y sonrió, pero *Feuer* no dejó de clavarle la mirada.

No le hacía falta tener instintos de depredador para darse cuenta de que estaba frente a un guardián que, con mucha facilidad, lo podía calificar como enemigo. «Por lo menos no gruñe por lo bajo», pensó Jon mientras se acercaba a los sofás y a la estufa que había encendido Lucrecia.

—Bueno, yo me voy —dijo Lorca—, que ya tenéis quien os proteja.

—¿Sabes que eres un machista, macarra andante? —preguntó Lucrecia, cruzada de brazos.

—Si a ti te hubiesen puesto el corazón de un licántropo no habría dicho nada —respondió Lorca. Luego torció la sonrisa—. Pero tu corazón es el de un demonio de Tasmania, qué le vamos a hacer.

Antes de que pudiera haber ninguna réplica, Lorca abandonó el gimnasio y volvió a asegurarse del cierre. Lucrecia adelantó la mandíbula inferior, aguantó el aire, infló los mofletes y luego, finalmente, soltó una risotada.

—¡Qué cabrón! Me va a caer bien.

—No os confiéis mucho con ese hombre —dijo Jon.

Acercó las manos a la estufa. Diana desplazó su cojera hacia el sofá que había al lado. Ambos muebles formaban una L.

—Ha estado cuidando de nosotras, la verdad.

—O usándoos de cebo —replicó Jon—. Ya veremos. A todo esto, ¿cómo estás? ¿Te ha tratado bien Carrasco?

—Estoy casi curada. Y el doctor está pinchado. Hemos puesto un micro en su despacho.

—¡Yo he puesto un micro en su despacho! —intervino Lucrecia.

—Y yo he conseguido que mienta para sacar a Jon de la cárcel.

Jon asintió.

—Os lo agradezco mucho. Por favor, a ver si os podéis estar cinco minutos sin pelear, que vengo del trullo y estoy más tenso aquí que allí.

—Veeeeeeenga —concedió Diana—. Cinco minutos. También hemos colocado micros en el edificio de Tancredo.

—¡¿Hemos?! —estalló Lucrecia.

Diana le dirigió una sonrisa maliciosa y dijo:

—Cinco minutos sin peleas, hermanita.

—A ver, por favor, que necesito enterarme. ¿Cómo hacéis con los micros? ¿Vais grabando?

—Vamos grabando —respondió Lucrecia.

—Muchas horas para repasar, ¿no?

Lucrecia se sentó sobre la mesa, de modo que Jon tuvo que apartar las rodillas para dejarle paso y quedó en una posición un poco incómoda.

—El sistema se pone a grabar cuando los micros detectan la voz. Una vez que pasan diez segundos desde que se acaba de oír ese tipo de sonido, cierran el archivo y dejan de grabar. Pero sí, con eso y con todo, espiar a la gente es un coñazo que requiere mucho tiempo.

—¿Podéis meter algún sistema que nos indique cuándo se pronuncian ciertas palabras?

Las amigas se miraron y compartieron una sonrisa cómplice.

—Ya está hecho —dijo Diana—. Estamos esperando a que nos digas qué palabras clave pueden ser. Imaginamos que tu nombre, el de tu padre, algo relacionado con Puerto II, ¿no?

—Linda, también —dijo Jon.

Lucrecia adoptó un gesto serio. Se agarró al borde de la mesa. Enseguida le vino a la cabeza la extraña conversación con la mujer bebida en el despacho de Tancredo y las implicaciones de que esa

mujer, Linda, recordase la conversación.

—¿Por qué es importante ese nombre para ti? —preguntó, bastante segura de que no había modo de que el chico estuviese al corriente de las amantes que pudiese tener Tancredo.

Jon estaba a punto de responder, pero en ese momento alguien tocó a la puerta del gimnasio. Todos miraron a *Feuer*, pero este parecía calmado. Antes que pudiesen comenzar a preguntarse mutuamente si esperaban visita, la persona al otro lado de la puerta exclamó:

—Soy Lorenzo Romano, inspector de policía. ¡Abran, por favor!

Jon las miró a ambas. De momento nadie había ido a por ellas por el homicidio doble en el grupo Quimera y, aunque huir fuese una estupidez, Jon entendió que necesitaba su permiso para dejar pasar al policía. Las amigas se encogieron de hombros al mismo tiempo y Lucrecia, como para romper esa sensación de sincronía, además, se sopló el flequillo.



La visita de Lorenzo Romano no podría calificarse de típica. No había hecho ciertas cosas. No había sonreído de modo tranquilizador, aunque tampoco se había mostrado descortés. No había accedido a explicarles que hacía allí, aunque todos asumían que su presencia tenía que ver con el caso Quimera y, más posiblemente, con Jon. No le había dedicado ninguna carantoña al perro, aunque tampoco se había mostrado intimidado por él. No había hecho ninguna observación acerca de lo extraño que era vivir en un gimnasio, aunque tampoco se había mostrado especialmente incómodo.

Cuando estuvo sentado en el sofá, con Jon y Diana la derecha, y Lucrecia sobre la mesa, enfrente, apoyó los codos en las rodillas y dijo:

—Mi padre fue muy aficionado al boxeo.

Jon asintió, respetuoso, pero no añadió nada. Lorenzo miró un poco alrededor. Luego clavó la mirada en Diana.

—He venido a hablar contigo.

—¿Cómo sabía que estaba aquí? —preguntó ella, que iba habituándose ser el centro de atención de gente muy extraña.

—Soy inspector de policía.

—Ya.

—He venido a avisarte. Hay un hombre muy peligroso que te persigue.

Lucrecia se dio unas palmadas en las rodillas y soltó una risotada.

—¡A buenas horas, mangas verdes! —exclamó.

Lorenzo Romano no se había figurado que aquellas chicas estaban enclaustradas en un gimnasio por mero gusto y, a decir verdad, no le hacía gracia que se burlasen de él, pero decidió reprimir la contestación autoritaria que tenía en mente.

—He venido para daros algunos consejos y mi teléfono. Podéis llamarme a cualquier hora del día y o de la noche.

—¿Nos vas a poner una patrulla de escolta ahí fuera? —preguntó Lucrecia.

—Déjale que hable —intervino Jon.

Lorenzo agradeció la tregua con un asentimiento.

—Parece que te ha cogido la lluvia al salir de prisión. Solo que hoy no ha llovido.

—Estoy un poco loco —respondió Jon—. Me gusta bañarme con ropa.

El inspector sonrió, condescendiente, y volvió a dirigirse a Diana.

—Por motivos que no te voy a explicar, no puedo hacer gran cosa para ayudarte. Imagínate lo que quieras, como si crees que te persigue el hijo bastardo del presidente de Estados Unidos, me da lo

mismo. Lo que quiero que entiendas es que es más que peligroso. No os enfrentéis a él y huid en cuanto lo veáis. No va a entrar en razones.

—Eso ya lo sabemos —respondió Diana—. Y la verdad, te veo con mucha confianza en que querríamos tu ayuda.

El inspector se echó hacia atrás, por primera vez sinceramente descolocado.

—Ese hijo de puta —continuó Diana—, me encontró en Quimera. Allí nos anunciábamos, vale, hasta ahí lo entiendo. Pero luego me encontró en mi casa, y a una le da por pensar: ¿eso no es lo que hace la policía, encontrar a la gente en su casa?

—Estás diciendo que no te fías de la policía —respondió Romano.

—Eso estoy diciendo.

El inspector no pudo replicar nada, porque, de hecho, cuando todavía no tenía claro si debía negar su apoyo a otro centinela, él mismo le había suministrado a Bálder aquella información. Sin embargo, no había ido allí a fustigarse por errores anteriores.

—Haces bien. No te tienes que fiar de nadie. Pero si alguna vez estás entre la espada y la pared, si ya te da igual llamar a alguien de quien no te fías, porque no te pueden matar dos veces, entonces te aconsejo que uses esto.

Sacó una tarjeta del bolsillo de su chaqueta y se la tendió a Diana. Esta no quiso cogerla. Lorenzo Romano suspiró y se la ofreció a Jon. Después de pensarlo un par de segundos, el chico la cogió y la dejó sobre la mesa. Luego preguntó:

—¿Hay algo que nos puedas contar acerca de Ariel Bálder?

Romano disimuló su sorpresa. Se preguntó qué más sabrían aparte del nombre del centinela, pero se obligó a centrarse en su objetivo. Había ido allí a ayudar con información útil, no para juzgarlos por lo que pudiesen haber averiguado acerca del mundo oculto, sobre todo teniendo en cuenta que aquel conocimiento lo debían haber obtenido a base de huir de la muerte.

Como la niña a la que salvó Tobías Méndez.

—Es más rápido de lo que parece y más fuerte también —dijo al fin—. Su maza de pinchos no es normal. No puedo explicar más, pero no penséis que una pared os va a proteger de él. Y es resistente hasta un punto que no creeríais. No intentéis enfrentaros a Bálder aunque llevéis armas de fuego. Lo digo en serio.

—¿Algo más? —preguntó Jon enseguida, con una pizca de sarcasmo.

Romano comprendió que esos tres ya estaban al corriente de demasiadas cosas

—Es extremadamente soberbio. Os subestimaré y entonces...

—¿Por qué quiere matarme? —le interrumpió Diana.

—¿Qué más te da?

—¿Cómo? ¡Quiero saber por qué! Quiero saber si he hecho algo que...

Entonces fue Lorenzo quien la interrumpió. Chistó con impaciencia, casi con furia, y se echó hacia delante.

—Jamás pienses que tienes la culpa —le dijo con firmeza. Volvió a recordar el tablón con las fotos de aquellas mujeres jóvenes, saludables, inconscientes de su destino, seguramente felices antes de cruzarse con el centinela—. Jamás. No pienses nunca en la ropa que llevabas puesta en una fiesta, en el maquillaje, si tonteaste con este o con aquel. Ariel Bálder es un monstruo. Punto.

Diana cerró los ojos. Tembló un poco. Lucrecia se levantó y la abrazó. Miró al inspector y formó una palabra con sus labios: «gracias».

Romano esperó a que se recompusieran un poco. Mientras tanto, sacó del bolsillo un sobre con fotografías. Buscó una en concreto.

—Así que la policía no puede pararle —dijo Jon.

—No puede.

—Pues vaya mierda.

—Dímelo a mí, chaval.

Alzó la vista del manojito de fotos y le tendió una.

—Este hombre también podría ser peligroso. No sé qué papel juega en todo el asunto, pero si lo veis, por favor, llamadme.

Jon tomó la fotografía. Apretó los dientes. Estaba seguro de que no podía ocultar su sorpresa a ojos de un policía experimentado, pero, de todos modos, lo intentó. Disimuló un poco pasándose la mano por la nariz como si se estuviese resfriando.

—¿Qué ha hecho? —preguntó—. ¿También persigue a Diana?

—No lo sabemos seguro, pero mandó a dos de mis hombres al hospital hace un mes. Si lo volvéis a ver, necesito hacerle unas preguntas.

Jon le devolvió con rapidez la fotografía, para evitar que las chicas la vieran. Si a él le estaba costando disimular, a las otras dos les sería imposible. Pero Lucrecia fue más rápida y le arrebató la foto. Ella y Diana le echaron un vistazo. No dieron señal alguna de conocer a aquel hombre.

Se trataba de una fotografía de la ficha policial de Lorca, posando de frente y de perfil junto a la consabida tira métrica que indicaba una altura de metro noventa. Llevaba su característica chaqueta de piel de serpiente.

—Está bueno el jodío —dijo Lucrecia—. ¿Es tu hermano?

El sarcasmo de Lucrecia no hizo mella en Lorenzo, que recogió la foto con tranquilidad. Luego miró a los tres, uno por uno.

—Sois listos —reconoció—. Igual conseguís salir con vida de esta.

Se levantó y se arregló la chaqueta, dispuesto a irse. A todos les sorprendió que Diana se levantara y enfrentase su mirada con total franqueza.

—Jon es inocente de lo que sucedió en el grupo Quimera —dijo.

El inspector asintió y tomó una postura más relajada. Dejó que siguiera hablando.

—Nos reuníamos para contar experiencias paranormales, porque estábamos cansados de que la gente no nos creyera. Carmen... —se le quebró a voz al recordarla— y Agustín eran buenas personas. Solo iban a charlar, para no estar solos un rato. Entonces Ariel Bálder sacó la maza de pinchos y los mató a los dos. Desde entonces no ha hecho más que perseguirnos. El hombre de la fotografía nos ha salvado la vida varias veces y él fue quien nos dijo que no nos fiáramos de la policía, y por eso nos fugamos. Por ahora nunca nos ha fallado, y por eso no le voy a contar nada más sobre él.

—Está bien.

—Pero Jon es inocente —continuó—. De verdad.

Allí no había hechos constatados ni indicios probables, solo unos ojos celestes, limpios y necesitados. Lorenzo Romano le puso las manos en los brazos y respondió:

—Todos sabemos quién es el villano de esta historia. Pero tened cuidado con Lorca. Que sea el enemigo de un villano no lo convierte en un héroe.

Se despidió con un gesto caballeroso de la cabeza, caminó hacia la puerta y salió. Diana temió que su amiga y Jon fuesen a reprenderla por haber hablado más de la cuenta. Lo daba por hecho. Sin embargo, cuando Lucrecia abrió la boca fue para decir:

—Voy a poner cámaras dentro y fuera de este sitio. Ni Lorca ni Lorco. Si alguna vez nos pasa algo a alguno de nosotros, los demás tienen que saber quién ha sido.



14

Los indigentes tenían la ciudad por vivienda y, como toda vivienda, poseía habitaciones. Los bloques de hormigón, que protegían del oleaje el paseo marítimo llamado Campo del Sur, cerca de la catedral, eran bastante aceptables para sentarse con tranquilidad al aire libre, cuando el tiempo era propicio, y comer algo o fumar un cigarrillo. Podría decirse que era un porche con vistas. Allí recibían la compañía de clanes enteros de gatos que, por otra parte, en esa zona, mantenían a raya a las ratas. Las ratas en Cádiz estaban tan acostumbradas al ambiente salino como sus habitantes humanos.

Si hacía falta cobijo para dormir y a uno no le apetecía someterse a los horarios y normas de la Casa de Socorro, existían lugares que cubrían del relente. La mayoría de ellos formaban parte de las estructuras amuralladas de la ciudad, de cuando las defensas eran necesarias para protegerse de los piratas. Una *suite* donde tumbarse un rato.

Sin embargo, no eran pocos los locales que se habían quedado vacíos debido a la crisis económica que, en una ciudad como Cádiz, suponía lluvia letal sobre terreno mojado. Así pues, en aquella ocasión, un grupo de tres indigentes de postín, y uno recién llegado, se refugiaban en un local vacío cerca de la entrada a la Punta de San Felipe, toda una vivienda donde el diseñador había dejado diáfanos los espacios entre el dormitorio, el comedor y el cuarto de baño.

El local olía a meados, a humedad y a sudor, pero una tímida fogata sobre un tambor de lavadora ahuyentaba la peste y frío. El combustible del fuego era papel, cartón y cuatro patas de mesa de nogal.

Dos de los mendigos se habían ido recostando a medida que su tetrabrik de vino tinto les hacía efecto. El tercero era abstemio por convicción, algo muy raro entre la gente de la calle, y bebía tan solo agua de lluvia y alimentos sin conservantes o eso decía, aunque decía muchas cosas a cada rato y no todas tenían que ser ciertas. Se llamaba Benito, Benito el Jipi.

Ariel Bálder escuchaba sus disertaciones mientras extraía, una a una, avellanas duras y algo rancias de una bolsa de supermercado. Se obligaba a masticarlas a pesar del dolor que aquello suponía para su castigada mandíbula. No podía permitir que el cuerpo se amilanase y oxidase por culpa de las contusiones de las que todavía se estaba recuperando.

Se obligaba a soportar todo lo que las noches y los días pudiesen ofrecerle, en la convicción de que, de este modo, su espíritu y su cuerpo saldrían reforzados. Cualquier médico le habría advertido de que estaba demasiado cerca del calor de la hoguera, que eso no era recomendable para las quemaduras del lado izquierdo de su cara, que no tenían mucho más de un mes.

Podría haber acudido a Mikael para que le curase, y este habría aceptado las explicaciones, pero Bálder habría tenido que admitir la derrota y deseaba mantener su historial limpio de fallos. Además,

en caso de que quisiese mentir y alegar que unos humanos normales y corrientes se habían enfrentado a él y le habían dado tal paliza, perdería una cantidad considerable de prestigio. Pero si hablaba de la intervención del mago, los licántropos, el diablo que invocó las llamas y el perro de fuego, era bastante seguro que Mikael le ordenaría una investigación concreta, quizá acompañado de otros centinelas, en la que el objetivo con menos importancia sería la Tentación.

Y no podía permitirse renunciar a ella.

Su sangre se lo pedía, su cuerpo se lo pedía, todas las células abrían sus bocas compuestas de átomos y le exigían que acabase lo que había empezado. Que empalase, aplastase y acabase con la Tentación.

Mientras tanto, por supuesto, el Jipi no dejaba de hablar.

—Mucha gente no sabe lo que es la cárcel —barruntaba—. ¿Tú has cumplido alguna vez?

Bálder negó. Se metió una avellana en la boca. Masticó. Notó punzadas de dolor en la quijada y las sienas y las encías. Se le antojó que las punzadas se unían en una especie de tela de araña, en la que los hilos pasaban por los huesos fisurados.

—Yo maté a mi mujer —continuó el mendigo—. Alguien me dijo que me la pegaba con otro. No me hicieron falta muchas pruebas, la verdad. Yo era un malnacido. Lo supe cuando mi madre vino a verme a la cárcel y me escupió a la cara. Si una madre hace eso... Bueno, te toca empezar a darle vueltas al tarro, ¿sabes?

Bálder asintió. Cogió otra avellana. Masticó. El dolor le estaba haciendo sudar.

—Cumplí menos tiempo en la cárcel porque cuando lo hice estaba borracho. Y puesto de cocaína. Estos jueces son tontos del culo, pero qué le vamos a hacer. El caso es que cuando salí de la cárcel, no salí del todo, ¿no sabes? Porque no había pensado bastante.

El centinela decidió que por ese día ya tenía suficiente y se apoyó en un codo. El siguiente paso sería echarse sobre el cartón seco que había conseguido y dormir unas horas.

—Uno no puede salir de la cárcel si cree que es inocente. Te tienes que defender de ti mismo. Hay que saber perder esas peleas, no sé si me entiendes. Como cuando eres drogadicto. Conseguir una nueva dosis es ganar, pero hay que saber perder para desengancharse. Pasa igual con los pecados. A ti, por ejemplo, se te ve en los ojos que estás dentro de la cárcel, aunque no hayas ido nunca.

Bálder detuvo el movimiento que había comenzado para tumbarse. Entrecerró los ojos y prestó oídos a las palabras del Jipi de un modo más intenso.

—Yo soy libre porque conseguí darme cuenta de que era un mierda más, un asesino de mierda. Que no tenía nada de especial. Que era una escoria como el resto de los que habían estado conmigo en el trullo. Cuando te das cuenta de eso, ese día te lo puedes pasar entero llorando, pero cuando dejas de llorar, has salido por fin de la cárcel. Te recomiendo que lo hagas.

—¿El qué? —preguntó el centinela.

—Admitirlo. Lo que tienes dentro. Que eres culpable.

Bálder se sentó de nuevo.

—¿De qué soy culpable? —exigió—. ¿Qué sabes tú de mí?

El indigente levantó las manos para pedir calma.

—Eh, eso es cosa tuya. Yo solo digo lo que veo.

—¿Y qué ves en mí?

Bálder puso la mano derecha sobre el mango de *Espiga*, que llevaba bajo el abrigo viejo y raído que había encontrado hacía unas semanas.

—Nada, nada, tranquilo, hombre.

Bálder se puso de pie y gritó:

—¡¿Qué ves en mí?!

Benito el Jipi intuyó en ese momento que se estaba jugando el pellejo, pero no le tenía tanto

aprecio como para dejar a aquella criatura en el vacío del desconocimiento, así que suspiró, le sostuvo la mirada con toda la firmeza que pudo reunir, y respondió:

—El Cielo y el Infierno.

Ariel Bálder guardó silencio. Examinó sus impulsos en ese momento. ¿Estaba autorizado a matar a un mendigo por aquella insolencia? Desde luego que no lo estaba. Se consideraba, ante todo, un centinela cuidadoso con las órdenes de arriba y estaba lejos de sus intenciones matar a inocentes si no era estrictamente necesario. Además, *Espiga* no merecía ensuciarse con la sangre de ese pobre diablo.

—Deberías volver al vino tinto —terminó diciendo.

El mendigo agachó la cabeza y la cobijó entre las rodillas. Oyó que el nuevo, el pelirrojo de la cara quemada, se tumbaba, y no mucho más tarde comenzó a roncar como si tuviese algo roto dentro de los pulmones. Echó un vistazo al cartón de tinto de su compañero más cercano. Quizá quedase algo.

—Soy un mierda —murmuró—. Soy un asesino de mierda.

Entonces se levantó, salió del local abandonado y se sometió al escrutinio del frío y de la noche. Andaría hasta que el cansancio le rindiese. Tenía una batalla que perder.



15

Jon estaba sentado frente al ordenador de Lucrecia, y escuchaba con unos auriculares las conversaciones grabadas en los despachos de Tancredo y Carrasco. Llevaba dos horas con ello y no había sacado nada de provecho. Tampoco tenía pensado continuar mucho más rato allí; debía explicar a las chicas cómo había escapado de sus perseguidores nada más salir de la cárcel. En cierto momento notó que Diana se había sentado a su lado. Le dedicó una sonrisa, pero cuando vio que Lucrecia se sentaba al borde la mesa del ordenador, entendió que querían hablar. Paró la reproducción y se quitó los auriculares.

—¿Pasa algo?

—Te queríamos dar las gracias por darnos trabajo —dijo Lucrecia.

—Bien. No hay de qué.

—Pero la gilipollas de mi amiga y yo hemos decidido que te tenemos que convencer de que no sigas con esto.

Jon arqueó las cejas.

—Tengo que sacar a mi padre de la cárcel.

—Y lo vas a hacer metiendo a Tancredo dentro —dijo Diana—. Pero no parece que sea un tipo que se detenga por esas cosas. Igual lo que tenéis que hacer es contratar a mejores abogados y, cuando tu padre salga, pillar vuestra pasta y largaros del país.

—Pero...

—Es un tío que puede organizar motines a distancia —le cortó Lucrecia—. Yo no sé cómo se puede luchar contra eso.

Jon se echó un poco hacia atrás. Suspiró, como si necesitase paciencia para seguir escuchándolas.

—Entiendo que tengáis miedo.

—¡Miedo por ti, tonto! —exclamó Diana.

—Bueno, y por nosotras. A mí hay cosas que me acojonan de este asunto —recalcó Lucrecia—. Si la policía no puede actuar contra Bálder, ¿no se van a limpiar el culo con las pruebas que encontremos sobre Tancredo?

Jon se mordió el labio, pero miró a Lucrecia con simpatía. No veía otro modo de actuar ante su franqueza. Antes de que pudiera decir nada, la pequeña rubia se apartó el flequillo de un soplido y continuó hablando.

—De todos modos, jota, o, ene, antes que decidas nada, te tengo que preguntar una cosa.

—Vale.

—Cuando hablamos de buscar palabras clave en las conversaciones de estos pollos,

mencionaste un nombre: Linda. ¿Quién es?

—Mi madre.

Lucrecia tuvo la sensación de que se atragantaba con un trozo de comida y de que no sería capaz de articular sonido alguno. Sin embargo, su pregunta salió en voz bien alta.

—¿La pájara que te abandonó cuando tu padre entró en el trullo?

—Mi madre —repitió Jon con tono seco.

—¿Morena, muy guapa? ¿Ahora tendrá cuarenta y pocos años?

—¡Sí, mi madre, joder! ¿Pasa algo?

—Que me crucé con ella en el despacho de Mario Tancredo.

Jon se puso firme en el sofá.

—Que te cruzaste con... ¿Pero qué coño haces tú cruzándote con gente en el despacho de Tancredo? ¿No ibas a colarte por los tubos de ventilación como planeamos?

—¡Me caí!, ¿vale? Y allí estaba ella, repantingada como si fuera su casa, poniéndose hasta el culo de *whisky*.

Jon se tapó la cara con las manos.

—Pero qué cojones está pasando...

Lucrecia se acercó a él. Ante la mirada admonitoria de Diana, moderó el gesto y el tono.

—Jon, colega, no saques conclusiones precipitadas.

Jon levantó la cabeza.

—¿Qué conclusiones?

Diana se dio cuenta, de inmediato, de que el chico estaba impactado, y que no había hecho todavía ninguna relación complicada de ideas. Quizás incluso pensaba que Linda estaba con el magnate en contra de su voluntad, debido a algún tipo de chantaje. Quizás estaban a tiempo de comprobar un par de cosas antes de que imaginase otras, y ahorrarle de este modo un mal trago. Lo cierto es que buscaba la manera de hacerle un gesto a Lucrecia para que no siguiera por ese camino, pero su amiga no la estaba mirando y, con la espontaneidad que solo tienen los tsunamis y las erupciones volcánicas, dijo:

—Pues que tu madre estaba compinchada desde el principio con Tancredo para meter a tu padre en la cárcel.

Jon se quedó un par de segundos parpadeando. Luego miró a Diana. Esta no tuvo modo de replicar, pero comenzó un gesto que invitaba a la reflexión.

Jon soltó una carcajada muy fea y muy grave, se levantó del sofá, casi arrollando a Lucrecia, y se dirigió hacia la puerta mientras rumiaba:

—Me cago en mi puta calavera...

Feuer se irguió y se tensó, alerta. Las dos amigas se miraron, y ambas corrieron para detener a Jon, pero Diana apoyó con demasiada fuerza la pierna todavía lesionada y soltó un grito de dolor.

Jon se paró a un par de pasos de la puerta. Miró hacia atrás y vio cómo Lucrecia intentaba sostenerla para que no cargase más peso sobre el pie, a la vez que le gritaba:

—¡Espera un momento, loco!

El chico se detuvo. Apoyó la espalda en la pared y se propuso controlar su impulso. Ardía en deseos de abordar un par de encuentros en las oficinas de Tancredo, tanto tiempo postergados.

—¿Cuál es tu plan? —le exigió Diana—. ¿Qué vas a hacer cuando llegues allí?

—Es mi madre —respondió—. No necesito un plan para hablar con mi madre.

—¡Pero...

—No vamos a encontrar mejor momento para hacer que Mario Tancredo suelte amenazas por la boca —razonó Jon—. Si ella está allí, va a intentar que yo no la vea. De hecho, no querrán que vea a Tancredo. Tendré que inventarme algo... Después me cachearán para comprobar que no llevo ni

armas ni micros. Y entonces a lo mejor hablo con ese cabrón y consigo algo para presionarle.

—Si hablas con él en una habitación en la que sí haya micros.

—Ningún plan es perfecto.

Lucrecia pensaba que aquello era una locura, pero consideraba que ya había hecho más que suficiente para intentar convencer a Jon de que se lo pensase dos veces. Sin embargo, como el chico era algo más que un jefe para Diana y, tenía que reconocerlo, también para ella misma, decidió presionar un poco más con su mejor cara de perro abandonado:

—¿Nos vas a dejar solas aquí?

Jon señaló a *Feuer*.

—Estáis protegidas. Y tenéis la pistola, el teléfono de Lorca y el de Lorenzo Romano. Vas a poner cámaras por el gimnasio y por fuera del gimnasio. Yo creo que está bien.

—No eres muy caballeroso, tú —dijo Lucrecia con más humor que reproche.

—Tengo una pandilla de licántropos siguiéndome el rastro —respondió Jon. Se encogió de hombros y abrió la puerta para salir—. Será mejor si no me quedo el día entero con vosotras.



Generalmente Lorca usaba transporte público cuando no se desplazaba a pie. Le gustaban los autobuses; le daban la posibilidad de reflexionar. La cercanía de los humanos no le molestaba ni preocupaba; de hecho, Lorca tenía la teoría poco desarrollada de que la aversión del resto de los magos a relacionarse con humanos estaba enraizada en la idea loca de que todos a la vez podrían detectarlos y lincharlos en mitad de la calle. Era algo que había aprendido al vivir con tribus indígenas, ya que los indígenas no sentían asco por los insectos inofensivos.

El asco y el miedo eran primos hermanos, según su experiencia.

Sin embargo, consciente de la dejación de sus funciones en los últimos días, Lorca había parado a un taxi para que lo llevara a las Torres de Hércules, en el municipio de Los Barrios, y le había pagado un extra para que fuese lo más rápido posible. Ese extra cubría una posible multa por exceso de velocidad.

Aunque no fuera en autobús, durante el viaje aprovechó para meditar sobre los sentimientos que le habían llevado a esa situación y los que tenía que manejar en ese mismo momento. Reconoció que se encontraba en una encrucijada en la que, posiblemente, su corazón era su peor enemigo.

Cuando llegó al pie de las magníficas torres gemelas, cubiertas por lo que parecía un exoesqueleto de filigranas talladas en piedra, se tomó un minuto para respirar y poner en orden sus pensamientos. Después entró, saludó a las personas que se fue encontrando por el camino, accedió al ascensor y utilizó la clave para llegar hasta las cúpulas invisibles del tejado.

Se dirigió a la que albergaba el inmenso invernadero, que era la oficina más habitual de Tristán Desperatto. Antes le esperaba Antonio Der, impaciente.

—Está en la oficina —dijo como todo saludo.

Lorca asintió y caminó junto a Der hacia la segunda puerta. Su compañero era tan alto como él, más delgado y fibroso, más rápido y joven, de apariencia atractiva y refinada. Andaba con una prisa elegante. Aquel porte y aquella melena rubia habrían hecho furor en cualquier pasarela de moda. Lorca, a su lado, con aquella gastada chaqueta de piel de serpiente, la piel tostada y esas manos rudas y ásperas, parecía el temible patrón de una plantación de caña de azúcar.

Entraron en el despacho oficial de Desperatto, una sala tan amplia como una cancha de tenis e igualmente vacía. Solo una gran mesa negra, cercana a las vidrieras, daba una pista del cometido real del recinto. No obstante, Lorca estaba al tanto de que en muchas ocasiones Tristán se encerraba en aquella sala para mantener combates de baja intensidad con otros magos, como entrenamiento o diversión.

Se plantó frente a él, las manos unidas tras la espalda. Desperatto alzó la cabeza. Llevaba sus gafas de sol redondas, que, muy lejos de dotar su rostro de algo de simpatía, le conferían un aspecto

siniestro, como de enterrador.

—Por fin te dignas a venir.

—Lo siento —respondió.

—¿Es cierto eso?

—Sí. Siento haber faltado a mis obligaciones.

Antonio Der bufó, como si le pareciera increíble que Lorca no comenzase a soltar excusas de modo atropellado para no caer en desgracia.

—¿Ya está? —insistió.

—Primero —dijo Lorca—, si os parece bien, voy a dar mi informe.

Desperatto asintió.

—Aitor Aldana, padre de Jon, controla el pasillo que ocupa en la cárcel. Perdió muchos recursos económicos por su guerra con Tancredo, pero le sigue quedando bastante para tener hombres fuera y dentro de prisión.

—Bien. ¿Qué pasó con el motín?

—Pude hablar con los hombres que lo organizaron.

Sin necesidad de explicarlo, Desperatto y Der entendieron que Lorca se refería a un interrogatorio severo en el que cualquier menor con miedo a la muerte vendería a su propia madre.

—Les había pagado Mario Tancredo y el verdadero objetivo era matar a Aitor Aldana y a su hijo.

—De acuerdo.

—He recurrido a nuestros contactos para dismantelar la banda de un modo discreto.

—Pero Tancredo habrá entendido que hay un tercer actor que está jugando en contra de sus intereses —advirtió Tristán—. Eso no nos conviene.

—Lo sé —repuso Lorca—. Pero, de todas maneras, no podíamos ocultar mucho más tiempo que hemos movido hilos para que yo estuviera allí dentro. Los de seguridad se hacen preguntas y a algunos los tiene comprados.

—Claro... ¿Qué más?

Lorca se encogió de hombros.

—Mario Tancredo sigue teniendo los mismos motivos que antes para eliminar al padre y al hijo. Jon sigue empeñado en sacar a su padre de la cárcel aunque para conseguirlo tenga que enfrentarse a Tancredo.

—Es bueno saberlo. Quizá algún día nos convenga hacer algo con ese chaval. ¿Qué sabes de los licántropos de Sierra Morena?

—No me he vuelto a cruzar con ellos.

—¿Qué más?

—Ariel Bálder no ha dado señales de vida.

Desperatto y Der se miraron sin intentar ocultar su preocupación.

—Sería un desastre que hubiera muerto —dijo Antonio—. Eso atraería una investigación de otros centinelas.

—Y acabarían dando con la furgoneta de unos mexicanos —añadió Lorca—. Esos mexicanos estaban a sueldo de Aitor Aldana y su objetivo era vigilar a Jon. Los mexicanos nunca me vieron, por cierto. No creo que esos nos tengan que preocupar.

Tristán asintió. Acarició la superficie de la mesa mientras meditaba. Lorca sabía que, a partir de ese momento, acabado el relato de su informe, comenzaría el interrogatorio acerca de sus actividades en las últimas semanas.

—¿Qué hacías espionando a Ariel Bálder, Lorca? No recuerdo haberte dado esa orden.

Lorca no respondió. No se encontraba preparado para dar ese paso. Intentó agarrarse a la idea

de que podía mantenerse firme, aguantar un rapapolvo, quizá un castigo, y que el asunto quedase enterrado. Cada minuto que pasaba alejado del gimnasio le pesaba como una enorme losa de plomo.

—No te gusta mentir —dijo Desperatto, como si fuese algo que acabase de recordar—. No es por respeto, es que no te gusta hacerlo. Tampoco te gusta mentir a los menores, ¿verdad?

—Soy poco hablador.

—Creo que pasaste demasiado tiempo en la selva —dijo Antonio Der con una sonrisa de desprecio.

Lorca lo estudió un par de segundos. Había que reconocer que el compañero tenía una mirada intimidatoria.

—Es posible —se limitó a responder.

Desperatto no parecía nervioso ni enfadado. De hecho, su gesto era tranquilo. Lorca sabía que su superior era mejor haciendo planes de lo que muchos suponían acerca de él. Se frustraba hasta dar con la solución perfecta a un problema porque era amante de los caminos rectos, pero una vez que encontraba dicho camino, volvía a tener un control absoluto de sus emociones.

—De acuerdo. Te dejaremos algo para la intimidad. Al fin y al cabo, si te hemos encargado misiones muy raras es porque tú mismo no eres convencional, ¿verdad?

—Es posible.

—Tengo otra misión para ti. De esas raras. Están sucediendo cosas en Madrid tras la muerte del ángel y quiero un par de ojos extra allí. No tenemos control sobre zonas agrestes como la Sierra de Madrid o, ¡joder, ni la propia Casa de Campo!

Ese era el camino recto que había encontrado Desperatto para hacerle hablar: ponerle en la tesitura de tener que renunciar a aquello que les ocultaba. Su superior debía intuir que Lorca no había acabado con lo que estuviera haciendo en la provincia de Cádiz. La pregunta era: ¿estaba dispuesto Lorca a sincerarse con los suyos? Y ¿saldría intacto de aquella estancia si lo hacía?

Agachó la cabeza, tomó aire y metió las manos en los bolsillos. Cuando alzó la mirada, estaba dispuesto a hablar.

—Ariel Bálder mata mujeres por placer. Empecé a investigar porque mató a una mujer que yo conocía. Se llamaba Anabel.

—¿Y qué con eso?

—Lo persigo para vengarme.

—¿Por qué? —insistió Tristán.

—Porque yo amaba a Anabel.

Antonio Der tuvo que apoyarse en la mesa. Buscó la mirada de Lorca, pero no la encontró. El mago y Desperatto se miraban fijamente.

—No puedo permitirte que nos pongas en evidencia por matar a un centinela.

Der estaba a punto de saltar, pero el miedo a interrumpir a su superior era mayor que la necesidad de expresar todo lo que pensaba en ese momento.

—Las víctimas siempre responden a un mismo tipo de mujer —continuó Lorca—. Ahora va detrás de una de las menores que estaba en el grupo Quimera...

—¿No me has escuchado? —le interrumpió Tristán—. Nada de llamar la atención.

Como si ya no temiera perder su dignidad ni su estatus, Lorca insistió.

—Solo quiero asegurarme de que no la mata. Ella... se llama Diana. Es igual que Anabel. Son idénticas. Cuando la veo, es como si viera a Anabel.

—¡Nada de llamar la atención! —gritó Desperatto—. ¿Me estás desafiando?

Lorca apretó las mandíbulas. Su superior se levantó del asiento. Era notablemente más bajo que él, pero parecía una construcción de roca transformada en carne por alquimia. No era difícil imaginárselo cascando cráneos con un brazo. Se llevó una mano a las gafas, como si estuviera

pensando en quitárselas para comenzar una pelea. Luego, la volvió a apoyar sobre la mesa y dijo:

—Ahora quiero que te tomes dos días. No me sirves para nada. Aclara tu cabeza. Y cuando vuelvas, te quiero al cien por cien o te aplicaremos la disciplina más severa.

Lorca frunció el entrecejo. Lo que acababa de confesar —espíar a un centinela sin haber recibido permiso para hacerlo, para proteger a una menor que le recordaba a otra menor de la que decía haber estado enamorado— merecía un juicio mucho más severo, posiblemente un tremendo castigo y la repulsa moral de los suyos. La disciplina y la obediencia eran los pilares de la organización de los magos y mantenían dicho pilar de modo sangriento, si era necesario. Además, los magos eran profundamente racistas y, para ellos, los menores no eran superiores al ganado. Tener trato carnal con ellos no era mucho mejor que la zoofilia.

Sin embargo, Desperatto le estaba dando dos días de margen para arreglar sus asuntos. Le pareció demasiado bueno para ser verdad, pero no quiso tentar más a la suerte haciendo preguntas. Se despidió con una inclinación de cabeza y se dirigió a la salida con amplias zancadas.

Antonio Der se quedó mirando hacia la puerta del despacho hasta que escuchó que el ascensor comenzaba el descenso. Luego siguió esperando, mientras Desperatto abría un par de cajones para cambiar de sitio un informe. Cuando habían pasado ya unos cinco minutos desde que Lorca se había marchado, se llevó las manos a la cabeza y exclamó:

—¿Cómo ha podido pensar que nos íbamos a tragar ese montón de excusas? Se le está ablandando algo más que la disciplina. ¡Se está volviendo un estúpido!

Tristán bordeó la mesa y se apoyó frente a Der. Se cruzó de brazos y siguió prestando atención a su subordinado.

—Creo que coincidirás conmigo en que hay que poner a alguien que le siga y averigüe qué trama.

—¿Por qué?

—¡Porque algo trama!

—Matar a Bálder, ya lo ha dicho. Solo espero que lo haga con la eficacia y discreción que lo caracterizan.

Antonio Der se dio cuenta de que su superior creía en la explicación de Lorca. Aquello le pareció una noticia sensacional, porque significaba que el mismo Lorca había cavado su tumba dentro de la congregación. Había sido insufrible tener a ese trotamundos pendenciero al mismo nivel durante tantos años, o a un nivel demasiado semejante, con el consiguiente riesgo de que, tras algún tropiezo, ese terminara sustituyéndole como hombre de confianza de Desperatto.

—¡Matar a Bálder! —Soltó una risotada y cambió el curso de sus razonamientos—. ¡Porque estaba enamorado de una menor! ¡Qué asco!

—Somos superiores a los menores, qué duda cabe —dijo Tristán.

—¡Ninguna!

—A través de nuestro esfuerzo y del poder de nuestra alma para crear runas.

—¡Y ese tipo de sentimientos antinaturales solo pueden conducir a uniones que arruinen nuestra pureza de sangre! —exclamó Der, convencido de estar así enterrando la poca reputación del descontrolado Lorca.

Tristán se quitó las gafas y las dejó sobre la mesa.

El gancho de izquierda impactó a Antonio Der en pleno pómulo, lo dejó ciego y sordo durante una fracción de segundo. El directo en mitad del pecho lo lanzó a través de la estancia. Golpeó el suelo y se deslizó hasta detenerse a unos quince metros de Desperatto.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, Antonio Der —dijo.

Luego se aproximó a él y le tendió una mano. A pesar de los golpes, Der no necesitaba ayuda para levantarse, pero le pareció que no coger aquella mano tendida sería un síntoma de debilidad o

desobediencia, y no podía mostrar ninguna de las dos cosas antes de comprender qué acababa de suceder. Así pues, aceptó la ayuda.

—Pero no es culpa tuya —dijo Desperatto mientras le arreglaba a Der el cuello de la chaqueta—. Nunca te había contado que no soy un pura sangre.

Volvió a la mesa y tomó asiento.

—Tampoco te he dicho nunca que para mí la única diferencia entre tú y Lorca es que a ti te quiero aquí dentro y a él lo quiero allí fuera.

Un rescoldo de orgullo y el alivio de la distancia que de nuevo les separaba dieron a Antonio Der el valor de preguntar:

—¿Qué pasa si Lorca consigue que se nos echen encima los centinelas?

—Verás, Antonio. Si yo hubiese ordenado a Lorca olvidarse de Bálder y de esa menor, me habría desobedecido casi con total seguridad. Entonces yo habría tenido que ordenar su ejecución. Perdería a un buen mago para que no muriera un centinela. Y, si te soy sincero, no creas que sería tan fácil ejecutar a alguien como Lorca. Quizá perdiésemos a otros magos. —Suspiró con cansancio, como un maestro que explica una lección obvia—. Quizá te perdiese a ti y ya te he dicho que te necesito a mi lado.

—No le tengo miedo a Lorca.

—Eso tampoco es culpa tuya. No sabes gran cosa acerca de él —respondió Desperatto—. Pero no te preocupes. Si en dos días no vuelve a la senda de la obediencia, me encargaré personalmente de su ejecución.



Si Cram fuese el líder de la manada de Sierra Morena, habría enviado a una partida a contactar con Rial en Cádiz para que prestase testimonio sobre la traición de Dero, antes que permitir un juicio por combate. Pero Cram no era el líder de la manada. Solo era el tipo al que la tradición obligaba a jugarse la vida para vengar el intento de asesinato de Rial, hija de Coro.

Como Urma le había comentado en alguna ocasión, una vez que se entiende el principal defecto de una costumbre, todas las demás comienzan a verse ridículas e incluso peligrosas.

Cram ya había superado la fase de meditación, al igual que debía haberlo hecho Dero. En la tienda dispuesta para tal efecto, ahora podía recibir la visita, uno a uno, de los miembros de su manada o de otras manadas, que tuvieran la potestad de mirarle a los ojos y decidir si había en él alguna motivación que no fuera el esclarecimiento de la verdad.

Cram estaba soportando con la paciencia que le quedaba la visita de licántropos de manadas muy distintas a la suya, más modernizados, pero con cierto gusto por las costumbres antiguas. Llegaban vestidos con pantalones vaqueros y sudaderas de algodón, se ponían en cuclillas frente a él y luego salían. Debía de estar reuniéndose una buena comitiva ahí fuera, licántropos llegados de ciudades y bosques lejanos. Algunos se permitían intercambiar con él unas palabras de ánimo, más movidos por la curiosidad que otra cosa.

—Te deseo suerte —llegó a decirle Corce, líder de la gran manada de Doñana.

Quizá no sabía que estaba prohibido desear suerte a uno de los contendientes, quizá le daba lo mismo. Cram, desde luego, no iba a hacer nada para sacarlo del error.

—Gracias.

—Estás empezando a entrar en una edad respetable —continuó Corce—. ¿Tienes hijos?

—La Tierra no me dio esa bendición.

—Mi mujer está embarazada.

Cram sonrió de nuevo. Entonces el líder de Doñana quizá se dio cuenta de que estaba comenzando una conversación algo inapropiada, asintió a modo de despedida y salió de allí.

Cram bebió un trago de agua. Entró un visitante de la ciudad. Le atendió. Ya quedaba poco para que le dejasen de nuevo a solas, justo antes del combate. Esperaba que Urma no se echase atrás en el último momento, o se estaría jugando la vida por nada.

¿Qué hacer? ¿Debía seguir confiando en él? Cram le dio vueltas al cráneo de pájaro que colgaba de su cuello y notó que la mano le sudaba.

Mientras el sol declinaba y en el centro del poblado se colocaban antorchas para alumbrar el combate, Urma se había alejado de las casas y de las tiendas habilitadas para los recién llegados, que ocupaban el exterior del enclave.

Se había alejado bastante, ya que los oídos de los licántropos eran finos y había llegado el momento de decir palabras que solo unos pocos debían oír. No se conocían entre ellos hasta ese momento. La dosificación de información entre miembros era una de las claves de cualquier conjura.

Sentado sobre una roca alta y desgastada por el tiempo, Urma esperaba a que fuesen llegando. Cuando se reconociesen, podría suceder cualquier cosa. Quizá les entrase miedo y declinasen su invitación. En ese caso, Urma confiaba en que los más fieles le ayudasen a retener a los que quisieran dar marcha atrás, ante el riesgo de que pudiesen alertar a la manada.

Oyó un susurro de pies a la derecha. Suspiró. El licántropo que había sido durante muchos años se habría encomendado a la Tierra para que diese poder a sus palabras, pero Urma ya no se hacía ilusiones al respecto y sabía que todo dependía de él.

Noke apareció al pie de la elevación rocosa. Llevaba una zamarra con capucha para que no se le viera la cara, y, a juzgar por su olor, se había frotado con piedra y tierra para que no detectaran su rastro. Se miraron y guardaron silencio. El licántropo le mostró con sutileza el mango de un gran cuchillo de hueso. Urma asintió, satisfecho. Noke era casi tan fiel como Cram. Urma le había encomendado la misión de detener a cualquiera que intentara largarse cuando les explicase todos los detalles.

Al poco apareció Nita, envuelta en olor a mandrágora. No sería la última en llegar.

La reunión más importante en la historia de la manada de Sierra Morena había comenzado, y se desarrollaría en las sombras.



18

Tomás Hurón jugaba a las cartas con sus hombres en el centro del taller mecánico. Un Peugeot permanecía con las lunas cubiertas por papel impermeable, a la espera de ser pintado al día siguiente, cuando comenzasen la jornada laboral. Por doquier había montañas de neumáticos, armarios para piezas, y aparatos de medición y calibrado.

Aquel lugar, ideado como tapadera para el blanqueo de dinero, acabaría convirtiéndose en el futuro legal de él y de los suyos. De hecho, Hurón ya había tanteado un local en la Zona Franca para ampliar el negocio y dar trabajo a los más jóvenes de la pandilla, después de obligarlos a acabar sus estudios de Formación Profesional.

Los hombres daban cuenta de unas botellas de cerveza mientras los dos hijos de Marcos, fallecido en la trifulca con los diablos que cambiaban de forma, jugaban con las piezas de una bicicleta en el fondo del taller. Hurón intentaba que la madre de los niños tuviera algunas horas al día para sí misma, para que pudiera llorar la muerte de su marido. La mayoría de las mujeres la ayudaba también, ya que la pobre estaba tomando antidepresivos fuertes y no era capaz de centrarse en casi nada.

Carreta repartía las cartas. Se había repuesto del zarpazo en el pecho durante la lucha. Su primo Natalio, sin embargo, todavía tenía fuertes dolores de cabeza por un golpe contra una piedra, que recibió cuando uno de los gigantescos lobos lo arrolló con su mole. Le costaba concentrarse en las cartas y la cerveza le sentaba mal.

El cuarto hombre que jugaba con ellos era Braulio José, llegado recientemente de México. Era un padrazo con cuatro hijos que mantener y el que más sabía de mecánica en el grupo. Hurón tenía muchas esperanzas puestas en Braulio, que, además, jamás había pertenecido a ninguna pandilla ni se había dedicado a negocios ilegales.

Quizá por eso tardó en Braulio tardó en reaccionar cuando la baraja cerrada del taller subió de golpe con tremendo estrépito.

Hurón, que no esperaba a nadie más, y que sabía que sus hombres habrían usado la puerta trasera y no aquella, miró a Carreta. Este se levantó y se llevó la mano a los riñones, donde guardaba un hierro del 44. La sombra que había abierto la puerta soltó un gemido de esfuerzo o de dolor, pero se movió con rapidez hacia un rincón oscuro. Solo cuando Carreta apuntó hacia allí y Hurón se dirigía a uno de los armarios a por la recortada, Braulio se dio cuenta de que pasaba algo malo.

Natalio levantó la vista de las cartas. Estaba a punto de quejarse del ruido.

La maza de pinchos voló proveniente de las sombras y se le clavó en el maltrecho cráneo. Braulio soltó un juramento y Carreta efectuó dos disparos. El estruendo en aquel taller lleno de reverberación habría provocado un gran dolor a Natalio, medio minuto antes, pero Natalio resbaló

de la silla con la maza clavada como un adorno de carnaval, incapaz de sentir para siempre dolor alguno.

Cuando Hurón agarró la escopeta, el asaltante apareció en la zona iluminada, rápido como un corredor olímpico, agachado para esquivar los disparos de Carreta, y le dio un empujón con el hombro que lo mandó al suelo.

Era pelirrojo, de piel pálida, y tenía la misma mirada que un caballo durante una tormenta.

Hurón disparó, pero Ariel Bálder ya no estaba en su punto de mira. Con un grito de dolor, había saltado para sacar a *Espiga* del cráneo de Natalio, rodar sobre la espalda y quedar detrás de Braulio José.

—¡Los niños! —gritó este.

Bálder le dio una patada en medio de la espalda con tanta fuerza que lo mandó contra Tomás. El impacto le hizo soltar la escopeta. Cayó al suelo aplastado por el peso de su compatriota. Escuchó otro disparo efectuado por Carreta, un grito de esfuerzo, y el silbido de la maza atravesando el aire. Luego un golpe contundente y húmedo.

Hurón cogió la recortada con ambas manos y empujó para quitarse a Braulio de encima. Antes de poder encontrar a su objetivo, recibió una patada en el brazo. El arma salió volando.

Para entonces, los niños lloraban agarrados el uno al otro, Carreta y Natalio estaban muertos, Braulio José yacía inconsciente y Ariel Bálder estaba en pie, su sombra cubriendo a Tomás Hurón. El gesto del centinela era una mezcla de dolor y de soberbia. Parecía haberse fugado de un hospital sin que los médicos hubiese terminado el trabajo, pero sin embargo se había movido con la rapidez de una pantera.

—Esa ranchera que tenéis aparcada fuera del taller... Me suena de algo.

Tomás mostró las manos desnudas. Bálder le hizo un gesto de asentimiento para que pudiera levantarse. Una vez en pie, con la espalda dolorida, el mexicano señaló a los niños sollozantes. Se tragó la rabia para decir, con tono de súplica:

—No sé qué quieres, pero los chamacos no tienen la culpa.

—No la tienen —coincidió el centinela—. Por mí se pueden largar.

Hurón se volvió hacia ellos y les gritó:

—¡Órale a casa! ¡Vamos!

Los niños, todo ojos, mocos y temblores, agarrados el uno al otro, salieron corriendo en busca de la puerta trasera. Tomás Hurón soltó el aire de los pulmones, aliviado, a la espera del inevitable golpe en la cabeza que lo iba a dejar inconsciente.



19

Jon aterrizó en Barajas a última hora de la tarde. Como él, había quienes no llevaban equipaje, aunque vestían con mayor formalidad y portaban maletines donde probablemente guardaban contratos y acuerdos de negocios firmados por la mañana. Antes de acceder al metro, tuvo que mostrar la documentación a un par de policías nacionales que debieron de pensar que escondía drogas. Comprobaron su DNI y no tardó en saltar la alarma de que estaba en libertad condicional, a la espera de juicio. Sin embargo, el juez no le había puesto ningún límite para moverse dentro del país, ya que la coartada presentada por el doctor Carrasco había sido lo bastante sólida.

Una vez en el metro, próximo ya su encuentro con Tancredo, Jon notó que temblaba. No era capaz de discernir si le provocaba mayor nerviosismo la idea de un recibimiento con armas de fuego o la posibilidad de volver a ver a su madre. Al salir de la estación, cerca del edificio de oficinas, pasó por la puerta de un bar. Se planteó tomarse un par de chupitos para templar los nervios, pero en el último momento se dio cuenta de que no podía permitirse renunciar al poco autocontrol que sus instintos le permitían.

Aquella era su vida desde que se la torcieron a los catorce años. Autocontrol. Un hombre peleando con una bestia. Y, desde que le operaron, desde que le pusieron el corazón de un licántropo, la bestia era más grande y fiera que nunca.

Jon se detuvo. Ajeno a las miradas de los transeúntes, se puso las manos frente al pecho, los pulgares e índices formando un triángulo. Llenó los pulmones de aire y luego comenzó a soltarlo mientras separaba las manos sobre su cabeza y volvía a unir las abajo, a medio muslo. Relajó la respiración y templó los nervios, al menos lo suficiente para recordarse a sí mismo que ya había estado antes en los bares intentando llenar su vacío, y que lo único que había conseguido era vaciar una botella tras otra y sentirse cada vez más desgraciado.

Sangre y suelo. Ya no quería pertenecer a la sangre y a la suciedad del suelo.

Reanudó la marcha y pronto estuvo en la puerta de un bloque de cemento, luces y cristal, rodeado de jardines y cámaras de seguridad. Eran las nueve de la noche. Si Tancredo no estaba allí, como buen hombre de negocios, tendría que recurrir a su capacidad de persuasión para averiguar la dirección de su residencia. Claro que, en esa etapa de su vida, su capacidad de persuasión comenzaba en el codo y acababa en los nudillos. Al menos, ahora se sentía más en disposición de mantener sus instintos serenos. «Podré controlarme», se prometió.

Dos tipos robustos y enchaquetados guardaban la puerta, con comunicadores en las orejas. No hacía falta ser experto en sistemas de seguridad para saber que se trataba de guardaespaldas, ni ser excesivamente listo para darse cuenta de que Tancredo posiblemente llevaba horas avisado de que Jon se dirigía a Madrid.

Ese era el problema de usar medios de transporte donde la policía podía pedirte la documentación.

—Caballeros —dijo al plantarse frente a los guardaespaldas.

—Señor Aldana —respondió uno de ellos—. ¿Puedo ayudarle en algo?

Sentirse reconocido de aquel modo le produjo una sensación de vértigo. No era solo que lo tuviesen fichado, sino que hiciesen alarde de ello.

Vértigo y rabia.

—He venido a ver a Mario Tancredo —su voz sonó más juvenil de lo que habría deseado.

El guardaespaldas lo miró de arriba abajo y, finalmente, dijo:

—Pase, por favor.

«Ya no hay vuelta atrás», pensó Jon mientras atravesaba la puerta. Pocas personas, al ver su rostro preocupado y sus labios prietos, habrían imaginado que aquel joven de veinte años no tenía miedo de los hombres de seguridad ni del todopoderoso Mario Tancredo.

Tenía miedo de sí mismo.



Diez minutos y tres arcos de seguridad después, Jon se encontraba de pie en un amplio despacho, al que no faltaban elementos de comodidad, como un sofá con mesa auxiliar para bebidas, una enorme pantalla plana de televisión y música ambiente. La música era una versión electrónica de algún ritmo caribeño.

—No se puede ser más hortera —murmuró Jon.

Era una broma dirigida a Diana y Lucrecia, pero entonces Jon recordó que posiblemente aquel era el despacho en el que no habían podido colocar ningún micrófono. Estudió el canalón de ventilación sobre la mesa de despacho. Lucrecia había hecho un buen trabajo recolocándolo después de haberlo abierto con su peso.

Jon siempre había pensado que un micrófono era compañero inseparable de una furgoneta apostada en una acera, a menos de doscientos metros de distancia, pero, al parecer, lo que registraban aquellos aparatos era repetido vía satélite, así que funcionaban como pequeñísimos teléfonos móviles. La batería no duraría más que un par de semanas. ¿Para tan poca cosa les había pedido que arriesgaran la vida? Decidió en ese momento que no volvería a arrastrar a sus amigas a ese tipo de planes desesperados.

Aunque quizá con Carrasco sí. Ese pequeño riesgo merecía la pena.

Jon escuchó unos pasos. Olió un perfume viril con bastante antelación. Cuando se abrió la puerta, Jon ya la encaraba con las manos en los bolsillos y el gesto serio. Había tenido el tiempo suficiente para respirar profundamente y calmarse de nuevo.

Primero entró un guardaespaldas que llevaba una sencilla camiseta de manga corta y que dejaba a la vista una pistola sujeta por el cinturón. Luego pasó Mario Tancredo y por último un segundo guardaespaldas, más bajo que el primero, con una chaqueta de pana y un pañuelo cerca de la nariz; tenía pinta de soportar un buen resfriado.

—¡Jon Aldana! —exclamó Tancredo, como si saludase a un viejo amigo—. ¡Tienes un aspecto formidable, chaval! Un chico guapo, sí, señor.

—Ahora viene un chiste sobre si he tenido mucho éxito en la cárcel —aventuró Jon.

Tancredo soltó una carcajada y unió las manos para pedir disculpas.

—Me has pillado. ¿Quieres tomar una copa?

Jon negó.

—¿Vodka, sake, ron, brandi?

Jon volvió a rechazar la invitación.

—¿Nada? Bien.

Tancredo ocupó su butaca tras el escritorio y los hombres se pusieron uno a cada lado. No había silla para el chico ni le ofrecieron ninguna.

—Hace rato que debería estar relajado en el *jacuzzi* de mi casa, pero he esperado porque me han soplado que habías llegado a Madrid. Supongo que sabrás agradecer mi cortesía.

—Mucho —dijo Jon—. Yo también tengo amigos que me soplan cosas.

—¿Ah, sí?

Tancredo se echó hacia delante, los ojos muy abiertos. Todas sus frases y gestos eran una burla constante hacia Jon, pero este había tenido tiempo para mentalizarse de que sería así o incluso peor, y sabía que debía centrarse en lo que él mismo tenía que decir.

—Sí. He contratado a detectives privados que me han dicho que mi madre está contigo.

El magnate se echó hacia atrás, pensativo. Luego volvió a sonreír.

—¿Ya está? ¿Para eso has venido?

—También quiero que saques a mi padre de la cárcel.

—¡Oh, pero yo no soy juez! —exclamó lleno de fingida candidez.

—Déjate de gilipollices —dijo. Señaló a los guardaespaldas con desprecio, sin mirarlos—.

Estos dos no me dan miedo. Tú no me das miedo. He visto cosas estos días que dan miedo de verdad y tengo movidas más importantes de las que preocuparme, así que venga, arreando. Mueve los hilos que tengas que mover, saca a Aitor Aldana de prisión y, por favor, dile a mi madre que tengo que hablar con ella.

El tipo resfriado soltó una risotada que sonó muy nasal. El otro, con el ceño fruncido, miró a Mario Tancredo, en espera de una orden, pero Tancredo se mantuvo en silencio. Estuvo unos segundos sosteniendo la mirada de Jon. El chico no parecía tener ninguna prisa y eso le descolocaba. Pensó que quizá había sido demasiado benigno en sus ataques.

—Linda ya te abandonó una vez —dijo—. ¿Por qué crees que ahora iba a querer verte?

Jon notó que su corazón se aceleraba, daba densidad y calor a su sangre. Su plan de mantener el control se estaba yendo al traste. Entendió que nunca había tenido la menor posibilidad. Comenzó a respirar con mayor rapidez. A partir de ese momento, solo podían suceder dos cosas: que sufriese un desvanecimiento o que atacase a esos tres de modo brutal e irreflexivo.

Había perdido la partida, pero Tancredo, al contrario de lo que pudiese sospechar, no era el ganador: el ganador era el lobo que habitaba en su pecho.

Dio un paso hacia delante, los puños cerrados como dos mazas compactas. Arrojó la mesa a un lado, que derribó al guardaespaldas del pañuelo, y cogió a Mario Tancredo por los músculos pectorales. Arrancó esos trozos de carne a través de la ropa y luego...

—¡Venga! —le retó el magnate—. ¡Pónmelo fácil!

Jon se dio cuenta de que estaba demasiado cerca de hacer lo que acababa de imaginar: destrozar a aquel hombre con sus manos. También se dio cuenta de que, como en su pequeño delirio, había cerrado los puños.

Los tres hombres lo observaban, quizá esperando una excusa para usar las armas. El guardaespaldas con la camiseta de manga corta había desenfundado la pistola y dirigía el cañón al suelo, a modo de advertencia.

—Tú me lo has quitado todo —gruñó Jon—. Pero no me vas a quitar la voluntad.

—Te puedo quitar la vida —le retó Tancredo.

—Ya. Pero yo vivo de prestado.

El guardaespaldas armado detectó la amenaza en los ojos de Jon, quizá por su afición a las

peleas de perros. Los mastines tenían esa mirada, no antes del combate, sino cuando ya lo había ganado. Levantó el arma. Jon se giró hacia él, soltando todo el aire por la boca, mostrando las palmas de sus manos vacías.

—¡Basta!

Todos se giraron hacia la puerta del despacho que había más allá de las estanterías con libros de Derecho e Historia. Allí se encontraba Linda, espigada y bella, autoritaria a la vez que elegante, como el paradigma de mujer fatal en una novela negra.

Jon, sin embargo, tenía otra imagen de ella. La recordaba temblando de miedo cuando esperaba los resultados de una biopsia sobre un bulto que acabó siendo nada. También se le vino a la mente la vez que decidió ser ella quien acompañase a su hijo a comprar el material escolar, asunto del que solía dejar que se ocupase el servicio. Quizá lo hizo porque se aburría en casa, o porque quería vivir una aventura proletaria, pero aquel día se había reído con los estampados de las mochilas. Jon se probó una de Barbie y le aseguró que iría así al colegio, solo para escucharla reír durante más rato.

Aquella mujer que había detenido con una sola palabra a tres hombres violentos era la misma que necesitaba saber que había yogur de fresa en la nevera, aunque luego no lo tocase, y que se partía de risa ante su propia torpeza con los ordenadores. La misma que prefería abrazarse a un cojín que a cualquier persona, incluido su hijo, pero que a veces lloraba con las películas basadas en hechos reales.

Entre ambos, el destino había borrado años de recuerdos que nunca sucedieron. Un día Jon perdió a su padre y al día siguiente a su madre, y eso era algo que ninguna magia podía suplantar y que ningún temor podía alejar de su mente.

Sin embargo, Jon ya no era un niño y antes que un abrazo de su madre, necesitaba otra cosa: una explicación.

—Hola, mamá —dijo.

—Hola, Jon. —El saludo fue tan frío que hasta ella pareció arrepentida. Se llevó una mano a la frente y añadió—: Tenemos que hablar.

Entonces Linda miró a Mario Tancredo y este, después de un par de segundos, asintió. El señor del castillo les había dado su permiso.

Jon miró a los otros tres hombres para dejar claro que él iba donde quería y cuando quería. Luego se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta donde su madre aguardaba.



Cruzaron un largo y estrecho pasillo para acabar en un dormitorio lujoso, que nadie podría imaginar en aquel edificio de negocios. A Jon ya no le cabía ninguna duda de que su madre era una amante mantenida en secreto por Tancredo, ya que todo el mundo sabía que era un hombre casado. Se preguntó si aquel era el lugar al que ella creía pertenecer. Debió mostrar un gesto de estupefacción o asco bastante evidente, porque Linda se detuvo a contemplarlo y luego dijo:

—No me merezco un abrazo por tu parte. Lo sé.

Se sentó en la cama, cruzó las piernas y puso las manos sobre la rodilla. Luego señaló a Jon una *chaise longue* donde podía tomar asiento. Él permaneció de pie, se miró la punta de los dedos y, finalmente, soltó el aire, casi una risa, casi una tos.

—¿He dicho algo gracioso?

—¿Tenemos que hablar de lo que tú te mereces? Sí. Es gracioso.

—Solo quería decir que...

—¡Estoy bien, mamá, no te preocupes! Hace unos meses sufrí una operación a corazón abierto,

a vida o muerte, pero la estoy superando. Luego vi cómo asesinaban a dos personas delante de mis narices. Tu amigo Mario Tancredo me ha querido colgar esas muertes y he estado en prisión preventiva unas semanas. El otro día hubo un motín, por cierto, organizado por Tancredo para matarme a mí y a mi padre. Pero ahora vamos a hablar de lo que tú te mereces. ¡Espera! —Se sentó en la *chaise longue* y se cruzó de brazos—. ¡Venga, cuéntame cómo te sientes!

Linda se tapó la boca con una mano temblorosa. Jon apretó los puños de nuevo. Cerró los ojos. Se obligó a moderar la respiración para evitar el ataque de ira; al fin y al cabo, era él quien se había presentado en aquel lugar de modo voluntario.

Notó, con una claridad con la que ningún humano lo podría percibir, que su madre se levantaba de la cama y se acercaba. Por eso no dio ningún respingo cuando ella le puso una mano sobre el muslo. Agarró aquella mano y, aguantando las lágrimas, la apretó contra sus labios. Más que un beso pretendía que fuera un traspaso de rabia y dolor.

Linda le acarició el pelo.

—No soy la mejor persona que puedas conocer y he sido una madre horrenda, pero no me considero la amante de un asesino. Tu padre y él eran enemigos, y como enemigos se comportaban, pero si algún día me entero de que Mario es el hijo de puta que me estás contando..., descuida que ya se me ocurrirá algo.

Jon abrió los ojos.

—Él te mataría sin pensarlo dos veces.

—No suelo permitir que los demás se piensen las cosas dos veces. Ese error solo lo cometí con tu padre... y con el mío.

Jon sacudió la cabeza, obligándose a despejar la confusión. Linda se dio cuenta de que volvía a ponerse a la defensiva y dejó de acariciarle. Volvió a sentarse en la cama.

—¿Qué tiene que ver eso con que me abandonases, mamá? ¿Papá te trató mal? ¡Vale, lo que tú digas! Pero ¿qué te hice yo?

La mujer soltó aire con fuerza. Siendo confiados, podría pensarse que estaba abrumada por los acontecimientos; siendo desconfiados, podría pensarse que aquello comenzaba a aburrirla.

—Está relacionado. Mi huida, lo de lo cárcel...

—No dices nada. Además, papá es inocente de eso.

—Tu padre no era culpable de violar a aquella chica, Jon. Eso lo sé. Pero se merecía estar en la cárcel igualmente.

Jon estuvo a punto de rebelarse, pero se contuvo, ya que no podía poner la mano en el fuego por un hombre que, en realidad, apenas conocía. Sería ingenuo creer que su padre se hubiera granjeado una posición tan sólida en la cárcel solo con dinero. Debía conocer ese mundo, a gente como Silva, para imponerse a ellos y liderarlos.

Frunció los labios y sacudió la cabeza para indicar a Linda que la escuchaba.

—Mi padre, tu abuelo, era como un niño pequeño —continuó la mujer—. Los niños pequeños son unos tremendos cabrones si nadie les enseña modales.

Jon sonrió. Podían decirse muchas cosas de su madre, pero no que tuviese pelos en la lengua.

—Era un empresario con éxito que siempre soñó con ser presidente del Cádiz Club de Fútbol y llevarlo a lo más alto de primera división. Ese era el juguete que quería, pero necesitaba más dinero para conseguirlo. Así que me vendió a otro niño que me quería a mí como juguete: me vendió a tu padre.

—Eso es imposible —se apresuró a responder Jon.

—No me cabe duda de que tu padre ha cambiado con los años, pero antes era un cabrón más tremendo que el mío, te lo puedo asegurar. Lo quería todo y lo quería ya.

—No se compra a la gente en este país —insistió Jon.

Luego recordó que él mismo tenía el corazón de alguien a quien habían matado para conseguirlo y, de nuevo, se vio obligado a guardar silencio y a arrepentirse de su impulsividad.

Linda lo estudió durante unos segundos, para dilucidar hasta qué punto era un ingenuo o simplemente alguien que se aferra a una idea. Después sonrió con tristeza.

—El único país que existe es el poder, vida mía. Pero no, no es tan sencillo como comprar a alguien, tienes razón. Te invitan a una fiesta. Te presionan. Te hablan de oportunidades. Te amenazan con echarte de casa para que te busques la vida, porque ya eres mayor de edad. Te convencen de que el roce hace el cariño. Amenazan a cualquier chaval que se te acerque. Te dejan sola. Te hablan del futuro de la familia. Te lloran. Te gritan. Te convencen de que es tu papel en este mundo. Y te casan.

Jon simplemente respondió:

—Pero el abuelo nunca llegó a presidente de un equipo de fútbol.

—El dinero no te da el poder si no lo sabes usar. O quizá el arrepentimiento lo convirtió en el tipo endeble y estúpido que fue hasta el fin de sus días.

El chico se tapó las manos con la cara. Resopló. Estudió la habitación, el lujo que había en ella.

—No lo sé, mamá. Si lo que me cuentas es cierto, está muy mal, pero pudiste decir que no. ¿Te ibas a ver en la calle? Como tanta gente. Tengo dos amigas que han vivido en una casa en ruinas para intentar reformarla, para ganarse la vida. Que trabajaron en una plataforma petrolífera para juntar el dinero suficiente. Tú... no te pusieron una pistola en la cabeza, ¿verdad?

—No —admitió Linda—. Superé mi rebeldía e intenté que el matrimonio con tu padre saliera bien. Al fin y al cabo, me gusta la buena vida, no lo voy a negar. Y tu padre no era un hombre feo, desde luego. Aunque tú eres más guapo de lo que él fue nunca.

—Entiendo que estés resentida, pero...

—Déjame que termine.

Jon se daba cuenta de que su madre no contaba aquello con vergüenza ni temor. Se veía a sí misma imbuida de razones, así que la dejó continuar.

—Le pedí tiempo a tu padre. Para cogerle confianza. Yo había sido guardada como una flor, no sé si me entiendes.

Jon sintió una oleada de mareo y repugnancia.

—Te entiendo.

Le era más fácil concebir un mundo lleno de violencia que uno en que se traficaba con personas y la virginidad era un valor añadido. Odiaba que aquello le hubiese pasado a su madre y comenzaba a entender que sus sentimientos humanos se hubiesen secado como un jardín en una ciudad bombardeada.

—Le pedí tiempo, pero al final reuní valor y le dije que no le amaba —siguió Linda—. Le dije que quería el divorcio. Me di cuenta demasiado tarde de que había bebido. Yo era bastante ingenua y ni siquiera sabía tratar con borrachos. Al final cogió lo que era suyo. Después de varios meses de espera tuvo su luna de miel a la fuerza y esa noche te engendramos.

—Dios mío...

—No soy una buena madre. Puedes leer en cualquier libro de psicología lo difíciles que son mis sentimientos hacia ti, Jon. No estoy justificando que te abandonara, pero tampoco me nace pedirte perdón. No sería sincera. Escapé en cuanto pude, aunque también sabía que tu padre velaba por ti.

Jon temblaba. Sin embargo, no era capaz de llorar. De repente, su condición sobrenatural no parecía tener importancia alguna. Si era un monstruo de feria, lo era desde el nacimiento.

—Por eso te he dicho que tu padre merecía estar en la cárcel, aunque nunca violase a esa niña. Linda se levantó de nuevo de la cama y se arrodilló con suma elegancia delante de Jon.

—Estoy inmovilizada —dijo—. Desde que Mario planeó esto conmigo, desde que te dejé con esos abogados, noté como si un frío me creciera dentro y no me dejara respirar. Solo puedo

calentarme con alcohol y solo puedo dormir con alcohol. Soy un caso perdido. No intentes quererme como madre, de verdad. Soy un juguete roto. Mientras estaba obligada, intenté ser buena contigo, fría pero buena. Eso no es una madre, Jon. Es mejor que no tengas nada a que tengas una mentira.

Jon alzó la vista del suelo. En un minuto parecía haber envejecido diez años. Tenía los ojos rojos como el trabajador de una mina de azufre y su mirada era la de una muñeca antigua, muerta, vacía.

—¿Por qué no me contaste la verdad?

Linda le cogió las manos.

—Tu padre lo hizo —respondió—. Te dijo que era culpable, ¿no?

—Lo hizo para protegerme.

—Y luego decidió mentirte. —Linda se incorporó y se dirigió a la ventana del dormitorio—. La gente cambia con el tiempo. Se ablanda...

Oyó que la puerta se cerraba. A pesar de encontrarse sola en la habitación, siguió hablando.

—Al final, todo es decadencia.



Jon Aldana atravesó el pasillo, y el aire que lo llenaba, como un torpedo cruza el mar en dirección a su objetivo.

«No me van a joder otra vez, no me van a joder otra vez», se repetía.

Cuando apareció en el despacho de Tancredo, el guardaespaldas con la pistola estaba en medio. Jon, lleno de ira y arrogancia, encaró al magnate, su sonrisa sabionda y sus ojos de triunfador. Se supo por un instante más que dispuesto a morir allí si al menos conseguía borrarle la sonrisa de la cara de un puñetazo. O de un mordisco. Pero eso sería dejarles a todos ellos, Tancredo, su padre y su madre, volver a arrastrarlo a la sangre y a la suciedad de la calle.

«No me jodas, no me obligues a arrancarte la cabeza».

Entonces Tancredo mostró el puño cerrado, lo abrió y dejó caer sobre la mesa un montón de pequeños objetos negros. Eran micrófonos.



20

De nuevo de noche, en el gimnasio, Lucrecia y Diana permanecían en silencio, como personas que pasan su primera jornada en la cárcel. No tenían ni idea de si Jon había hablado con su madre. No tenían ni idea de si había hablado con Tancredo. En cierto momento, más o menos cuando ellas calculaban que Jon ya habría llegado al edificio del magnate, comenzaron a oír el crujido inconfundible de alguien manipulando los micrófonos. Poco a poco se quedaron sordas a todo lo que sucedía allí dentro hasta que, finalmente, escucharon una voz. «Hola, ratita. Adiós, ratita».

Y aquel micrófono también se apagó.

El tiempo pasaba sin que ellas pudieran hacer nada para ayudar. Aunque fuera inútil, no dejaban de llamar al teléfono de Jon. Especularon con la idea que el aparato estaba afectado por un inhibidor de señales del edificio, o sencillamente se lo habían quitado al entrar. Los minutos se sucedían de modo lento y angustioso, tanto que Lucrecia pensó que iba a volverse loca si no abría el pico.

—Parecía borracha de verdad —dijo.

—¿La madre de Jon?

—Sí. Y la hija de puta nos ha tendido una trampa.

Diana negó.

—A lo mejor es el cabrón de Tancredo el que la ha utilizado como a un monigote. O solo se ha aprovechado de la situación. Fue idea de Jon que pusiéramos micros, no de Tancredo. No se llega a acumular tanto poder sin saber adaptarse a lo que te viene.

—¿Eso lo has aprendido leyendo el *Cosmopolitan*?

Diana sonrió, pero solo sutilmente y durante poco tiempo. Ambas estaban muy nerviosas, deseando hablar por teléfono con Jon para ponerle al corriente de que los habían pillado. Lucrecia le mandó un *wasap*, pero no aparecía la señal que indicaba que el mensaje hubiese llegado a su destino, mucho menos que hubiese sido leído.

—Son inhibidores de señal, seguro —dijo por tercera o cuarta vez aquella noche—. Hemos metido a nuestro niño en una trampa.

—Tú también has estado en esa trampa, por si no lo recuerdas.

Lucrecia hizo un mohín para quitarle importancia. Dejaron pasar más minutos, angustiadas. No había tema de conversación que pareciera procedente. Jon podía estar de vuelta en el aeropuerto o podía estar muerto, solo que lo segundo parecía más probable que lo primero.



21

—Tu amiguita rubia es muy habilidosa —dijo Mario Tancredo, pasando la manos sobre los micrófonos—. Pero yo tengo un sistema de seguridad que ni ella ni ningún espía puede evitar. Más antiguo que estas cosas, pero mucho más eficiente.

Jon se mantuvo con los dientes apretados, su voluntad en un delicado equilibrio.

«Por favor, parad ya. Solo quiero irme. Solo quiero estar en paz, locos de mierda».

—Tu amiga es habilidosa, sí, pero sigue siendo una persona —continuó Mario Tancredo—. Las personas tienen la odiosa costumbre de dejar restos orgánicos a su paso, sobre todo si tienen que arrastrarse por un sitio estrecho como el sistema de aire acondicionado de un edificio.

Estaba refiriéndose a Lucrecia. Jon se obligó a quedarse y escuchar en lugar de atravesar los pasillos para escapar. Los pasillos o la ventana.

Durante todo ese tiempo, Tancredo había estado al tanto de que lo escuchaban. Seguramente también se habría enterado de que Lucrecia había conocido a Linda y que se lo habría contado a Jon, y no era difícil suponer que el hijo terminaría yendo al encuentro de la madre. Si Jon estaba allí esa noche, era porque Mario Tancredo así lo quería.

—Pelos, restos epidérmicos... —enumeró el magnate—. Son cosas que puedes dejar en cualquier sitio. Por ejemplo, en la escena de un crimen. Como decidimos colgarte a ti los muertos del grupo Quimera, no hemos podido emplearlos para señalar también a tu amiga. ¡Pero ya encontraremos otros! La gente muere todos los días de modos horribles. Y si no muere, se la mata.

La furia de Jon se fue transformando en una honda impotencia. Aquel bastardo había jugado con ellos y ahora podía incriminar a su amiga con cualquier cosa que se le ocurriese. Si se lo estaba contando, sin embargo, era porque no tenía planeado hacerlo por el momento.

«Acaba de una vez, bastardo. Termina de hundirme. Ya estoy muy cerca del suelo».

—¿Qué quieres? —le exigió.

—Hace unos días me interesaba acabar contigo, pero sobreviviste al motín, conseguiste que un médico mintiera para salir bajo fianza... Has demostrado poseer algunos recursos, y eso puede serme útil.

—¿Quieres que deje de intentar sacar a mi padre de la cárcel? Hecho.

Tancredo miró con las cejas enarcadas a uno de sus hombres. Unió las manos bajo la barbilla.

—¿Verdad que es tierno que el chico piense que soy tan estúpido? —No esperó respuesta alguna de su matón, sino que se volvió hacia Jon con la sonrisa transformada en la mueca de una hiena a punto de comer—. Tu madre ya te habrá quitado las ganas de salvar a tu padre, ¿verdad? No, eso ya lo he ganado solo con dejarte entrar aquí. Quiero otra cosa a cambio de que tu amiguita siga en libertad.

La sensación de opresión, de fatalismo, era cada vez más intensa. Con un hilo de voz, Jon preguntó:

—¿Qué quieres?

—Acércate para que te lo susurre. Las paredes tienen oídos, ¿verdad?

Jon temía no poder controlarse si tenía a Tancredo demasiado cerca. Aun así, avanzó y se inclinó sobre la gran mesa del despacho. El magnate, sin dejar de sonreír, se acercó a él y comenzó a hablarle en voz muy baja.



No hubo nadie en las escaleras para detenerle, pero en la puerta de entrada continuaban apostados los dos tipos con chaqueta. Uno de ellos parecía contrariado por lo que le decían a través del comunicador, pero en cualquier caso ambos se quitaron de su camino. Jon abrió la puerta de un empujón e hizo que las bisagras crujieran.

Avanzó a grandes zancadas hacia la estación de metro, con las mandíbulas y los puños apretados. Saltó el torniquete; tampoco hubo quien le detuviera. El trayecto en el vagón quedó absorbido por el rugido interior de su cabeza. Los viajeros le evitaban.

Unos pandilleros con cadenas de oro al cuello y consignas agresivas en las camisetas, también lo esquivaron.

Jon cerró los ojos y se los apretó con los puños.

«Por favor, que nadie se cruce esta noche en mi camino».

Lo que le había pedido Mario Tancredo a cambio de dejar en paz a Lucrecia era demasiado. El niño furioso que una vez quemó las calles de Cádiz le decía que aquello era demasiado. El corazón iracundo que le golpeaba el pecho clamaba que aquello era demasiado. Nadie podía esperar de él más responsabilidad, más sensatez, era injusto, era atroz. Era, sencillamente, demasiado. Todas sus voces le decían que perdiera el control y la única voz que le podría ayudar a ser el hombre que se había prometido ser, la voz de Iván, no estaba.

Salió del vagón y se dirigió casi corriendo hacia la sala de embarque del aeropuerto. Su vida entera corría en sus venas, gritaba en su cerebro y volvía a sus pulmones. Mostró un billete arrugado al personal del aeropuerto; nadie le puso pegas.

Un perro policía gimió lastimeramente y se escondió entre las piernas de un agente.

Jon se plantó frente al panel de vuelos.

Notó una presencia a su espalda. Cuando se giró, los dos policías parecieron encogerse. El más bajo y mayor de ellos se aclaró la garganta.

—¿Se encuentra bien, señor?

Jon dio un paso adelante, acercó el rostro al del policía, y respondió:

—No.

El segundo agente se llevó la mano a la defensa. Jon podía oír su propio corazón y el de aquellos dos hombres; era una maldita competición de tambores, vudú de sangre en mitad de un aeropuerto.

—¿Me deja su documentación, por favor?

Jon se llevó una mano atrás; ni él mismo sabía lo que iba a hacer con ella. De la garganta le salió un gruñido bajo. Entonces lo invadió una luz blanca y redonda, artificial, la de una sala de operaciones.

Notó que la cabeza se le iba y se sintió agradecido por ello.



Una hora más tarde, sentado en el avión, Jon respondió a las últimas preguntas de los policías, que parecían sinceramente preocupados por su estado de salud. Habían insistido en acompañarle hasta su asiento y no le dejarían solo hasta poco antes de despegar. Eran buenos hombres, hombres valientes. Quizá no todos estaban comprados por Tancredo.

Luego los policías se despidieron y la azafata dio las indicaciones. El avión cogió velocidad y se elevó. La sensación de ingravidez en el estómago fue placentera para Jon. Le pareció que se encontraba en lo alto de una montaña rusa. Aquel cosquilleo le hizo reír y, antes de que pudiera darse cuenta, la risa se había transformado en llanto.

Volvió la cara hacia la ventanilla y así se quedó, para que nadie lo viese llorar, o quizá para no ver cómo los demás se daban cuenta de que lloraba. Entonces se percató de que ni siquiera había pensado en llamar a su padre. Debería escucharle decir que aquello era falso, aunque le mintiera. ¿Por qué no lo había hecho antes de embarcar?

«Porque has tenido que concentrarte en mantener el control y no reventar a cualquiera que se interpusiera en tu camino», pensó.

Se consoló pensando que, después de hablar con Tancredo, en ese estado en el que se encontraba, ni habría acertado con las teclas del teléfono. Lo sacó del bolsillo. Estaba destrozado. ¿Lo había roto al perder la consciencia? ¿Lo había estrujado con sus propias manos en un arrebatado de ira? Se obligó a respirar con tranquilidad, porque estaba volviendo a perder el control.

¿Qué confianza podía tener en seguir ningún tipo de plan si ni siquiera era capaz de mantener intacto un teléfono? Y lo peor de todo, ¿cómo se le había ocurrido meterse en un avión con toda aquella gente? ¿Qué sucedería si perdía el dominio de sí mismo? Había estado a punto de enfrentarse a dos policías. Cuando se enfadaba, sucedían cosas. Estaba alejándose de la disciplina. En cualquier momento podía volver a los viejos hábitos, los que habían estado a punto de destrozarle, solo que no sería él quien acabase destrozado.

¿Qué pensaría Iván sobre eso? ¿Qué le diría acerca de un hombre que no podía evitar ser un lobo hambriento?

Miró a su alrededor. Gente inocente por doquier, incluso niños. Una azafata se había fijado en él y Jon le hizo un gesto para que se acercara.

—Dígame.

—¿Tienen calmantes? ¿Algo para la ansiedad?

La azafata negó sin perder la sonrisa.

—Nada que necesite receta. ¿Miedo a volar?

Jon se vio incapaz de responder. ¿Era eso lo que parecía desde fuera?

—A algunas personas les ayuda una copa —propuso la mujer—. ¿Quiere que le traiga algo?

Y aquel fue el revés definitivo. Recordó el trago que se había tomado al despedirse de su padre. Recordó todos los tragos que había tomado con algo menos de quince años, cómo le anesthesiaban, cómo le alejaban del dolor y de la rabia.

Cómo, en aquella época, pensó que se los merecía.

Cómo, en ese momento, pensaba que se los merecía.

—Sí, por favor —respondió Jon—. *Whisky*. Solo. Doble.



Lucrecia volvió a consultar el estado del *wasap* que le había enviado a Jon.

—Lo ha recibido —dijo, pero solo con un alivio relativo, porque ambas sabían que el móvil podía estar en manos de cualquiera. Luego añadió—: No lo ha leído todavía.

Activó la aplicación que le permitía conocer la ubicación del teléfono de Jon. Apareció un callejero de Madrid con un punto asociado al número de teléfono que quería controlar.

—¿Lo estás espiando a él? —se maravilló Diana.

—No te quepa duda.

El teléfono se movía, se alejaba del edificio del magnate. Ambas suspiraron con alivio y a Lucrecia le entró su característica risa nerviosa. Seguramente, en breve, Jon les llamaría para contarles lo que había sucedido. Quizá no en cinco minutos. Debía estar asimilando lo que hubiese hablado con su madre. Quizá no en diez, ni en veinte.

Pasó el tiempo y la señal dejó de moverse en Barajas.

Quizá al chico le llevase una hora asimilarlo o se había olvidado momentáneamente de que ellas esperaban su llamada.

La señal desapareció y el aeropuerto quedó como el último destino localizado. Comieron algo, fueron al servicio, escucharon música, echaron unos pulsos chinos, todo sin perder de vista el móvil. Lorca las interrumpió un par de veces para preguntar si necesitaban algo. Se dio una ducha rápida, incluso a pesar de ser conscientes de que estaba allí para protegerlas de Ariel Bálder, pero aquel mastodonte había comenzado a formar parte del decorado, no como un compañero de piso, sino más bien como la luz del frigorífico o el sonido de un reloj. En momentos como ese era fácil olvidarse de que un inspector de policía les había recomendado que no se fiaran de él.

Y Jon no las llamaba, aunque quizá necesitase hora y media. Quizá dos horas o tres.

Cansadas y preocupadas a partes iguales, probaron de nuevo a llamarlo, pero el teléfono dio la señal de apagado o fuera de cobertura.

—Estará volando—dijo Diana.

Lucrecia consultó el reloj.

—Si no ha perdido el avión, ya debería estar en Jerez. Si lo ha perdido, no hay motivo para que no tenga cobertura, porque no puede coger otro hasta mañana por la mañana. Así que...

Diana se llevó la punta de los dedos a las sienes y apretó, nerviosa.

—A lo mejor no tiene batería.

—A lo mejor.

Lucrecia aprovechó el momento de inactividad para visualizar lo que grababan las cámaras colocadas fuera del gimnasio. Cuatro rectángulos de pobre iluminación, cada uno de ellos con la

opción de registrar el sonido.

—¡Qué buen equipo de comunicaciones tenemos, joder! —exclamó Diana, para levantar el ánimo—. Buena mierda.

Consiguió que su amiga sonriera con complicidad.

—Desde los tornillos hasta los microchips, todo de la mejor calidad.

—Menos mal que está pagado.

—Somos unas niñas muy ordenadas. —Dicho lo cual señaló uno de los rectángulos y exclamó —: ¡No te lo pierdas!

Lorca estaba fuera, paseando a *Feuer* mientras hacía una ronda alrededor del edificio. El enorme perro se había parado junto a un naranjo que había en la acera. Tenía los cuartos traseros muy cerca de la tierra que sustentaba las raíces del árbol.

—¡No te pierdas cómo mira la bolsa!

Efectivamente, Lorca llevaba una bolsa de basura en la mano. Contemplaba al perro y a la bolsa. Aunque la iluminación no fuese buena, por su gesto se entendía claramente que ni había hecho aquello nunca ni tenía ganas de hacerlo. Cuando *Feuer* acabó y se alejó del árbol, Lucrecia activó el sonido de aquella cámara.

—Hijo de la gran puta —decía en aquel momento Lorca—. Ha cagado a otro perro.

Lucrecia se rio de modo tan sonoro que *Feuer*, en la calle, levantó las orejas. Diana se tuvo que apoyar en su amiga, sacudida por carcajadas que le impedían respirar bien, pero ninguna de las dos perdía detalle de lo que sucedía en la pantalla.

Lorca dio una vuelta alrededor del árbol, examinando a su inerte y cálido adversario.

—¡Pobrecito, le da vergüenza! —exclamó Diana.

Por fin, el hombre se puso en cuclillas y acercó la bolsa a la tierra, a lo que había sobre la tierra. Lo envolvió con rapidez, se dirigió a una papelería y lo tiró dentro.

—¡Noooooo, ahí no! —gritó Lucrecia entre risas.

Lorca miró a todas partes y luego se dirigió hacia la puerta del gimnasio, para desaparecer del ángulo de cámara.

—Te voy a poner a dieta, cabrón —se le oyó decir.

Feuer bostezó con indolencia y siguió al hombre. Unos instantes más tarde se abrió la puerta del gimnasio. Diana y Lucrecia hacían lo posible para contener la risa. Era importante que Lorca no supiera que habían puesto cámaras en el exterior, porque en parte estaban ahí para controlarlo a él. Por si acaso.

—¿Nos lo pasamos bien? —gruñó el hombre.

—Es un chiste sobre sexo —respondió Lucrecia—. No lo entenderías.

Lorca asintió caballerosamente, aunque sus ojos se dirigieron hacia Diana de modo inquieto y fugaz. Luego se acercó al frigorífico y sacó una botella de leche. *Feuer*, mientras tanto, se acomodó en el suelo, cerca de los sofás, y se tumbó para dormir.

—La leche es como gasolina para ti, ¿no? —se interesó Diana—. Te bebes unos dos litros al día.

—Algo más —respondió Lorca—. Sobre todo si no puedo comerme un par de kilos de pollo o pescado. Pero es que este frigorífico es... —Abrió las manos, como si estuviese contemplando un desastre.

—Si tuviéramos horno compraríamos más cosas —protestó Lucrecia.

Lorca sonrió.

—Se nota que sois de ciudad. Se puede cocinar con muchas cosas. Se puede cocinar con sal, con aire, fermentos... En algunas tribus se mastica la comida, se devuelve a un recipiente y se deja macerar con las bacterias de la boca para hacer unas tortas... o algo así. Yo nunca lo probé.

—Has viajado mucho —aventuró Diana.

—Me he parado poco —aclaró Lorca.

Luego dio un trago a la botella de leche y se sentó junto a ellas. Lucrecia, en ese momento, trataba de llamar por teléfono. Hizo una señal a Diana para que le indicara la hora.

—Casi la una de la madrugada —dijo esta.

—Tendría que haber llegado hace mucho rato.

El teléfono daba señal de apagado o fuera de cobertura.

—Igual no tiene batería —repitió Diana.

—O igual comete alguna locura antes de saber lo que le tenemos que decir. ¿Y si ni siquiera ha vuelto? ¿Y si está en Madrid planeando algo? Que este, cuando se rebota, le tienes que echar de comer aparte.

Lorca levantó las manos para pedirles un poco de atención.

—Sé que estáis nerviosas y sé que tramáis algo. Conozco vuestras costumbres y hace rato que las dos deberíais estar durmiendo. No me quiero meter donde no me llaman, pero si me lo contáis, a lo mejor puedo ayudar.

—Jon viajó a Madrid para tratar directamente con Tancredo —explicó Diana.

Lorca omitió el hecho de que, gracias a su oído privilegiado, había estado escuchándolas.

—¿Para qué? Tancredo es un tiburón. No va a negociar.

—Es que la madre de Jon vive con ese cabrón y Jon se acaba de enterar. Ella lo abandonó cuando su padre entró en la cárcel y, bueno... —Miró a Lucrecia, buscando ayuda, pero esta solo se encogió de hombros—. ¡No sé, su madre está liada con el tío que arruinó la vida de su padre! ¡Se fue para allá!, ¿qué quieres que te diga?

Lorca meditó un instante.

—Ya volverá, si vuelve —concluyó.

—Estamos preocupadas —insistió Diana—. Ha tenido que ser un choque muy fuerte. Ha ido a hablar con Linda. Y ahora no nos coge el teléfono. No es normal en él.

Estuvo a punto de revelar la colocación de los micrófonos, pero aún albergaba dudas sobre Lorca y sus intenciones, así que apretó los labios. Lucrecia, afortunadamente, también supo mantener el pico cerrado.

—Tened paciencia —las animó Lorca—. Ahora mismo, es lo único que...

—Tú puedes buscarle —le cortó Diana—. Así nosotras no tenemos que salir, que es lo que te pone nervioso.

—Me pone nervioso dejaros solas.

—Te pone nervioso que venga el pelirrojo y tú no estés —sentenció Lucrecia—. Porque para ti solo somos cebos, ¿verdad?

Lorca iba a dirigir una mirada cargada de furia a Lucrecia, pero decidió mirar al suelo. Ellas no podían saber lo que había arriesgado por estar allí, hasta qué punto se había expuesto ante los suyos.

—Todo es mucho más complejo de lo que pensáis.

—Lo que tú quieras, macarra andante —dijo Lucrecia—, pero al final estamos aguantando a un gorrón aquí y no lo podemos ni echar del sofá.

Entonces Lorca alzó la mirada. Soltó el aire pesadamente por la nariz. Dejó la botella de leche en el suelo. *Feuer* levantó las orejas.

Lorca se puso de pie y metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón. Incluso Lucrecia, que generalmente se mostraba altiva y atrevida frente a aquel hombre, comenzó a notar que un temor inmediato a sufrir daño físico se instalaba en su cuerpo.

Él se inclinó sobre la mesa y puso un fajo de billetes; a ojos de Lucrecia, allí podía haber fácilmente mil euros.

—¿Un gorrón, dices?

El perro se incorporó, atento a lo que sucedía. Diana y Lucrecia se juntaron y se cogieron de la mano.

—¿Echarme del sofá, dices?

Entonces lanzó un puñetazo a la mesa, justo sobre el dinero. La destrozó, la hundió contra el suelo y los restos salieron volando. Alzó la mano y se sacudió los billetes y las astillas.

Feuer comenzó a gruñir. Se acercó con la testa baja y el lomo erizado, pero Lorca no le dirigió ni la más leve mirada.

—Yo he dormido bajo la tormenta —dijo Lorca, que hacía caso omiso del perro. Sus palabras salían lentas y densas, cargadas de orgullo herido, de paciencia invocada demasiadas veces—. Yo he salvado decenas de pueblos de los menores y he enterrado monstruos con mis manos. Yo no tengo que daros explicaciones de nada.

Se fijó en que Diana estaba realmente asustada. Un fogonazo de arrepentimiento le hizo mirar a su alrededor, luego al perro. Los ojos de *Feuer* comenzaban a brillar como si los hubiesen iluminado con ascuas ardientes.

Abrió la boca para ofrecer una disculpa, pero finalmente se giró y se dirigió a la puerta.

Al abrirla, dijo:

—No notaréis que estoy por aquí.

Y cerró.

El perro permaneció tenso durante aproximadamente medio minuto. Luego lanzó algo que no era ni bostezo ni lamento, pero que se parecía a ambos, y volvió a recostarse en el suelo. Entonces y solo entonces, las dos amigas se soltaron de la mano. Lucrecia corrió hacia el ordenador y se conectó a las cámaras.

—Esta vez la he cagado —dijo.

—Tú siempre te comportas igual. El que estaba raro era él.

—Míralo, ahí está, como una farola.

Lorca, efectivamente, permanecía de pie a unos veinte metros de la puerta del gimnasio. Se encontraba lejos de la luz de la farola más cercana, por lo que casi lo único que podía distinguirse de él era el contorno de su llamativa chaqueta.

—¿Qué dijo, que había salvado pueblos de menores? —preguntó Lucrecia, el corazón todavía acelerado.

—¡Yo qué sé! Creo que sí. ¿Llamamos a Lorenzo?

—¿Al inspector? —Lucrecia frunció el ceño—. Todavía no estoy segura.

—Ya —convino Diana. Resopló, intentando librarse de parte de la tensión—. Por poco me meo encima.

Luego sacó el móvil y volvió a llamar a Jon. A los dos segundos recibió la señal de apagado o fuera de cobertura.

—Dónde te has metido, joder... —murmuró—. O quién te ha encontrado...



Cuando salió del avión, a las once y media de la noche, Jon se había bebido un par de copas. Debido a la falta de costumbre, el alcohol consiguió atemperarle los nervios y lo sumió en una nube anestesiada de recuerdos livianos. Luego, el frío nocturno de Madrid lo devolvió a la realidad, a su móvil roto, a la imposibilidad de hacerse a la idea, por segunda vez en su vida, de que su padre era quizá un violador, al conocimiento de que su madre no podía soportar la idea de que él fuese su hijo, a que Tancredo ganase batalla tras batalla. Un hombre que, tan solo por disponer de la vida de los demás a su antojo, ya merecía una atención especial por parte del espíritu justiciero y arrojado de Jon. Pero lo tenía cogido por los huevos.

Y eso era demasiado.

En el mundo había cosas mucho peores que licántropos, cosas que tenían documento nacional de identidad, eludían impuestos y medraban a través de la sangre y el dolor. Montaban clínicas privadas. Conducían motos americanas. Sobornaban a policías. Gente que hacía que un montón de pandilleros a sueldo parecieran personas honradas.

Demasiado despejado para su gusto y notando que la ira y la autocompasión volvían a adueñarse de su estado de ánimo, Jon mascullaba maldiciones a medida que el taxi lo acercaba a Cádiz. Nada más llegar a la ciudad, sobre la una y cuarto, entró en el primer bar que vio abierto.

«Solo esta noche», se dijo. «Puedo emborracharme hoy y levantarme mañana. No pasa nada. Me lo merezco».

Olía a jamón y a queso, algo de serrín se esparcía por el suelo, cuatro tipos acodados a la barra estaban concentrados en el televisor y un camarero con un mandil manchado de grasa parecía dispuesto a irse a la cama.

—Buenas noches —saludó Jon—. ¿Van a cerrar?

El camarero se encogió de hombros y limpió un trozo de barra.

—No está la cosa para cerrar cuando hay clientes.

En las expectativas empresariales de aquel tipo, aquello era tener clientes. Jon puso un billete de cincuenta euros sobre la barra y dijo:

—Un *whisky* doble.

—¿Eso de doble qué es para ti? —preguntó el camarero. Le mostró un vaso bajo—. ¿Hasta arriba?

—Sí, por favor.

Mientras el hombre le servía la bebida, uno de los clientes murmuró:

—*Whisky* doble. Estos niños nada más que ven películas americanas.

Jon decidió ignorar el comentario, incluso la risa de los otros hombres, y dio un sorbo al vaso.

Aquel brebaje quemaba y se le subía por la nariz como si tuviese dedos de acero. Se giró hacia la televisión y se dio cuenta de que estaba apagada.

«¿Qué cojones mirarán estos?», se preguntó.

Acabó el vaso y lo puso sobre la barra.

—Otro, por favor.

El aparato de televisión parpadeó y volvió a emitir una señal clara. Jon dedujo que el camarero lo había apagado cuando él entró, por si era de la policía o algo así.

—Los vecinos dan mucho por culo con la hora de cierre —fue la única explicación que recibió.

El programa elegido era la teletienda. Una mujer con ropa de deporte tan ceñida como se esperaría de un personaje de cómic alababa las delicias de una cinta de correr.

Jon se terminó el vaso y lo puso sobre la barra. El licor era demasiado fuerte para él.

—Una cerveza, por favor.

—Ya decía yo... —murmuró el tipo de antes.

El chico se fijó un poco mejor en él. Tenía unas gafas posiblemente tan gruesas como la ventanilla de un submarino y toda su corpulencia se le iba a la panza y a unas manos gruesas de obrero. Los otros hombres no hablaban, pero hacían piña con él. Se les notaba en el gesto desenfadado que estaban deseando ver algo más interesante de lo que salía en la tele y, para según qué hombres, lo único más interesante que unas buenas tetas era un poco de violencia.

Jon meditó que no había ido allí a pelear, sino precisamente a emborracharse para darle algo de paz a su espíritu, así que llamó al camarero.

—Invito a una ronda a estos señores.

Los hombres sonrieron y le saludaron con la mano, menos el de las gafas de culo de botella, que parecía contar con ello. Sacó del bolsillo de su chaqueta de cuero un plástico doblado con un polvo blanco. Extendió algo de polvo sobre la barra.

—Tú invitas a una copa y yo invito a una raya.

—Fabián, hombre... —se quejó el camarero.

—Ni Fabián ni hostias —replicó este—. Si quieres cerrar, cierra. Pero los dos gramos nos los vamos a meter. —Miró a Jon—. Y tú, por chulo, vas el primero.

Jon lo ignoró de mala gana, pero su cuerpo comenzaba a hablar solo y sus músculos estaban tensos de un modo agradable. Se acabó la cerveza y pidió otra.

El tal Fabián comenzó a trabajar sobre la cocaína con una tarjeta de crédito. El camarero no le hizo mayor caso, ni los otros dos hombres. Jon se volvió hacia la televisión, donde el anuncio de maquinaria deportiva había dejado paso a uno sobre partidas de póquer *online*.

Las luces rojas y los fondos negros del anuncio comenzaron a hipnotizarle. Bebió la cerveza a tragos cortos. El alcohol se había adueñado del tacto de sus manos, del peso de sus piernas y se paseaba con decisión por su cerebro. No estaba olvidándose de nada. De hecho, sin que hubiera posibilidad de controlarlo, algunas frases de Linda acudían a su mente. También el último abrazo que su padre le había dado.

Y el encargo de Mario Tancredo.

Aquel delicado momento fue roto por la voz de Fabián.

—Bueno, no te has metido la primera. Vale. Pero por mis muertos que te metes la segunda. Por chulo.

—Tú no quieres que yo esnife cocaína —dijo Jon sin darse siquiera la vuelta.

Supo que era la última oportunidad que le daba al tipo y hasta comenzó a desear que fuese lo bastante idiota para no aprovecharla. Supo, porque la voz que nacía en él cuando bebía así lo aseguraba, que Jon pertenecía realmente a aquel sitio, después de haber embaucado a dos buenas amigas y meterlas en un problema de esas dimensiones, después de haber aceptado el trato con el

mismo diablo, repudiado por su madre, fruto de una violación.

Agarró la cerveza con más fuerza.

Habría dado un brazo por que Iván entrase en ese momento en el bar para rescatarlo de sí mismo.

—Que vengas para acá, niño, que eres muy chulo con tu *whisky* doble y tus pamplinas.

—Déjalo ya, Fabián —dijo uno de los hombres—. No te ha hecho nada.

—Ni yo le voy a hacer nada. Ven para acá, niño.

Jon puso la cerveza sobre la barra. El hombre le miraba. Le ofrecía un rollo hecho con un billete. Su sonrisa brillaba de saliva. Su olor era repugnante. Quizá él había tenido suficiente, pero Jon no. En algún momento, se había estropeado la marcha atrás. Comenzó a bordear la barra para acercarse al hombre.

Solo el camarero se dio cuenta de que sus intenciones no eran buenas.

—Chaval... —suplicó.

Jon lo ignoró.

Entonces algo cambió en el aire. Se había distraído. No había percibido lo importante. Alguien había llegado, pero no se trataba de Iván, y la visita no venía precisamente al rescate.

Cuando se giró, Nuk estaba a dos pasos de él y Rial entraba en el local con una sonrisa llena de dientes blancos y perfectos. Su presencia produjo un severo impacto en Jon, pero no por miedo. Sus perseguidores le recordaron las visiones de un desfiladero y un secuestro.

—Aquí huele a pelea —afirmó Nuk.

—No ha habido ninguna pelea —dijo el camarero.

—Es que nosotros vemos el futuro —replicó Rial.

Para Jon, Fabián ya no existía o, más bien, ya no era nada importante. En todo caso, apenas era un pobre diablo que podía quedar aplastado contra las paredes, junto a sus dos amigos, si a él le daba por levantar los puños.

Además ¿por qué habría de hacerlo? ¿Acaso tenía algo que reprocharles?

—Hiciste que nos mojáramos —dijo Rial—. No nos gusta.

—Pues yo creo que estarías muy bien mojada —apuntó Fabián desde la barra.

Rial estaba a punto de fijar su atención en el hombre, cuando Jon cogió la cerveza y salió a grandes zancadas del local. Aquellos dos no eran desde luego su maestro Iván, pero le recordaban que estaba vivo de prestado, y solo esa responsabilidad le hizo superar, de golpe, su rabia.

«No puedo desperdiciar una vida que me ha sido regalada», pensó con determinación, y, gracias a ello, se dio cuenta de que tenía que detener aquel rosario de lamentaciones. Sintió que había finalizado un ciclo comenzado en el momento en que Ariel Bálder mató a dos personas delante de él en el grupo Quimera, que lo había llevado a través de terribles descubrimientos gracias a la sabiduría de Ernst von Haider, que lo había acercado a la autodestrucción por culpa de sus nuevos instintos incontrolables, de la aborrecible historia de su familia, y que se cerraba con el sentido del deber adquirido, no por sentimientos de venganza hacia sus enemigos, sino por saberse responsable de las calamidades de sus amigas, y de que quizá solo él podía sacarlas de aquel peligroso aprieto. «Alguien ha muerto para que yo siga vivo, y al menos le debo una cosa: comportarme como un hombre».

—Vamos a otra parte —dijo con voz tan grave que no reconoció como suya.

Confiaba en que le seguirían; al fin y al cabo, lo habían hecho a través del fuego y de las balas, a través de una tumba de agua, y parecían dispuestos a seguir haciéndolo incluso aunque su camino condujese al mismo infierno.

Y quizá lo hiciera, pero no esa noche.



Anduvieron por el casco antiguo de Cádiz en silencio, Rial delante, Jon en medio y Nuk detrás. Era la una de la madrugada, la hora en que Lucrecia, Diana y Lorca discutían a cuenta de la falta de noticias de Jon.

Jon tenía tocados el sentido del equilibrio y de la orientación. No hizo ninguna pregunta al ver que Rial se metía por un callejón estrecho y saltaba para agarrarse a una ventana del primer piso. La vivienda estaba en reformas, desocupada, apuntalada por todas partes, y cubierta de carteles deslucidos y de mugre.

—¿Te ayudo? —preguntó Nuk con una sonrisa de suficiencia.

Jon había estado recientemente en la cárcel, donde uno de cada tres presos llevaba la muerte en la mirada, y los otros dos se habían acostumbrado a convivir con ella. Incluso aunque no hubiese estado borracho, habría sabido mantener el tipo frente al licántropo enorme que le cerraba la salida.

—Vale —respondió.

Sin duda aquello cogió por sorpresa a Nuk. Se miró las manos y luego a Jon, como preguntándole por dónde lo cogía. El chico le hizo el gesto de enlazar los dedos y Nuk lo imitó. Entonces le puso un pie sobre las palmas, se impulsó apoyado en la pared y se agarró a la ventana rota del primer piso.

Si no estuviese borracho, con su nueva condición física habría podido alcanzar la abertura por sus propios medios. Arriba, Rial acabó de auparlo.

«Qué verdugos más amables», pensó Jon. Soltó una risita cuando se encontró a cuatro patas en el suelo polvoriento de la casa en ruinas. Si le ofrecían una manta y un sofá, la escena habría alcanzado el grado máximo de surrealismo.

Puso una rodilla en tierra para conservar algo de dignidad. Los dos licántropos estaban ya frente a él, iluminados tan solo por las pobres farolas de la calle.

—Tengo el corazón de uno de los vuestros —dijo Jon.

Rial apretó los puños. Los tres podían escuchar que sus latidos acababan de aumentar de intensidad y de ritmo. Nuk le puso una mano sobre el hombro, como para consolarla.

Quizá estaba firmando su sentencia de muerte, pero una vez que había comenzado la confesión, Jon notó un intenso alivio y se agarró a él, porque con ese alivio no solo se liberaba de los remordimientos de conciencia, sino de todo el dolor y la indignidad que le habían aplastado desde su encuentro con Linda.

—Yo no sabía lo que iban a hacer —continuó—. No quiero morir, pero tampoco le quería costar la vida a nadie.

No solo había perdido la capacidad de verlos como un peligro, sino el propio control de sus emociones y el orgullo que a veces hace que los hombres no lloren. Por tanto, rompió a llorar. Permaneció sentado en el suelo un rato, mirando alrededor, como si unos amigos le mostrasen la casa donde iba a ser tratado de sus penurias. Ni siquiera con Diana y Lucrecia se había mostrado tan dispuesto a ceder a sus emociones. Aquello no podía deberse solo al alcohol. Había algo en aquellos dos letales y extraños seres que le hacía sentirse... menos solo.

Continuó llorando. Lloraba como el extranjero que vuelve a casa tras una vida de exilio. Y lloraba por la muerte del joven del desfiladero.

—He hecho lo que he podido —dijo entre lágrimas—. Él no era mucho mayor que yo, ¿verdad?

Rial se puso en cuclillas frente a Jon. Se miraron a los ojos. Ella estaba seria. No enfadada ni totalmente confiada, pero al menos seria, nada que ver con el primer encuentro de locura que habían tenido la noche en que Ariel Bálder mató a Von Haider.

—Más o menos de tu edad —respondió.

—Tenía visiones —dijo Jon—. Pensaba que me estaba volviendo loco. Luego pensé que eran visiones de una vida anterior...

—¿Quién organizó esto? —le interrumpió Nuk.

Si había habido un instante de tregua entre el chico y la mujer, se rompió en ese mismo instante. La realidad cayó entre ambos como una piedra de granito. Existían culpables de una muerte injusta, por mucho que Jon no lo fuese; eso contando que tuvieran a bien creer en su palabra. Existían culpables y esos dos habían venido a encontrarlos.

—¿Quién le quitó el corazón a mi hermano? —preguntó Rial.

Jon estaba muy lejos de medir las consecuencias de sus actos y sus palabras. La voluntad de coger el toro por los cuernos que había mostrado al salir del bar comenzaba a diluirse por efecto del alcohol, que iba incrementando el efecto sobre su organismo. Necesitaba que esos dos licántropos le comprendieran. De nuevo, algo intangible le unía a ellos. Existían culpables. Tenían derecho a saber.

—Fue el doctor Abelardo Carrasco —dijo.

Luego se echó hacia un lado y tuvo una arcada, pero no consiguió vomitar. Se alejó a cuatro patas hasta apoyarse en la destartada pared. Toda la casa se movía. El alcohol en su estómago seguía filtrándose a la sangre hasta el cerebro, y la borrachera todavía no había llegado a su apogeo.

—¿Ese doctor Carrasco abrió el pecho de mi hermano, le sacó el corazón y te lo puso a ti?

—Sí.

—¿No tenéis bastante? —pronunció Rial con lentitud—. ¿No tenéis vuestras carreteras, vuestras ciudades, vuestros cotos de caza, vuestros vertidos, vuestras fábricas, vuestros zoológicos? ¿No tenéis vuestros propios corazones?

Jon apoyó los codos en las rodillas y la cabeza en las manos. Aguantó la mirada de Rial a través de las lágrimas.

—Sácamelo si así te vas a sentir en paz —le sugirió con la lengua trabada y espesa—.

Arráncame el corazón y entiérralo en nuestro pueblo.

Rial, incrédula, parpadeó. Entonces detectó un olor que subía por el estómago del chico y tuvo el tiempo justo de apartar las botas. Jon vomitó. Tosió, eructó varias veces y vomitó otra vez. De nuevo el alcohol le impedía ser el hombre que hacía falta, pero su decisión de enmendarse cuando todo dejase de dar vueltas era firme.

Si despertaba con vida.

Las luces huían de su vista. Mientras se iba quedando dormido, escuchó que Nuk preguntaba:

—¿Qué hacemos con él?

—Ha dicho que recuerda cosas. Quizá sepa quién secuestró a Rod. No creo que fuese un doctor humano, ese Carrasco.

Las siguientes palabras le sonaron lejanas, como dichas detrás de una pared.

—¿Y qué hacemos con el doctor?

—Buscarlo. Será más fácil que encontrar a un brujo.



Era bien entrada la noche y el poblado aguardaba con expectación el comienzo del juicio por combate. Las hogueras estaban dispuestas sobre altos pebeteros de piedra y hueso, algunos de esa misma manada y otros traídos por primos lejanos, como era tradición. El pebetero de la manada de Doñana era de mármol y oro, y existía el rumor de que había pertenecido miles de años atrás a un rey de los tartesios, un rey que acabó con la cabeza arrancada de los hombros.

Machos y hembras llevaban adornos o pinturas ceremoniales y se situaban sobre tocones, banquetas de piel y madera, o permanecían de pie. Formaban un círculo en cuyo centro estaba el lugar del combate. Cuando los oponentes estuviesen frente a frente, se transformarían en lobos y lucharían hasta la muerte.

Los ancianos ocupaban la primera fila, junto a los jefes de las manadas, todos sentados en el suelo, directamente sobre el polvo o sobre esterillas de cáñamo. Coro, por ser el líder de la manada en que se daba lugar la reunión, se sentaba sobre un trono bajo de osamentas de perros salvajes, cubierto por una piel de oso. En la segunda fila estaban los guerreros, de pie. En la tercera fila, hembras y niños buscaban un hueco para mirar, independientemente de su estatus. Tanto las solteras como las esposas de los más altos licántropos quedaban excluidas de la luz y del calor del rito.

Dero llegó hasta el lugar del combate. Estaba serio, lo que no era habitual en él. Solo vestido con un taparrabos, mostraba un cuerpo fibroso, cincelado, con no pocas cicatrices. La zona rapada del cuero cabelludo, sobre las orejas, estaba pintada con una pasta de un intenso color sangre, que había usado también para adornar el párpado inferior de ambos ojos.

La otra persona que ocupaba el círculo despejado para la pelea era el anciano Lócer, respetado por todas las manadas y que había sido árbitro en bastantes juicios por combate. Llevaba tan solo una falda hecha de tiras de cuero y gruesas muñequeras. A pesar de que su piel estaba seca y arrugada, no parecía más débil que Dero. Sus hombros anchos una vez habían dado forma a una espalda portentosa. Tenía una barba larga y llena de canas, y sus pobladas cejas sombreaban dos ojos claros de mirada relampagueante, llenos de vida.

En cierto momento, Lócer se volvió hacia Coro.

—¿Dónde está Cram, el retado?

Coro se encogió de hombros. Miró a Urma, que le había llevado comida a lo largo del día, pero este negó con la cabeza. Miró a uno de los jóvenes que habían montado guardia en el perímetro de la aldea. Este torció los labios y adelantó la barbilla; no tenía ni idea.

Nadie vigilaba al retador y al retado una vez aceptado el juicio por ambas partes, porque, sencillamente, si no hubiesen querido pelear, lo deberían haber dicho en su momento. Renunciar a la lucha cuando ya habían sido invitados los representantes de tantos pueblos era renunciar al honor.

Había pocos crímenes peores que ese para la manada de las montañas: renunciar a la propia camada, pactar con demonios, traicionar al líder...

—Si Cram no aparece —recordó Lócer—, el retador Dero quedará libre de sospecha.

—¡No! —Coro se levantó de su pequeño trono, los músculos tensos, el gesto iracundo—. Yo me enfrentaré a él.

Nada más hubo pronunciado aquellas palabras, supo que no había ninguna posibilidad de que sucediese. La tradición lo impedía.

—Tú no eres el testigo retado —replicó el fornido anciano—. Tú no sabes la verdad y no puedes defenderla.

—Si se ha escapado será por algo —dijo Dero con una exultante sonrisa.

Coro miró a su alrededor, señaló a cuatro guerreros uno por uno, buenos licántropos diligentes y llenos de valor.

—Buscad a Cram. Algo le puede haber pasado.

Los guerreros se alejaron del círculo de llamas. No necesitaban antorchas para rastrear a un compañero de manada y la mayoría de ellos habían crecido con el olor de Cram en las narices, ya que a no pocos jóvenes había enseñado las artes de la lucha y del acecho.

Mientras tanto, los representantes de las manadas se mantuvieron en cauto silencio. Era cierto que algo podía haber sucedido a Cram, ya que no hacía mucho algo le había sucedido al mismo hijo de Coro, y no muy lejos de las fronteras de su manada, en el mismo Desfiladero del Mediodía.

Dero, muy satisfecho de sí mismo, movía los brazos en círculos y pegaba pequeños botecitos, como para mostrar que no tenía ningún problema en seguir calentando las articulaciones antes del combate, si llegaba a producirse. No parecía tan seguro de sí mismo cuando Cram lo había traído a rastras desde las tierras del sur.

Entonces se dio cuenta de que su líder, Coro, lo estaba mirando. Dero dejó de pegar botes. Su sonrisa se fue borrando del rostro. En cierto modo, seguía respetando a aquel guerrero que se sentaba en el trono por derecho propio. Quería explicarle que nunca debió ponerle al servicio de una hembra, por mucho que fuese su hija. De hecho, estuvo a punto de tener ese arrebatado de honestidad, pero fueron otras las palabras que salieron de su boca.

—Cram es un traidor.

Y eran ciertas, solo que por motivos para él inconfesables.

Los guerreros regresaron, uno a uno, y fueron negando ante la mirada impaciente de Coro. Aquel que lo había buscado en su caseta, dijo:

—No había señal de pelea.

El que se había adentrado en el sendero, dijo:

—Se ha largado. Solo. No había más rastro ni más huellas.

—¿Otra vez magia? —preguntó el líder, exasperado.

—Ocultó el rastro con agua, piedras y hierbas.

Coro negó con un gesto lento y apesadumbrado. Cram era problemático en ocasiones, tenía ideas raras sobre los humanos y no siempre miraba bien a los ojos, pero no era un cobarde ni un mal guerrero. Solo había un motivo para que hubiese huido y era que desde un principio no hubiese dicho la verdad. Por tanto, Dero debía ser inocente.

El líder entró en el círculo y miró a Lócer, que le concedió su permiso con un asentimiento. Llegó hasta Dero y le dijo:

—Has mantenido tu palabra y Cram ha faltado al honor. Celebraremos los lamentos por el honor perdido de Cram y te pido que los comiences, para que la manada pueda estar unida.

El joven licántropo miró al suelo. Había algo que ocultaba, algo que parecía querer decir, pero Coro sabía que, después de lo sucedido con Cram, en ningún caso podría sacarle la verdad delante

del resto del pueblo. «¿Qué está pasando, cabrón esmirriado?», pensó.

Finalmente Dero alzó a vista y dijo:

—Comenzaré el lamento.

Las banquetas, en silencio, comenzaron a ser sustituidas por tambores sólidos cubiertos de tripa. Algunas mujeres abrieron macutos para sacar unas cajas de hueso con pinturas. Solo los niños se iban retirando hacia sus tiendas, seguidos de quienes no se encontraran en condiciones de acabar el ritual una vez comenzado, como el viejo Turr, cuyos gastados huesos ya no soportaban el rocío de la noche, o la mujer de Corce, de la manada de Doñana, en un estado muy avanzado de embarazo.

Lócer parecía ser el único que seguía atento a Coro y a Dero, enfrentados en mitad de todo aquel ritual pesimista y, por el momento, silencioso. Solo en una ocasión había asistido Lócer a un lamento por el honor perdido, cuando era niño, y fue porque el retador quedó sepultado debido a un alud de rocas una hora antes del combate. En cualquier caso no había acudido a cumplir sus obligaciones. En aquella ocasión el lamento de la manada había sido corto, de no más de una hora, porque se entendió que aquella pérdida del honor fue accidental, pero según las tradiciones, el ritual para limpiar y unir de nuevo a la manada debía durar dos noches y el día que había entre ellas.

Y no debía ser interrumpido.

—Comienza entonces, hijo —dijo Lócer.

Dero echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y aulló. Coro apretó los puños y aulló aún con más fuerza. Comenzaron a escucharse los primeros tambores mientras algunos se pintaban la cara de negro y ceniza. Los miembros de las distintas manadas encontraban en sus corazones la pena necesaria para aullar, transformando sus voces en el viento entre las cuevas, el nombre de los fantasmas que nunca nacieron, el alma de los que murieron a solas.

El sentimiento de manada comenzó a apoderarse de ellos, de modo que solo se concentrarían en los pasos del ritual y el ritmo de los tambores, dejando a un lado detalles como el frío o el hambre y, por supuesto, a si alguien se ausentaba de la reunión. Alguien como Lócer, decidido a montar guardia en un lugar elevado para que ningún enemigo interrumpiese el rito.

O como Urma, que había desaparecido entre las sombras. Al igual que Noke, Nita y los otros conspiradores.



Litar debería estar apenada por la pérdida de honor de un miembro de la manada de Sierra Morena, pero lo cierto era que aquellos juegos viriles le parecían más infantiles que otra cosa. Duelos para averiguar la verdad, como si no fuese a vencer de todos modos el más fuerte o el más rápido. Corce, su buen marido, era un líder permisivo con los puntos de vista modernos, al menos en privado, y en muchas ocasiones se reía por las ocurrencias de Litar, pragmática y algo descarada.

Litar sospechaba que aquello era lo que le había enamorado de ella, su inteligencia, porque no se consideraba una hembra demasiado atractiva. O, más concretamente, estaba empezando a olvidarse de haberlo sido, con aquella barriga tirante y enorme, las piernas hinchadas, el gesto siempre contraído por la pesadez o el dolor.

Se sentó con las piernas cruzadas en la tienda, preparada para los días que pasasen en aquel pueblo. La esterilla era de la mejor calidad, pero ella pesaba demasiado y se sentía incómoda. No como una hembra humana, ya que estas se volvían prácticamente incapaces de moverse en las últimas semanas de embarazo, pero mucho menos ágil que una loba, capaz de pegar dentelladas incluso mientras paría.

Además, transformarse durante el embarazo no era una opción, lamentablemente.

Mientras buscaba la linterna para cambiarse de ropa, Litar escuchaba los tambores y los aullidos con creciente irritación. También le molestaba el tufo a roca volcánica y hierbabuena que había notado al entrar, circunstancia que achacó a encontrarse demasiado cerca del bosque, demasiado lejos de casa.

—Esta noche no duermo —masculló.

Finalmente dio con la linterna y la encendió. Frente a ella aparecieron el rostro y el torso de Cram.

—Pero hazte la dormida —dijo—, no sea que tenga que emplear la fuerza.

Litar no dudó un momento en abrir la boca y gritar. Sin embargo, todos los que la podían oír estaban aullando o tocando los tambores como si les fuera la vida en ello.

Cram se le echó encima con rapidez y le puso una mano sobre la boca.

—No tentemos a la suerte —susurró.



Lócer había elegido como lugar de observación una colina espigada que dominaba tanto el Desfiladero del Mediodía como el poblado y el camino hacia el oeste. Sería realmente estúpido que alguien intentase atacar a una manada de licántropos, que además contaba con el refuerzo de varias decenas de invitados, pero se veían cosas raras cada cierto tiempo. En los últimos meses, se habían visto muchas.

En algún momento quizá fuese necesario reunir a las manadas para asuntos más importantes, y no solo las cercanas, sino también las que estaban realmente al norte, más allá de Despeñaperros, ya que los acontecimientos que afectaban a otras facciones, podían acabar afectándolos a ellos. Lócer era uno de los pocos licántropos al que todos los líderes escuchaban, quizás el único respetado por todas las manadas, lo que, en cierto modo, lo convertía en consejero y árbitro de miles y miles de licántropos. Había muerto un ángel y nada podía ser lo mismo después de ese acontecimiento. Los centinelas sacudían las ramas de los árboles buscando culpables y el Gris campaba a sus anchas como si fuese inocente. Había muerto un santo. Los vampiros se arriesgaban demasiado cerca del amanecer y del anochecer. Los magos se mostraban demasiado calmados. Los brujos eran más esquivos aún que de costumbre. Un licántropo faltaba al honor.

Algo sucedía.

Sin embargo, esos pensamientos no fueron suficientes para distraer los sentidos de Lócer. Se puso en pie cuando olió a un par de licántropos que se acercaban desde el pie de la colina. No portaban el aroma de ninguna pintura ritual y, de hecho, su esencia estaba muy diluida, como si recientemente hubiesen intentado camuflarla. El sudor de la inquietud, no obstante, había ido venciendo a cualquier sigilo y los delataba.

Había un macho y una hembra acercándose a él. Venían juntos, pero sus caminos se estaban separando, y eso solo podía indicar que pretendían cercar a Lócer y que no huyera. Si no se equivocaba, le habían presentado al menos a uno de ellos, que se llamaba Noke. No tenía ni idea del nombre de la hembra. Tampoco le preocupaba que sus posibilidades de huir fueran nulas. Lócer nunca huía.

—¿Qué pasa? —exigió.

—Te vienes con nosotros, viejo —dijo Noke.

Sacó un enorme cuchillo de hueso de la vaina riñonera. La hembra llevaba una maza delgada pero de cabeza contundente apoyada en el hombro.

—Pues uno de vosotros dos va a morir —respondió Lócer mientras arrancaba con dedos

firmes una roca del suelo—. Por lo menos a uno me lo llevo por delante.

Entonces escuchó el ruido proveniente de la cima de la colina y comprendió. Aquellos dos no habían ocultado su olor para que el tercero quedara inadvertido, al acecho. Lócer se giró rápidamente, pero el joven licántropo que se le echó encima lo arrolló con su empuje.



Tanu, hijo de Trendel, estaba boquiabierto desde que los guerreros habían confirmado que el retado se había largado sin dar explicaciones, tal y como aquel licántropo entrado en años le había insinuado que sucedería.

Ahora ya no podía rechazar la propuesta de reunirse con él a las afueras del poblado para averiguar qué secreto sobre el liderazgo tenía que contarle aquel hombre que parecía adivinar el futuro. Al fin y al cabo, era posible que Tanu algún día fuese el líder de la manada de Híspalis, que dominaba todos los parques urbanos y bosques cercanos a Sevilla, desde el Arroyo de la Víbora en el este, hasta el Guadiamar en el oeste, desde el Embalse de Gergal en el norte, hasta la Dehesa de Abajo, en el sur, donde comenzaba el dominio de la manada de Doñana.

Aquellos rituales algo primitivos le parecían muy interesantes, y Tanu no era uno de esos jóvenes licántropos deseoso de renegar de las viejas costumbres, pero en ese momento le parecía más beneficioso escaparse para aprender de alguien que tanto le podía aportar. No tenía demasiado miedo a que su padre se enfadase por aquel asunto. Desde que había muerto su madre, Tanu había excedido cada vez un poco más los límites, con la permisión de un padre que veía más prudente no ser demasiado severo hasta que la herida no estuviese cerrada.

Aquellos no eran los bosques a los que estaba acostumbrado. Eran más cerrados y pedregosos; de noche parecía muy fácil desorientarse en ellos. Sin embargo, el hombre le dijo que solo tenía que bajar hacia el sur y detenerse al encontrar la primera vereda. Dio quizá un par de rodeos innecesarios, con el sonido de los tambores y los aullidos cada vez más alejados, pero finalmente encontró el camino. Y allí estaba el hombre.

—Hola, Urma —saludó Tanu.

—Hola. Gracias por venir.

—Creo que he estado a punto de perderme.

Urma asintió con una sonrisa benévola.

—Perdernos es algo que deberíamos hacer a menudo para encontrarnos a nosotros mismos, porque nuestro corazón está fuera de todos los caminos.

Tendrían que retorcerle los dedos con tenazas para que Tanu confesase que no había entendido aquello, pero aun así asintió y se acercó a Urma.

—Espero que tu padre no se enfade mucho.

—Bueno... —Tanu sonrió con gesto pícaro—. Mi padre me lo perdona todo.

—Desde que perdió a su mujer eres su único consuelo.

El joven nunca lo había visto desde ese punto de vista. ¿Podía ser cierto que su padre, el gran líder, en realidad fuera indulgente porque también sufría por dentro? ¿Era posible que lo necesitase para seguir adelante? En ese caso, quizá no estuviese siendo un buen hijo al mostrarse tan indisciplinado.

Urma pareció haberle leído el pensamiento.

—Trendel seguro que también se iba de vez en cuando sin dar explicaciones. Por eso conoce todas las veredas de su tierra y los terrenos que están fuera de las veredas.

—Seguro —respondió Tanu con alivio.

Urma se alejó un poco del camino para acercarse a una gran roca. A la escasa luz de las estrellas parecía tener la forma de una persona muy gorda sentada sobre las nalgas. Sacó un bastón largo de mango grueso de detrás de la roca.

—Quieres aprender algo acerca del liderazgo.

—Un secreto.

—Quieres aprender un secreto acerca del liderazgo —concluyó Urma—. Bien. El secreto es que un líder vale tanto como su capacidad de negociar.

Tanu, algo decepcionado, soltó un bufido.

—No somos mucho de negociar —dijo—. Ni siquiera los licántropos de los parques, que son más blandos.

—¡Al contrario! —rebató Urma—. Insisto en que para ser un líder, incluso de los licántropos, debes tener siempre algo con lo que negociar. Si no, ¿por qué tendrían que seguirte? Por ejemplo, uno puede ser el líder de una manada porque tiene el poder de perdonarte la vida. El más fuerte, siempre que no te mata, te está devolviendo tu vida. Esa es su capacidad de negociar.

—Entiendo —dijo Tanu, que no entendía nada.

—El más sabio puede darte un conocimiento o no dártelo. Si eres muy fuerte, pero no sabes cómo conseguir alimento, cómo conseguir refugio, no puedes matar a quien sí lo sabe. Ese podría ser el líder si lo quisiera.

—Ya.

—Si quieres que te oigan, debes tener algo que los demás necesiten. Lamentablemente, la mayoría de los licántropos son demasiado testarudos para saber lo que necesitan y muy pocas veces te dan la oportunidad de explicarlo.

Aunque Tanu era demasiado joven para conocer en profundidad el comportamiento de sus semejantes, se daba cuenta de que Urma estaba hablando para sí mismo. Reflexionaba y sus pensamientos no estaban carentes de amargura.

—Así que cuando los demás no saben que necesitan tu conocimiento, debes conseguir otra cosa para poder negociar, ¿me entiendes?

—Otra cosa, claro.

—Algo sin lo que no puedan vivir. Algo que aprecien más que su propio liderazgo. Más que su propia vida.

Tanu, que era joven pero no estúpido, se dio perfecta cuenta de lo que Urma insinuaba. Se sintió solo y tuvo miedo. Por fin se fijó en que el hombre aferraba el bastón con ambas manos y lo oscilaba hacia un lado para coger impulso.

—Lo siento, papá —murmuró Tanu.

Esquivó el primer bastonazo saltando hacia atrás, pero no pudo asentar los pies con firmeza en aquel terreno desconocido. Trastabilló y tuvo que tirarse al suelo para escaparse del segundo bastonazo, pero solo consiguió que Urma le golpeará en la cadera.

Gritó de dolor.

Se revolvió a cuatro patas, furioso, mostrando los dientes.

Urma le acertó en el centro de la frente al tercer intento.



Lócer, cubierto de rozaduras y contusiones, había vendido cara su libertad, pero estaba como todos, maniatado dentro de una jaula, en una camioneta enorme. Litar no había sufrido daño alguno, pero parecía querer tragarse la mordaza de pura rabia y no dejaba de revolverse para liberarse de las

ataduras. Tanu permanecía inconsciente en el suelo de la jaula.

Los barrotes estaban cubiertos de runas complejas y brillantes. Una lona cayó por encima y lo cubrió todo. En la lona también había runas. Aisló a los presos, de modo antinatural, de los aullidos y tambores lejanos, de la posibilidad de ser rastreados y de su propia capacidad para transformarse.

Fuera, alrededor de la camioneta, se reunían los conspiradores. Noke, Nita, Arkomo y Tas, a los que Urma había reclutado de uno en uno, sin hablarles de la existencia de los otros hasta que no fue imprescindible. También estaba Cram, el más antiguo de sus compañeros de conjura y el que más había arriesgado hasta el momento. Y Dero, el único que había entrado en el asunto por la fuerza de las circunstancias.

En ese momento, Dero se limpiaba las pinturas con las que se había preparado para el combate. No dejaba de vigilar a un lado y a otro, temeroso, todavía sorprendido de haber podido escabullirse del ritual en el que las manadas se lamentaban por la pérdida del honor. Todavía asqueado consigo mismo por haberse aprovechado del verdadero dolor que sentían los suyos para pasar desapercibido.

Cram se le acercó y le puso una mano en el hombro.

—Lo has hecho muy bien —dijo.

Dero le apartó la mano y respondió:

—Me iba la vida.

Cram no dio muestras de sentirse insultado por el gesto.

—Ya, pero lo has hecho muy bien. No sabía yo si lo ibas a largar todo cuando estuviésemos frente a Coro.

—¿Qué iba a largar, que era verdad, que había intentado matar a su hija? ¿Para qué, para poder contarle que me habías ofrecido traicionar a toda la manada a cambio de no aparecer en el juicio por combate?

—¡Nunca sabes disfrutar de las cosas que van surgiendo!

Cram soltó una carcajada. Urma, que había estado repartiendo instrucciones entre los otros, se acercó. Se dirigió a Dero con el ceño fruncido.

—Cram te ha dado una segunda oportunidad. Deberías respetarle —dijo—. Tuvo la inteligencia de proponerte, por el camino hacia aquí, que le retaras a un juicio por combate. Si no, Coro habría dado por bueno que intentaste matar a su hija y te habría arrancado la cabeza de un mordisco.

Dero agachó la cabeza. Seguía sin dar crédito a aquella extraña propuesta que Cram le había hecho cuando quedaban pocos kilómetros para llegar al poblado. Durante todo el camino, conduciendo la furgoneta, se había mostrado meditabundo, enfadado, impaciente. Casi como si Dero no estuviese en el mismo vehículo. Hasta que, en cierto momento, tras detenerse para orinar, el rostro de Cram se había iluminado con una sonrisa de suficiencia, había chasqueado los dedos y se había dirigido a él por primera vez en todo el camino. «Yo tendría que estar con Rial, no vaya a ser que al final encuentre a Rod. Pero mira tú, al final va a venir mejor que estemos volviendo a casa».

—En cierto modo, nos ha venido muy bien que fueses tan estúpido como para intentar matar a Rial por un asunto de orgullo —continuó Urma—. ¡Quién iba a pensar que alguien que no pertenecía a nuestra conjura nos iba a ayudar tanto! Cram ha sabido aprovechar un contratiempo para darnos una ventaja: reunir a todas las manadas en honor al juicio por combate. Así hemos podido cumplir la mayoría de nuestros objetivos en una sola noche. De otro modo, habríamos tenido que viajar mucho, hacer muchos planes, perder mucho tiempo.

Dero se sentía abrumado por todo aquello. ¿Cuánto llevaban sus compañeros de manada trazando planes en secreto? Debía agradecer que esos traidores lo hubiesen necesitado con vida. Dero no era tan estúpido como para no comprender que intentar matar a la hija de Coro era un error de los que solo se tienen una vez en la vida, porque después la vida se acaba. Sin embargo, a pesar del alivio por el resultado de las cosas, todavía no acababa de comprender en qué se había embarcado, y si

aquella trama podía acabar con una manada que, a pesar de todo, era la suya, una manada por la que seguía sintiendo fidelidad, fuera de la cual no era capaz de entender el mundo.

—¿Qué es todo esto? —preguntó mientras señalaba la camioneta—. ¿Por qué los secuestráis?

—Para tener capacidad negociadora —respondió Urma.

Luego se dio la vuelta y se dirigió al vehículo.

—¿Qué mierda de cabra estáis haciendo, Cram? —insistió Dero.

—Es algo imprescindible —respondió este—. Y si no lo hacemos así, no lo vamos a poder hacer.

—¿Por qué?

Cram puso su rostro a un palmo y dijo:

—Porque nuestros hermanos son todos tan anticuados, duros de mollera y jodidos de convencer como tú.

—Pero... entonces ¿tú no querías que Rial encontrase a Rod?

—No, yo tenía que impedir que Rial encontrase a su hermanito.

Cram cogió el brazo de Dero. Apretó con fuerza.

—Y, si quieres —añadió—, tenemos ahora el juicio por combate, a ver si consigo que te calles.



No era la primera vez que Ariel Bálder conducía un interrogatorio. Se trataba de una de las obligaciones de los centinelas y a él le habían enseñado bien. La base de un buen interrogatorio consistía en convencer al interrogado de que no tenía nada que ofrecer, excepto la verdad. Ni dinero, ni amenazas, ni caras compungidas, ni una historia triste.

Así que, cuando el mecánico Braulio José le explicó que tenía hijos, Ariel Bálder se acercó a la silla a la que lo había atado, le cogió el dedo meñique y se lo tronchó hacia arriba. Dañar el dedo meñique, el más débil de todos, en lugar del índice, era una declaración de intenciones, como decirle: «no me importa abusar de mi poder».

En honor a la verdad, había que reconocerle al sudoroso mexicano que solo había emitido un gemido carente de fuerza, aunque luego su rostro perdió parte del color. Sus labios, de hecho, parecían carne muerta y congelada.

Tomás Hurón, sin embargo, estudiaba las sombras del local abandonado en que se encontraban como si reconocer el terreno le fuera a ser de ayuda. Quizá su actitud también era una declaración de intenciones, aunque fuera menos transparente que la del centinela: «solo es cuestión de tiempo y voluntad que le dé la vuelta a la tortilla».

—¿Ves algo que te interese? —le preguntó Bálder mientras sacaba algunos objetos de una bolsa de plástico.

Un bote de alcohol para desinfectar, una cucharilla de café roñosa, una botella de refresco con colores comidos por el sol, una revista del corazón a la que le faltaba la portada.

—Estoy pensando —dijo Hurón—, que no eres un gringo civilizado.

—Eso quedaba claro.

—No me refiero a que mates gente. Eso es muy civilizado, carajo. Me refiero a que no sabes de qué va la pinche cosa.

Bálder sonrió. Dio un pellizco al gollete de la botella y comenzó a romperlo como si se tratase de cartón. El mexicano se dio cuenta de que hacía falta mucha fuerza para hacer eso. Él mismo quizá sería incapaz, aunque nunca lo había probado. Si necesitaba un filo, usaba un cuchillo.

—¿Y de qué va la cosa?

—Yo soy un hombre de negocios. Podrías haber llamado a la puerta y pagar por lo que quieras saber.

—Bueno, es que he estado viviendo en la indigencia —replicó Bálder—. No tengo dinero.

Tomás Hurón abrió la boca y asintió, como si le acabasen de explicar por qué no funcionaba su coche.

—¿Qué quieres, entonces? Ya te robaste nuestra *Dolores*.

—¿La ranchera? No la he robado. La he usado para traerlos aquí.

Braulio José recuperó un poco de color y miró a su jefe. Parecía sentirse tentado a decir algo, pero por el momento mantenía la confianza en él.

—¿Y qué es lo que quieres?

Bálder se acercó a Hurón.

—Tú no me vas a venir con chorradas de que tienes hijos, ¿verdad?

—A ti te iba a importar mierda, ¿verdad?

—Hasta las ratas tienen descendencia. Si no los puedes criar tú, ya lo harán las monjas.

Aquello era cierto, así que el mexicano asintió.

—Pues no, no te voy a contar... ¿qué me dijo? Chorradas.

—De acuerdo. —El pelirrojo se pasó la mano por el pelo, como si hubiese algún modo de enmendar la terrible apariencia que le confería la quemadura de la cara—. Hace unas semanas hubo una batalla campal en la carretera de Cortadura. Vosotros estuvisteis allí. Lo sé porque me atropellasteis con la *Dolores*. Habéis arreglado bien la abolladura.

—Tenemos un taller mecánico.

—Claro. Lo que quiero es que me informes sobre algunas personas que estuvieron en esa reunión.

Tomás Hurón no se hacía ilusiones con respecto a las intenciones de aquel tipo. Alguien que puede enviar tras de ti a una decena de hombres armados, acostumbrados a encontrar gente y a matarla, no era alguien a quien quisieras dejar vivo después de torturarlo. Por otra parte, sabía que el pelirrojo no lo iba a matar con el filo serrado de aquella botella de plástico, ni con la cucharilla de café. Aquella mierda era para hacerle hablar.

Los mataría con la maza de pinchos, cuando hubiese acabado el interrogatorio. La maza estaba apoyada en la pata de la mesa en la que había colocado el resto de instrumentos improvisados de tortura. Tomás Hurón solo necesitaba estar lo bastante entero, y libre de sus ataduras, cuando le hubiese dicho lo que quisiera escuchar. Entonces tendría al menos una oportunidad de abrirle la cabeza contra el suelo.

—Hubo mucha gente allí esa noche.

Si Tomás se liberaba y acababa con él, poco importaría que le hubiese contado algún que otro secreto. Y si resistía la tortura, era posible que al final acabase hablando, pero ya no se encontraría en condiciones físicas de intentar nada.

Así que siguió arañando con las uñas la sogla que aquel demente había usado para atarlo, luchando por cada fibra que conseguía cortar.

—Lo sé. Pero los que me interesan son dos chicas rubias y un chaval moreno.

—Ah, ya.

Cuánta gente andaba detrás de Jon. Tomás echó un vistazo rápido a Braulio, que parecía al borde del colapso nervioso. Era un excelente mecánico, pero resultaba algo blando para otras cosas. ¿Aguantaría un poco más?

—¿Qué nos das a cambio? —dijo.

—Os devuelvo la ranchera. Y vuestra vida.

—Pues anda y que te chinguen.

Bálder le cruzó la cara con la botella. El extremo destrozado del plástico le abrió varios cortes. Ardían. Eso estaba bien, que se cansase un poco. Hurón se quedó mirando el suelo. Al poco levantó la cara y siguió arañando la cuerda.

—¡Me pagaron para encontrar el chico! ¡Hay que ser profesional!

—¿Quién te pagó? —quiso saber Bálder.

—Tu madre. Dice que chinga muy bien.

El pelirrojo no pareció dolido ni afectado. Cogió la barbilla de Hurón con la mano libre y estudió su gesto. El mexicano no quería pasarse de duro, así que permitió que le temblaran un poco los párpados, como si temiera un nuevo golpe.

No debió de ser una actuación muy convincente.

—No guardo buenos recuerdos de mi madre —dijo Bálder. Entonces se acercó a Braulio y añadió—: Hasta las ratas tienen descendencia.

Hurón tenía ambas manos a la espalda, sujetas por una cuerda que iba por detrás de la silla y también ataba los tobillos, como si fuese una res. Braulio, sin embargo, tenía los brazos atados a sendos reposabrazos de la silla y los tobillos a las patas; a él le había tocado el asiento más cómodo. Bálder le liberó el brazo derecho.

—¿Qué vas a hacer? —quiso saber Hurón, mientras observaba cómo Braulio componía un gesto de dolor al estirar el brazo liberado y el dedo tronchado.

—Te voy a poner un tiempo límite.

Le dio la vuelta al brazo de Braulio, que soltó un grito de dolor. Entonces usó el filo de la botella para rajarle desde medio antebrazo hasta la muñeca: el corte de los suicidas que saben lo que se hacen. La sangre comenzó a brotar en chorros nerviosos.

—¡Cabrón! ¡Hijo de mil putas! —gritó Braulio.

—¡Cálmate! —le ordenó Hurón—. ¡Cálmate, que duras más!

Mientras hablaba, se afanaba en arañar las cuerdas. Los músculos de las manos y los brazos le ardían y se hinchaban.

—Eso, cálmate —dijo Bálder—. Y dime, ¿dónde puedo encontrar a esa gente?

—¡No lo sé! —exclamó espantado el mecánico, mientras contemplaba la sangre que salía de la herida—. Yo no lo sé. Yo no estaba.

—Él no estaba —confirmó Hurón—. ¡Es verdad, coño!

El pelirrojo se giró hacia él.

—Vamos a dejar que hable el papá del año, que es quien se está muriendo.

Hurón sabía que no conseguiría destrozar la cuerda antes de que Braulio José se pusiera a confesar como un penitente. Tenía que ganar algo de tiempo, pero procurando que su compatriota no se viera superado por el miedo. Debía hacer creer a Braulio José que estaba intentando salvarlo.

—¡Tengo que hacer una llamada! —exclamó—. ¡Para que mis hombres te los busquen! ¡Pero tápale la herida!

—¿Crees en serio que te voy a dejar usar el teléfono? —Bálder mostró las palmas y se encogió de hombros—. ¡Eh, no pasa nada! Si no lo sabéis, sigo buscando, cada uno por su camino. Yo a la calle y vosotros a la tumba.

—¡Párale la puta hemorragia!

—¿Dónde puedo encontrar a esa gente?

—El chico está en la cárcel —probó, sin dejar de trabajar sobre las cuerdas—. Y las chamacas no sé. Nadie me pagó por vigilarlas.

—El chico ya no está en la cárcel —repuso Bálder—. He leído tus mensajes de móvil. No son tan difíciles de interpretar cuando traduces toda esa mierda latina.

Hurón cerró los ojos. El tiempo se agotaba, las mentiras no colaban y Braulio iba a cantar para no morir.

—Jefe, por favor... —murmuró el desdichado.

—Está bien, tápale la herida, ¡no puedo ni pensar!

—¡No pienses, habla! —le espetó Bálder—. ¿Dónde están?

—¡Jefe, por favor!

Hurón lo contempló un instante. Tenía las pupilas bien dilatadas y la piel de un cadáver. Quizá si

le hacía entender la realidad, conseguiría que se mantuviera firme.

—Nos va a matar de todas maneras, Braulio José.

—Eso no lo sabes, jefe.

Bálder dio una patada al charco de sangre, salpicando gotas por doquier, y repitió de modo burlón:

—¡Eso nunca se sabe, jefe!

—¡Vete al carajo y tortúrame, a ver si sacas algo! —gritó Tomás Hurón—. ¡Venga, a ver si...!

—¡Están en un gimnasio!

Hurón y Bálder se volvieron hacia Braulio. El mecánico parpadeó lentamente, como si estuviese a punto de quedarse dormido.

—Se lo escuché decir a Carreta, un día que andaba mamado. Que ojalá el chico abriese el gimnasio donde dormía y se dejase de pendejadas peligrosas.

Hurón, vencido y triste, dijo con un hilo de voz:

—Eso es mentira. Carreta era un borracho.

Bálder no hizo nada por taponar la herida del hombre, que finalmente cerró los ojos. Se dirigió hacia la mesa y cogió a la maza *Espiga*. Hurón sacudió la cabeza para espabilarse y siguió forcejeando con las cuerdas.

—Como no me vas a decir cuál es el gimnasio —dijo el pelirrojo—. Tendré que buscarlo yo. Pero Cádiz es una ciudad pequeña, ¿verdad?

—No está en Cádiz —gruñó el mexicano.

Bálder puso cara de fingida sorpresa.

—¡Oh! ¿Ahora me ayudas para que no me equivoque? ¡Qué considerado!

Hurón intentó estirar el cuerpo para romper la silla. Puso en tensión todos los músculos y se escuchó un crujido de madera al quebrarse. Sin embargo, seguía con las manos atadas entre sí y a los tobillos. Estuvo a punto de caer, pero el brazo de Bálder lo agarró por la correa de los pantalones. En la otra mano sostenía la maza con los pinchos desplegados.

Por un momento parecieron amantes, bailarines de tango.

—Deja a Jon —suplicó—. Ya ha sufrido mucho.

—No voy a por Jon —aclaró Bálder.

El gesto de incredulidad de Tomás Hurón duró poco, el tiempo que tardó el centinela en golpear con *Espiga*.



—*Feuer* está nervioso —dijo Diana.

Lucrecia apartó la vista de la pantalla del ordenador y echó un vistazo al chucho. Luego se sopló el flequillo, para apartarlo de los ojos.

—Se estará meando.

—Puede ser.

Diana cojeó hasta sentarse cerca de su amiga. Eran las dos de la madrugada, pero la intranquilidad las mantenía más despiertas que el café. Jon no daba señales de vida. Con respecto a Lorca...

—¡Mira, ha vuelto! —exclamó Lucrecia.

Señaló el sector de pantalla de una de las cámaras exteriores.

—Habrá estado dando vueltas por la calle.

—Los tíos son mucho de dar vueltas cuando se cabrean.

No era lo único que algunos hacían cuando se cabreaban. Acababan de terminar de recoger los restos de la mesa destrozada por el hombre.

—Pongo el audio —dijo Lucrecia—. Este tío nos oculta tela de cosas y tenemos que estar seguras de que no hay que llamar al inspector.

—Dale.

Lucrecia activó la función de sonido tan solo de la cámara que recogía la imagen de Lorca, que se había detenido junto a un contenedor de basura. Llevaba los pulgares prendidos al cinturón y la cabeza vuelta al cielo. No parecía la postura típica de alguien que vigila, aunque quizá en eso consistía la vigilancia sobre el terreno, en estar allí sin que nadie sospeche. Lucrecia tomó nota mental del detalle.

—¿Y ahora qué hacemos, Esmeralda? —musitó Lorca.

Las dos amigas se interrogaron con la mirada para ver si la otra sabía con quién o de quién hablaba, pero ambas tuvieron que encogerse de hombros.

—No me creo que Tristán Desperatto se haya conformado. Algo trama. —Resopló y se acarició los extremos del bigote con una mano—. Lo que tenga que ser, será.

—¿De qué coño habla ahora? —se desesperó Diana.

—A ver si te crees que lo único en lo que piensa es en nosotras.

—Sí, pero ese puede ser su jefe... o algo.

Lucrecia le chistó cuando se dio cuenta de que Lorca había vuelto a hablar, para sí mismo.

—Me entran ganas de volver a la selva, de verdad. Pero para siempre. De olvidarme de Anabel, de Diana, de Bálder. ¿Te acuerdas, Esmeralda?

Al escuchar su nombre, Diana se acercó aún más al ordenador y puso el brazo sobre los hombros de Lucrecia. Lorca bajó la cabeza. Sonreía, melancólico, mientras se acariciaba la pechera de la chaqueta de piel de serpiente.

—¿Te acuerdas de cuando te asfixié hasta morir en mitad de la selva? Solos tú y yo.

Diana y Lucrecia se separaron a la vez del monitor.

—Jo-der —acertó a exclamar Lucrecia.

—Me cago en la puta —murmuró Diana—. Me cago en la recontraputa, hermanita, ¡vámonos de aquí!

—¿Qué?

—¿Qué de qué? ¿Qué hacemos cuando venga?

Lucrecia se puso de pie, con las manos en la nuca. No quería abandonar, otra vez, lo que comenzaba a considerar su hogar.

—¿Tú vas a poder disimular? —insistió Diana.

—Espera un momento, vamos a llamar a...

Lorca desapareció de ese sector de la pantalla del ordenador y apareció en otro. Se acercaba a la entrada del local. *Feuer* levantó las orejas y comenzó a gruñir.

—¡Dios mío! ¡Venga, vámonos! —claudicó Lucrecia.

Cerró el ordenador y dejó que su amiga la condujera hasta el extremo opuesto a la puerta, donde reinaban las sombras y las ventanas eran más bajas. El gruñido de *Feuer* se hacía más fuerte por momentos.

—¿Y este qué huele? —preguntó Lucrecia mientras sacaba una pierna por la ventana, con el ordenador debajo del brazo.

—¡El cabreo de Lorca, o yo qué sé!

Diana le hizo un gesto para que se apresurase. Su amiga dio un saltito hacia el exterior.

—¿Y si huele a Bálder? —preguntó desde allí.

Diana todavía no tenía la pierna bien, así que salir por la ventana fue para ella un pequeño tormento. Intentó cargar todo el peso en la otra cuando tocó pie en el callejón, pero estuvo a punto de caerse.

Miraron a un lado, donde estaba la calle principal, y al otro, donde la oscuridad se tragaba la parte trasera del edificio.

—¿Para dónde vamos?

El perro decidió por ellas. Salió por la misma ventana con la agilidad de un gato y se interpuso entre la pareja y el oscuro callejón, en actitud claramente defensiva.

—¡Tiene que ser Bálder! —exclamó Diana.

Se giraron para salir a la calle principal, pero en ese momento apareció por allí Lorca, dando grandes zancadas, el ceño fruncido, mientras se desprendía de la chaqueta de piel de serpiente.

—¡Cojones! —gritó Lucrecia.

Feuer se lanzó hacia el fondo del edificio, y las dejó a solas con Lorca. El hombre ocupaba casi toda la anchura del callejón y se movía cada vez más rápido. Diana y Lucrecia se pegaron a la pared. En alguna parte, el perro ya peleaba contra alguien. Si no acababa pronto, no podría protegerlas de Lorca. Diana se tanteó los bolsillos del mono de trabajo para sacar el arma de Von Haider, pero entonces cayó en la cuenta de que la había dejado dentro del gimnasio.

Lorca pasó por delante de ellas. Tan solo las miró con severidad, como un padre que se guarda una reprimenda para más tarde. Antes de que lo perdieran de vista, hubo un fogonazo y todo el callejón se iluminó.

Feuer, con los ojos y las fauces en llamas, luchaba contra un enemigo alto, envuelto en un abrigo negro. Lorca dio un salto para unirse a la pelea.

—Ese no es Bálder —dijo Lucrecia.

Tal como llegó, Lorca fue despedido hacia atrás de un puñetazo. También el perro, que emitió un lamento agudo, como el frenazo de un vehículo.

La figura quedó en pie a la vista de las amigas. Diana notó que el corazón se le aceleraba aún más.

—¡Es Prit! —exclamó.

Prit, el hombre que no se reflejaba en los espejos, el motivo de que Diana hubiese acudido al grupo Quimera para compartir su experiencia sobrenatural con otros, una experiencia grabada con el teléfono móvil y guardada a buen recaudo en un disco duro externo.

—¡No estabas loca! —exclamó Lucrecia.

Diana omitió preguntar si alguna vez había pensado que lo estaba, porque no le iba a gustar la respuesta, y porque la figura se acercaba a ellas sin prisa. Acariciaba la pared con una mano larga y pálida.

—Me robaste algo, rubia —dijo con tono sugerente, como si estuviese flirteando.

Feuer se puso a cuatro patas y cabeceó para sacudirse el aturdimiento. Un solo golpe de aquel tipo lo había dejado en peor estado que la maza de pinchos de Bálder. Lorca se levantó, la espalda apoyada en la pared, todavía entre Prit y las amigas.

—¿Sabes lo que me robaste?

—¡No te robé nada! —gritó Diana—. Te grabé en el móvil.

—Retrocede —ordenó Lorca. Por un momento pareció que se lo decía a Prit, pero entoncesladeó un poco la cabeza y añadió, pesimista—: Es un vampiro.

Diana entendió perfectamente lo que quería decir. No solo lo obvio acerca de una criatura que no se refleja en los espejos, que acecha cuando el sol ya se ha puesto y que es capaz de rastrear a las personas allá donde se encuentren; Lorca estaba admitiendo que un vampiro era un rival demasiado poderoso para él.

Prit llegó a dos pasos del hombre, abrió la boca para decir algo, pero entonces el enorme *Feuer* le saltó encima, le rodeó los hombros con las patas delanteras y le mordió el cuello con sus dientes de fuego. El vampiro lanzó un grito agudo, como el de un niño sin cordura y lanzó un codazo hacia atrás. *Feuer* salió volando por los aires.

En dos zancadas, Lorca alcanzó al vampiro y lo levantó en vilo. Lo arrojó contra el suelo como si fuese una maza con la que picar piedra. Las amigas notaron el temblor bajo sus pies. Sin perder una décima de segundo, se puso a horcajadas sobre él y comenzó a lanzarle puñetazos en la cara. Uno, dos, tres. El cuarto se quedó a medio camino, atrapado por una garra pálida. Entonces fue Lorca quien gritó. El vampiro se revolvió sin soltarle el puño. En un instante estaba erguido, dando vueltas sobre sí mismo, haciendo que Lorca perdiera pie. Lo arrojó contra un bidón de basura. El plástico reventó, las bolsas explotaron y la basura salió volando como si le hubiesen colocado una bomba. La pared que había detrás quedó mellada por el golpe y se abrieron varias largas grietas.

Prit giró la cabeza para mirarlas por encima del hombro.

—Me robaste mi secreto —dijo—. Tengo una reputación que mantener.

Diana y Lucrecia retrocedían hacia la calle. Diana cojeaba y apretaba los dientes por el dolor. Lucrecia podría haber corrido, si aquello le hubiese dado alguna ventaja contra aquella criatura, pero seguía a su lado para hacerle de muleta.

—Podemos arreglarlo —dijo—. ¿Qué reputación es esa?

—La de no existir —respondió el vampiro.

Lorca salió de los restos del bidón de basura, pero tuvo que apoyarse en la pared con una mano. Al respirar, notaba el dolor agudo de varias costillas rotas. Ordenó al cuerpo que ignorara ese dolor, ya que no le servía de nada en aquel momento. *Feuer* se puso a su lado, con los bellos recogidos, los

ojos ardientes, las fauces ardientes. Debía estar bastante lastimado, porque de entre el fognazo de sus dientes también le brotaban hilillos de densa sangre.

El vampiro los enfrentó y abrió los brazos, dispuesto a recibirlos.

—¿Qué haces tú defendiendo a unas humanas? —preguntó—. ¿No es un poco indigno para un mago?

Lorca frunció el ceño y se separó de la pared.

—¿Lo dices tú, que vives de chuparles la sangre?

El perro no parecía dispuesto a dejarles parlamentar más tiempo. Se arrancó hacia delante, torció la trayectoria y pateó la pared para coger altura. Saltó sobre la cabeza de Prit. Este le agarró el pescuezo con una mano y lo estampó contra la pared. Lorca ya estaba encima, más rápido que cualquier humano, pero el vampiro se escurrió hacia abajo y soltó al perro, que dejó un rastro de sangre. Luego se levantó como un borrón blanco y negro. Se oyó un impacto. Lorca solo supo que en un instante estaba mirando al cielo negro y que después cayó de rodillas, casi inconsciente. Manaba sangre de su nariz y de su boca.

Prit levantó su garra blanca para rematar la faena.

Entonces se oyó un ruido de cristales rotos. El vampiro percibió un olor que para él era mucho más que inconfundible; era irresistible.

Diana había golpeado la última ventana del gimnasio. Se había cortado el dorso y los nudillos de la mano. La sangre caía en gruesos goterones al suelo, mientras Diana permanecía impasible. Lucrecia no daba crédito.

Prit tampoco daba crédito, pero sacó la lengua para lamerse los labios y se acercó a ellas. Cogió impulso y recorrió el callejón con la rapidez de una flecha.

—¿Me llamas, rubita? —canturreó mientras cogía la mano herida de Diana.

Lucrecia le dio con el canto del ordenador portátil en las costillas, pero el vampiro ni lo notó. Se inclinó hacia Diana, que estaba por momentos más pálida. Era tan alto, tan delgado, que parecía una mantis religiosa de color negro y blanco sobre una abeja recién capturada.

Lucrecia, con lágrimas en los ojos, volvió a golpear. El ordenador se rompió en cien piezas como si lo hubiese arrojado contra la pared.

La boca de Prit se abrió y sus labios se posaron sobre la herida sangrante. Diana temblaba, pero no podía cerrar los ojos.

«¿Ya está?», pensó. «¿Así es como voy a morir?».

El callejón se llenó de una luz distinta a la del fuego de *Feuer*. Lucrecia era la única que podía verlo. Lorca, sucio y ensangrentado, se había puesto de pie y tocaba con los dedos las dos paredes del callejón. Movía las manos con rapidez y las superficies se llenaban de símbolos luminiscentes que no correspondían a ningún idioma humano.

—¡Vampiro! —gritó.

Prit giró la cabeza con rapidez, irritado, la boca ya cubierta de sangre caliente.

—¿Trucos del alma? —escupió con su aguda y despreciativa voz.

—Del alma de la piedra —respondió Lorca.

Golpeó una pared con el puño izquierdo, y luego la otra con el derecho, a enorme velocidad. Sacó grandes trozos de material de construcción sin mirarlos siquiera y adoptó una firme posición de combate. Lo que tenía en las manos eran dos hachas de gran tamaño, fabricadas en cemento, acero y ladrillo.

Prit rugió, furioso por tener que abandonar a su presa, y se giró para lanzarse a por él, pero Lorca ya estaba preparado. Arrojó el hacha de la mano izquierda y corrió tras ella. Prit se desvió hacia la pared para esquivarla. El hacha pasó silbando y se destrozó contra el suelo, a varios metros de distancia.

El vampiro se giró para enfrentar el segundo ataque, pero Lorca ya no estaba en su campo de visión. Derrapando sobre las rodillas, pasó por su lado y le lanzó un tajo a la pierna derecha. El filo del hacha le amputó el miembro limpiamente.

Prit cayó al suelo. Lorca se levantó y giró en el aire. El vampiro alzó una mano para protegerse el rostro, pero el hacha buscó un objetivo más modesto y alejado: le sajó el pie izquierdo de arriba abajo y lo dividió en dos como la lengua de un ofidio.

El vampiro gritó de dolor. Tenía los ojos negros enloquecidos y salientes. Lorca se desplazó con rapidez hacia un lado. Bajó el hacha para cortarle el cuello, pero Prit se movió y el corte falló por medio palmo. Agarró el brazo del mago; aquella presa era insuperable. Desde el suelo, el vampiro le arrancaría el brazo y chuparía del muñón hasta quedar saciado.

«Hasta aquí he llegado», pensó Lorca.

Crujieron los huesos de sus dedos y la carne quedó aplastada, a punto de reventar como una uva en una prensa. Dio un grito de dolor. El vampiro comenzó a incorporarse, los ojos enloquecidos, las fauces volando hacia su brazo ya sangrante.

Pero entonces apareció *Feuer*, mordió la cabeza de Prit, jaló hacia atrás y la arrancó del cuerpo.

La presa del vampiro quedó laxa. Lorca cayó de culo, con el hacha aún en la mano, el brazo destrozado, pegado al pecho. Miraba al perro con tanta sorpresa como alivio. *Feuer* mantenía la cabeza del vampiro entre los dientes. El fuego seguía quemando la carne. Luego abrió las fauces y la soltó. Intentó trotar hacia las dos amigas, pero las patas le fallaron y se quedó en el suelo, como aturdido. Las llamas comenzaron a apagarse en sus ojos y su boca.

Tenía un costurón en el lomo y le faltaba un trozo de la oreja derecha, pero aquellas heridas se fueron cerrando como soldaduras con los últimos rescoldos de fuego interno.

Lorca se incorporó para atender al perro. De no haber sido por su fiereza e intervención decidida, Prit habría vencido sin problemas. En ese momento, Lorca tenía serias dudas de cómo acabaría un combate entre él mismo y *Feuer*.

Un vampiro. Habían acabado con un vampiro.

Entonces recordó que Diana se había infligido una importante herida con el objetivo de distraer a Prit. Sin aquella maniobra, tanto el mago como el animal estarían posiblemente muertos. Primero se concentró para que su organismo anestesiará el destrozado de la mano y comenzara a curarla a toda velocidad. Luego corrió hacia Diana y la arrebató de los brazos de Lucrecia.

—¿Estás bien, vida mía?

Él mismo se sorprendió de sus palabras, pero no soltó a Diana. Ella, no menos sorprendida, frunció los labios. Al poco, decidió responder:

—Estoy bien. Solo necesito una venda.

Puso la mano sana sobre el pecho de Lorca para apartarlo con delicadeza. Entonces se agarró a Lucrecia y ambas, sin perderlo de vista, se aproximaron al perro.

«Me tienen miedo», pensó el mago. Entonces otra idea se cruzó por su mente y fue más intensa que el dolor de las contusiones: «Acabo de confundirla total y definitivamente con Anabel».



Lorca se iba a ocupar del cadáver del vampiro, aunque no explicó qué significaba eso exactamente, ni cómo se las apañaría con un antebrazo destrozado, la hemorragia interna y varias costillas rotas.

De vuelta en el gimnasio, Lucrecia se encargó de la herida de Diana. Eran cortes superficiales, aunque en un lugar que tendía a sangrar con profusión. Tras limpiar la zona con agua oxigenada, le aplicó una venda dando quizá algunas vueltas de más, de modo que aquello acabó pareciendo casi un

guante de boxeo.

—¿Te aprieta? —preguntó.

Le apretaba bastante, pero Diana veía que su amiga estaba realmente preocupada, así que decidió que ella misma se aflojaría la venda más tarde.

—Está perfecto.

Lucrecia apretó los labios, pensativa.

—Esos símbolos que sacó Lorca de no sé dónde... En el conducto de ventilación de Tancredo había dibujos parecidos, sobre su despacho. Aunque no brillaban.

—¿Crees que estaba protegido con magia o algo?

—Encontró los micros, ¿no?

Diana asintió. Entonces se abrazaron. Lucrecia fue la primera en romper a llorar, pero Diana no tardó mucho en acompañarla. *Feuer*, que descansaba en el suelo, levantó un poco la cabeza para observarlas. Luego gimió y volvió a agacharla. Le seguía faltando un trozo de oreja, pero sus heridas parecían ya antiguas.

—Es demasiado, es demasiado —dijo Lucrecia entre llantos—. No puedo más.

—Lo sé —la consolaba Diana.

Ambas eran fuertes, pero cada una a su modo. Lucrecia, resolutiva y explosiva. Diana, paciente y responsable. En aquel momento, Lucrecia no podía aguantar la situación y Diana sí; le tocaba ser el sostén de la otra. Al día siguiente, quizá fuese al revés.

Y, de este modo, soportaban los envites que les mandaba la vida.

—¿Qué hacemos con Lorca? —preguntó Lucrecia.

—No para de salvarnos, pero...

—Pero mató a una tal Esmeralda en mitad de la selva.

Se separaron un poco. Diana le mostró la pistola dorada de Von Haider y le guiñó un ojo. La guardó con la mano buena en el ancho bolsillo del sempiterno mono de trabajo.

—Tranqui. Esta vez no nos vamos a largar.

—Vale.

Diana se sorbió los mocos. Entonces oyeron unos nudillos que tocaban la puerta. Luego Lorca entró usando la llave. Al parecer, en ese momento había visto que era importante avisar antes de entrar. Miraba al suelo con el ceño fruncido.

—¿Se puede?

Lucrecia no tenía el ánimo para responderle con sarcasmo que hiciese lo mismo que las últimas semanas, entrar cuando le saliese de los cojones. Dejó que Diana asintiera. Lorca llegó hasta ellas renqueante, el andar lento, la espalda doblada, el bigote y la barbilla con restos de sangre seca. Sin embargo, parecía tener casi sana la mano que le había destrozado el vampiro. Quizá los daños internos también estuvieran curados.

Permaneció de pie observando al perro con respeto hasta que Diana dijo:

—Siéntate. Tienes que estar reventado.

—Reventado y muerto dos o tres veces —añadió Lucrecia.

—El vampiro dijo que eres un mago.

Lorca las miró a ambas, asintió y tomó asiento.

—Soy más fuerte, más rápido y más resistente que un ser humano. Puedo hacer algunos... trucos sobrenaturales, como lo de las hachas, para que me entendáis. —Suspiró. Los pasos estaban dados. Solo le quedaba arrojar al vacío—. Sí, soy un mago.

Diana notaba el corazón en cada uno de los cortes de la mano, y en su maltratada pierna, un beso de dolor con cada latido. En ese momento, una cadena de besos de dolor cada vez más rápidos.

—¿Por qué me proteges? —preguntó.

Lorca había tomado una determinación y ya no albergaba dudas sobre lo que debía confesar y lo que no. Media hora atrás habían estado a punto de morir todos ellos, en un sucio callejón de la ciudad de Cádiz y, más que posiblemente, habían estado a punto de morir por no conocerse mejor, por culpa de las mentiras.

—Ariel Bálder mata a un tipo muy concreto de mujeres. Mujeres que se parecen a ti. Altas, guapas, rubias, con gafas... Mató a una mujer que yo amaba y lo busco para vengarme.

Las amigas se miraron entre ellas. El relato, breve pero escalofriante, no tenía nada de sobrenatural, aunque había ciertas cosas que no explicaba.

—¿Y si Bálder está muerto? —preguntó Lucrecia—. ¿O no está muerto pero se ha puesto a perseguir a la siguiente rubia?

—No tengo respuesta para eso.

—Ya, pero dime, ¿cuándo vas a decidir que ya has esperado bastante? ¿O te vas a quedar con nosotras para siempre?

Lorca miraba al suelo. Diana recordó que la había llamado vida mía. También recordó que el vampiro había dicho que era indigno para un mago proteger a una menor. Seguramente era cierto que ni el propio Lorca, en caso de estar diciendo la verdad, tenía respuesta a esas cuestiones, ya que el amor rara vez se regía por la lógica. Puso la mano sobre la rodilla de su amiga para evitar que siguiera ahondando en el tema.

—Ahora yo tengo una pregunta —dijo Lorca. Levantó la vista. Su mirada era de nuevo dura y fría—. ¿Por qué os estabais largando? ¿Por lo de la mesa?

Lucrecia aguantó la respiración sutilmente. Ahí había una buena mentira a la que agarrarse, una que no implicase confesar que lo espiaban. Miró a Diana y esta se mordió el labio inferior. Al poco, asintió. Lucrecia se sopló el flequillo; lo último que le apetecía era asistir a otro ataque de ira de aquel tipo que podía crear armas sacándolas de la pared, por mucha pistola que tuviese Diana en el bolsillo. Aun así, él parecía estar siendo sincero y se merecía otro tanto por parte de ellas.

—Hemos puesto cámaras fuera —dijo—. Cámaras que graban vídeo y audio.

—¿Y?

—Te escuchamos antes, cuando estabas tomando el aire.

Lorca mostró las manos, evidenciando que aquello no explicaba absolutamente nada.

—Hablas solo con una tal *Esmeralda*.

El mago, cauto, frunció el ceño.

—Todos tenemos nuestras manías.

—Dijiste que la habías matado en mitad de la selva.

El gesto de Lorca cambió de inmediato. Arqueó las cejas, su boca se transformó en una línea bajo el bigote y luego, de modo explosivo, soltó una carcajada. Las amigas no comprendían nada. Lorca continuó riendo hasta que se percató de que aquello las había asustado de veras.

—¿Estabais huyendo porque me acordé del día que maté a *Esmeralda*?

—¡Pues claro, joder! —estalló Diana—. A lo mejor no era rubia, alta y con gafas, a lo mejor no era guapa y no merecía tu protección, pero a nosotras no nos produce confianza un tío que va por ahí matando mujeres en la selva, ¡llámanos estúpidas!

Lorca levantó la mano para pedir tiempo. Consiguió que la sonrisa se borrara de su rostro. Luego se acarició las puntas del bigote y, cuando estuvo completamente calmado, volvió a hablar.

—Hace quince años, mis superiores me mandaron una misión.

—¿Tus superiores? —quiso saber Lucrecia.

—No voy a hablaros sobre ellos —la cortó Lorca. Luego puso un gesto más amable—. Sería contar demasiado. El caso es que ellos estaban financiando la construcción de una torre cerca de la selva, en Colombia. Suelen llamarme cuando se trata de ese tipo de misiones. No me importa

mancharme las botas de barro.

Lucrecia recordó el apuro que había pasado para recoger los excrementos de *Feuer* y estuvo a punto de decir algo al respecto, pero decidió de nuevo que no era el mejor momento para hacer observaciones de ese tipo.

—Descubrí que se trataba de un asunto feo —continuó el mago—. Los demonios existen, si es que queréis creerme.

Ninguna de ellas, precisamente aquella noche, se sentía demasiado incrédula.

—Habían poseído a un capataz de la construcción y este se llevaba a los operarios a la selva para sacrificarlos. Aquello debía de formar parte de un plan, pero nunca llegué a averiguar lo que pretendían. El caso es que me interné en la selva para acabar con aquello.

Desenfocó la mirada, como si sus recuerdos estuviesen allí grabados.

—Fue una pelea bastante dura. Yo era un mago joven, no tan fuerte como ahora. El combate duró casi un día. El demonio huía hacia el interior y yo lo perseguía. Luchábamos y seguía huyendo. Finalmente caímos por una cascada. Lo maté en el río, cuando me arrastré hasta la orilla... me había perdido.

—El Amazonas —murmuró Diana.

—El Amazonas —confirmó Lorca, como si la palabra lo explicase todo—. Yo estaba herido. Casi no podía arrastrarme. Se acercaba la noche y todos los depredadores se estaban espabilando. No sé si habéis estado alguna vez en la selva, de noche.

Las dos amigas negaron al unísono.

—Es como un manicomio. Todos gritan cuando matan o mueren. Los pájaros se asustan. Los monos... no tengo ni puta idea de qué hacen, pero no paran de chillar, como si trabajaran en la bolsa.

—O como si estuvieran en las rebajas del Corte Inglés —apuntó Lucrecia.

Lorca sonrió. Luego su gesto volvió a tornarse serio, incluso un poco ausente de aquel lugar.

—Mejor, porque allí la carne es gratis todos los días del año. Incluida la de un mago. —Se levantó, quizá para compensar el recuerdo de haber estado indefenso en aquel lugar, y continuó su historia—. Creo que tardé una hora en arrastrarme cinco metros para alejarme del agua. Estaba sangrando por varias heridas, así que, visto en perspectiva, muy poco tiempo tardó en aparecer aquel jaguar.

—¡Coño! —exclamó Diana—. También es mala suerte.

—No creas —respondió Lorca con una sonrisa enigmática—. El caso es que cuando vi a ese bicho caer del árbol y acercarse, eché de menos al demonio con el que había combatido. No sé si habéis tenido alguna vez delante a un jaguar hambriento.

—¡Sabes que no! —protestó Lucrecia—. ¡Acaba ya la historia!

Lorca se dio cuenta de que había vencido, en parte, la reticencia que las amigas sentían hacia él. Se relajó un poco y se pasó la mano por la nuca.

—Como he dicho, yo era joven y no tan poderoso. No habría podido sacar un hacha de ninguna parte, ni una aguja de coser, ya puestos. Así que iba a morir devorado por un jaguar. Pero en la selva todo cambia en un segundo. Salió del río tan rápida como una flecha. Mordió la cabeza del jaguar y lo envolvió con su cuerpo. Lo aplastó, lo mató y empezó a tragarlo, aunque no juraría que fuese en ese orden.

—¿El qué? —preguntaron ambas a la vez.

Lorca respondió con un tono que indicaba que la respuesta era obvia.

—*Esmeralda*, una anaconda de diez metros.

Diana y Lucrecia no salían de su asombro. Se fijaron de nuevo en Lorca, en su chaqueta de piel de serpiente. Diana le señaló.

—Efectivamente —dijo el mago—. Me hice esta chaqueta con la piel de *Esmeralda*.

—Entonces ¿la mataste? —quiso saber Lucrecia.

Lorca torció los labios. No parecía orgulloso.

—La serpiente tenía que hacer la digestión del jaguar. Es un proceso que puede durar bastante, incluso semanas. Se arrastró hacia una cueva y yo la seguí como pude, pensando que, ya que aquel monstruo no tenía hambre, estaría seguro en su compañía mientras me recuperaba. Es bastante difícil, incluso para un mago, recuperarse de tantas heridas en un ambiente como el de la selva, sobre una cama de piedras y hojas, comiendo poco más que insectos y alguna fruta que caía de los árboles.

—Pero ¿cómo es que hablas con ella? —preguntó Diana.

—Bueno, me salvó la vida tres veces. Una, cuando mató al jaguar. Luego, al tenerla cerca, en aquella cueva, se puede decir que me hizo compañía. Conseguí no volverme loco de dolor y de hambre charlando con *Esmeralda* mientras ella dormitaba y hacía la digestión.

—Y la tercera —dijo Diana—, fue cuando la mataste para poder comer algo más sólido, ¿no? Lorca negó.

—Yo jamás la habría matado para comer. Es posible que perdiera la cabeza en el Amazonas, pero ¿qué queréis que os diga? La consideraba una amiga. No, la tuve que matar porque acabó la digestión del jaguar y *Esmeralda* volvía a tener hambre. —Miró de nuevo al suelo, algo avergonzado, y acarició con afecto la pechera de la chaqueta—. Un día, cuando yo estaba bastante recuperado y había decidido que ya era hora de salir de la selva, *Esmeralda* ya no dormitaba en el fondo de la cueva. Estaba en la entrada, tapando la salida. Sé que los reptiles no son capaces de crear ningún tipo de lazo con los humanos, ni siquiera con sus propias crías, pero... a veces me pregunto por qué tardó tanto. Me pregunto si dudaba.

Se estableció un silencio respetuoso que duró unos segundos, pero el respeto no era algo que se pudiese mantener durante demasiado tiempo cuando Lucrecia estaba presente.

—El bigote —dijo por fin—. Estaba esperando a ver si te afeitabas antes de meterte mano.

Diana se tapó la cara para ocultar la risa. Lorca volvió a parecer sorprendido, pero al rato también soltó una carcajada. Lucrecia se encogió de hombros.

—No sé por qué estáis tan contentos. A mí esta historia no me tranquiliza. ¡Joder, este tío se hace ropa con el pellejo de sus amigas!

Diana se rio con más fuerza aún, consciente de que con sus carcajadas liberaba la tensión y el miedo de los últimos días. Lorca, que, aparte de haber estado a punto de morir a manos de un vampiro, acababa de confesar secretos por los que en otras circunstancias habría matado, también se sentía ligero, más cercano a aquellas dos mujeres, más honesto.

Y mientras reía, se daba cuenta de que, a cada paso que daba para alejarse del clan de los magos y de sus normas, se sentía mejor consigo mismo.

Lucrecia sonreía cuando se acercó a *Feuer*. Comenzó a acariciarle el lomo.

—Están como dos putas cabras —le dijo—. No te hagas amigo de estos dos. Sobre todo del grande, que lo mismo se fabrica unos calzoncillos contigo.

Poco a poco, las risas se fueron calmando. Lorca volvió a sentarse en el sofá. Él y Diana se contemplaron en silencio, ella convencida de que el mago continuaría abriéndole el alma, de que estaba a punto de confesar que la llamó vida mía porque estaba enamorado de ella. Sin embargo, lo que dijo, fue:

—Habéis puesto cámaras. Y eso que llevas en el bolsillo sospecho que es una pistola. Tenéis a *Feuer*, que esta noche le ha arrancado la cabeza a un vampiro. Posiblemente Ariel Bálder esté muerto, pero, si no lo está, me parece que se ha equivocado de rubia. —Sonrió y consiguió que Diana también sonriera—. Es verdad, debería a por Jon, pero ¿cómo doy con él?

Las dos amigas se miraron. Jon podía estar en Madrid o de vuelta en un taxi, atrapado en un atasco, o en el calabozo por haber intentado romperle la cara a Mario Tancredo. O muerto.

—¿Del mismo modo que encontraste a Bálder? —preguntó Lucrecia.

—Espero que no —respondió el mago—. Ariel Bálder deja un rastro de cadáveres a su paso.

Luego se levantó, cansado, dolorido, pero un poco más ágil que cuando había entrado tras deshacerse del cadáver de Prit. Quizá se curaba con rapidez o su estado de ánimo era distinto.

—Tengo informantes en algunas comisarías —dijo—. Voy a hacer unas visitas.



Ariel Bálder había estado buscando por toda la ciudad cualquier gimnasio que, de noche, diese signos de que había alguien dentro; al fin y al cabo, lo que había averiguado era que alguien lo usaba como vivienda. Por suerte, Cádiz era una ciudad pequeña y los gimnasios tenían una hora de cierre, así que fue descartándolos con facilidad gracias a una guía de negocios locales. Se asomaba a las ventanas o forzaba alguna puerta trasera y tardaba poco en dirigirse al siguiente.

Se encontraba bastante repuesto de sus heridas, así que podía moverse con cierta desenvoltura, aunque a veces notaba dolor en las costillas y en la cadera. Tras una búsqueda de unas tres horas, dio con algo prometedor. Se trataba de un local que se anunciaba como gimnasio, pero que parecía abandonado. Sin embargo, una tenue luz se filtraba por una ventana. Bálder, excitado, se obligó a redoblar la cautela. Decidió esconderse en un portal, en la acera de enfrente, y esperó a que se apagase la luz, dispuesto, si hacía falta, a cogerlos dormidos. No volvería a cometer el error de exceso de confianza que lo llevó al fiasco de la carretera de Cortadura.

Después de un rato, la opción de que la Tentación se durmiera y él pudiera entrar con sigilo le parecía cada vez más sugerente. Sus rasgos estaban formados por una especie de hechizo que lo llamaba desde lejos. Por muchas veces que la destrozase, aparecía en otro lugar del mundo para intentar arruinar su alma.

Pensó en aquella cintura con el ancho preciso, como si la hubiesen fabricado con el nombre de Ariel Bálder grabado en la piel de los riñones. El ancho preciso para hacerlo débil. Se recreó en la imagen de aquella mujer de su misma altura. Fantaseó con que ella lo tumbaba en el suelo y le oprimía el pecho con uno de sus pies desnudos.

Apretó el mango de *Espiga*. No era más que un pobre consuelo al empuje de su instinto, declarado en rebeldía, hipnotizado por la imagen de la Tentación, la misma que por primera vez le había acariciado el pecho, que le dio el primer beso. La misma que le había humillado con un amor impropio. La misma que una y otra vez salía de la tumba para degradarle. La misma que le había peinado el pelo rebelde y rojizo, la herencia de un padre que nunca se quedó para cuidar de él. La misma que se quitaba las gafas para bailar por dinero mientras él esperaba con la única compañía de una biblia, que leía una vez y otra.

La misma que repudiaba a los hombres que traía a casa a cambio de dinero.

La misma que buscaba el afecto puro en Ariel, que cuando no estaba demasiado cansada jugaba con él a las cosquillas, y luego le daba besos en el cuello, y se apartaba cuando ella había acabado, no cuando Ariel se echaba a llorar, y le llamaba llorica y marica, y cosas peores.

La misma que lo trajo a este mundo lleno de pecado.

Esperar a que se durmieran era mucho esperar. Cruzó la calle sin mirar, renqueando, pero con

los brazos llenos de fuerza, y no solo los brazos. Pasó junto a una farola apagada. El suelo estaba cubierto de cristales. ¿La había roto un vándalo, o alguien que quería acechar a oscuras?

Antes de poder reaccionar, sintió un golpe en la cabeza y un dolor agudo que le decía que habían usado un objeto contundente. Hincó la rodilla en el suelo, incapaz siquiera de sacar a *Espiga*. Entonces escuchó el inconfundible sonido de un revólver siendo amartillado, y luego la voz de Lorenzo Romano.

—Te vienes conmigo, Bálder. Es hora de rendir cuentas.

Bálder levantó la cabeza y se carcajeó del inspector.

—¿Rendir cuentas? ¿Ante un juez?

—No, centinela. Te llevo ante la justicia de los ángeles.



28

Desde los catorce a los quince años, Jon vivió muy deprisa. Sin embargo, siempre tenía la impresión de que la vida pasaba de un modo demasiado lento. Salió con una chica dos años mayor que él a la que dejó tirada demasiadas veces. Estuvo a punto de quedar bajo la tutela del Estado cuando faltó a tres entrevistas con los asistentes sociales, pero un poco de dinero para aclarar las cosas consiguió que Jon pudiese seguir gozando de libertad.

Libertad para seguir bebiendo, riendo y peleando. Cada vez aguantaba más y más días sin llorar en el inmenso espacio vacío de su casa, solo animado por charlas y calor humano cuando el servicio contratado por los abogados de su padre acudía a adecentar la vivienda. Hacía lo mínimo en el instituto para no llamar más la atención de aquellos que debían decidir por él si era capaz de manejarse en la vida.

Su tutor legal era un tipo con una oficina en la otra punta de la ciudad.

Sus amigos le sacaban cuatro años y diez centímetros, y la mayoría de ellos tenía antecedentes penales.

Ni siquiera cumplió la promesa hecha a sí mismo de no probar las drogas.

En ocasiones tenía momentos de lucidez, incluso tres días seguidos de abstinencia, en que los remordimientos por su mala vida le hacían reflexionar. Pero tras la reflexión llegaba la autocompasión y el vacío. El mundo se ponía en cámara lenta y se hacía insoportable.

Entonces volvía a salir.

Una de aquellas noches en que su alma estaba tan dividida como un campo de batalla, se encontró a solas en un callejón que, en no mucho tiempo, estaría lleno de gente con botellas en las manos, con cigarrillos en las manos, a veces con armas blancas en las manos y a veces con sangre en los nudillos. Esa gente lo llamaba el Suerte, porque después de varias peleas con tipos mayores que él, incluso con varios chicos al mismo tiempo, había conseguido que nunca le partiesen la nariz ni los pómulos. Tampoco había pasado ninguna noche en el calabozo, pero solo porque no había coincidido que la policía lo persiguiese teniendo alguna costilla fisurada o algún tobillo doblado.

El Suerte había tenido suerte, pero ¿la quería? Jon estaba muy lejos de ser un adolescente estúpido. Durante aquellos lapsos de lucidez había llegado a la conclusión de que buscaba que le sucediese algo lo bastante malo como para que su madre tuviese que volver a ayudarle, o como para acabar en prisión junto a su padre.

En cierto momento de la noche, con una botella de tequila José Cuervo en la mano, aún sin abrir, Jon se dio cuenta de que el callejón permanecía vacío. Oía un frufú, pero no la cháchara normal, y nadie le había saludado todavía con una palmada o un eructo. Miró alrededor y se dio cuenta de que el sonido que escuchaba era el de un hombre que limpiaba la acera de colillas y polvo.

El tipo tendría unos cuarenta años, vestía un chándal gris y llevaba las mangas recogidas hasta los codos. Sus antebrazos eran anchos pero también nudosos, recubiertos de pelambreira oscura. Tenía el pelo corto y moreno, salpicado por algunas canas.

Sin levantar la vista del suelo y de la escoba, el hombre dijo:

—Buenas noches.

—Hola.

—¿Estás esperando a que vengan tus amigos?

—No son mis amigos.

En cuanto respondió, Jon se dio cuenta de dos cosas al mismo tiempo: que era verdad y que le había molestado que aquel hombre pensase que eran amigos suyos. Se desprendía de él un cierto aire de simpleza, pero también de honradez. Al verlo limpiar la calle a esas horas de la noche, Jon se sintió avergonzado por la vida fácil y disoluta que llevaba, buena para nadie.

—Voy a abrir un local aquí —dijo el hombre—. Le he pedido a tus amigos que se vayan a beber a otra parte. No quiero que la puerta huela a meado.

—No son mis amigos —repitió Jon.

Luego se levantó, dispuesto a marcharse de allí.

—No he dicho que tú tengas que hacerlo.

—Ya. —Se quedó plantado, mirando la botella como si todavía tuviese que decidirse a comprarla—. ¿Y se han ido? ¿Se lo ha pedido y se han ido?

Aquello era bastante difícil de creer. Una vez, una pareja de policías locales les pidió la documentación y recibieron a cambio una paliza en toda regla.

El hombre se apoyó en la escoba. Lo miró de arriba abajo. No respondió a la pregunta, lo cual hizo que Jon comenzase a sospechar que era quizá lo bastante peligroso como para no alardear de sus proezas.

—¿Quieres hablar? —le preguntó finalmente el hombre.

—¿De qué?

—De la violencia. ¿De qué va a ser?

Jon sintió un cosquilleo por toda la espalda y la misma sorpresa que se puede sentir cuando uno llega a casa y se da cuenta de que alguien ha entrado sin forzar la puerta.

—¿Me vio el otro día? —preguntó Jon.

—Te vi pelearte el otro día —dijo el hombre—. Eres más torpe que un carajo en agua sucia, pero sabes encajar. Tus amigos, no.

—No son mis amigos.

—¿Sabes otra cosa que te distingue de ellos?

Jon estaba comenzando a enfadarse con esa actitud de sabiondo del hombre. Abrió la botella de tequila con un empujón de la muñeca. El tipo continuó como si tal cosa.

—Tú tienes honor.

—¿El qué?

—Honor. Es la cualidad de decir que vas a hacer algo, y hacerlo.

—No, no tengo de eso.

El hombre soltó una carcajada y se rascó la nuca.

—¿De qué se ríe?

—De que se te acaba de pasar por la cabeza la idea de darme una hostia, de eso me río. —Luego levantó la mano, como pidiendo disculpas, y añadió—: No te lo tomes a mal.

—Está bien.

—Mira, tengo la escoba en la mano, pero no la uso. ¿Puedes decir que no tengo una escoba?

—No.

—Pues eso.

—Pero yo estoy viendo la escoba.

—Y yo veo tu mirada. Sé un poco de miradas, créeme. La mirada siempre va antes que el puño. La mirada es lo que te dice que alguien te va a saltar al cuello.

—¿Y qué es lo que ve en mi mirada?

—Que tú no perteneces a esa botella, a esas amistades, a toda esa mierda. No te conformas. Te dan un poco de asco. Te das asco a ti mismo. Eso no tiene por qué ser malo.

Jon se llevó la botella a la boca, como para demostrarle a aquel hombre que estaba equivocado. No detectó en él ninguna urgencia por recriminarle nada, ninguna intención de señalarle con el dedo. No vio decepción en su rostro ni tampoco ansia. Vio serenidad.

¿Cuánto tiempo hacía que Jon no se sentía sereno? ¿Cuánto tiempo hacía que podía estar a solas consigo mismo y sonreír como un estúpido bajo los rayos del sol o el roce del viento?

Bajó la botella sin beber. La cerró y se sentó en la acera. El hombre se sentó junto a él, con la escoba sobre las piernas.

—Un día te meterás con alguien que no sabe perder —dijo—. Si sigues siendo el Suerte, te enterarás a tiempo de que esa persona tiene mala fama y pillarás una navaja o un palo. Si no, te cogerá por sorpresa. A lo mejor te deja en una silla de ruedas. Divertido, ¿verdad? A lo mejor te mata y se acabó la película para ti. Toda la película. A lo mejor lo matas y..., bueno, eres demasiado guapo para acabar en la cárcel, chaval.

—No soy marica —dijo Jon.

—En la cárcel no te van a preguntar si eres marica. Pero, espera, porque ahí no acaba la cosa. En la cárcel tienes que seguir viviendo, y tal y como te comportas ahora, te vas a hacer más enemigos allí dentro de los que ya te estás haciendo fuera. Vas tener que fabricarte un pincho para defenderte y a lo mejor te cargas a otro. Más años de condena.

Jon se llevó una mano a la frente. Tenía ganas de vomitar. El hombre no se apiadó de él. Siguió hablando con el mismo tono neutral, como si constataste una serie de hechos, una receta de cocina.

—Estoy seguro de que te han pasado cosas malas y estoy seguro de que piensas que te han cambiado para siempre, pero créeme: no es verdad. Solo hay una cosa que puede cambiarte, chaval, solo una.

—¿Cuál es?

—Lo único que diferencia a un hombre de un lobo hambriento y traicionero: decir que vas a hacer algo, y hacerlo. Aunque llueva y truene. Aunque te estés jugando la vida. Aunque se esté cayendo el cielo.

—El honor.

El hombre asintió con lentitud.

—Contigo no lo han tenido, ¿verdad?

Entonces Jon se abrazó las rodillas y se sintió más cerca de aquella persona de lo que había estado de nadie en más de un año. Quizás, incluso, más de lo que nunca se había sentido del duro hombre de negocios que era su padre y de la mujer fría y egocéntrica que era su madre.

—Estoy acojonado —confesó Jon.

Se dio cuenta de que había comenzado a llorar porque notaba la garganta dura y la barbilla temblorosa. Estaba hablando con un extraño, pero su necesidad de desahogarse era demasiado grande como para tener eso en cuenta. Lo único que importaba en aquel momento era que ese hombre le hablaba con palabras que él podía entender, y que parecía dispuesto a escuchar palabras que casi nadie quería escuchar.

—Puedo hacer lo que me dé la gana y eso me acojona.

—Lo sé —murmuró el hombre.

—No es un regalo, lo de hacer lo que te dé la gana. Es una putada. Es como si te ponen en una barca en mitad del mar y te dicen: «Venga, niño, ahí tienes, tira para donde quieras».

—Lo sé.

Jon rompió a llorar con fuerza y se agarró con más fuerza a sí mismo.

—Pero el mar está dentro de mí y nadie lo ve. Y no se termina nunca. No tengo hora de recogida, no tengo a nadie a quien enseñarle las notas. ¡No sé vivir! ¡No sé las reglas!

El hombre asintió de nuevo, varias veces, mientras el chaval lloraba. Permaneció allí en silencio un rato, como si aquel fuese el salón de su casa. Luego se rascó con lentitud uno de sus musculosos antebrazos y dijo:

—Escúchame, chaval... ¿Cómo te llamas?

—Jon.

—¿Americano?

—Jon: jota, o, ene. Es vasco.

—Yo me llamo Iván. Escúchame. ¿Tú quieres que yo te ayude?

Jon levantó la cabeza. Se pasó el dorso de la mano por la nariz.

—Estoy como si no tuviera padres. ¿Cómo piensas ayudarme, Iván?

—Vas a tener que crecer antes de tiempo. Vas a tener que ser tu propio padre, pero no eres el primero ni serás el último. Y vas a tener que controlar tu ira, porque tu ira no te puede dominar. Recuerda aquello de los lobos que hemos dicho antes.

El chaval cerró los ojos. Aunque la situación fuese irreal para cualquiera a quien pudiese contársela, él la sentía como más sincera y profunda que cualquier conversación que hubiese tenido con ninguna otra persona.

—Sí, por favor. Quiero que me ayudes.

El hombre le dio la mano y Jon se la estrechó con fuerza.

—No me vas a hablar de Cristo ni de Buda ni de hostias de esas, ¿verdad?

—Yo te voy a ayudar a controlar tu ira —dijo el hombre con buen humor. Luego adoptó un gesto serio y su mirada se volvió intensa, casi agresiva bajo la escasa luz de la calle—. Pero, a cambio, tienes que hacer un juramento. Si lo mantienes, aunque todo se vaya a la mierda, jamás estarás solo. Yo estaré contigo. Y mi maestro. Y el maestro de mi maestro.



Jon se había quedado profundamente dormido por la borrachera, pero sus sueños estuvieron poblados de imágenes de matanzas, confesiones, traiciones y una emboscada en un desfiladero. En el momento del sueño en que iba a recibir el golpe, le despertó de súbito una explosión de sonido y de calor en el rostro.

Abrió los ojos, alerta. La mejilla le dolía, le ardía. Una figura se alejaba de él hacia las sombras de la casa abandonada. ¡Le acababan de soltar una bofetada para despertarlo! Intentó incorporarse para perseguir a aquella persona y se dio cuenta de que el golpe no solo le había sacudido el sueño, sino también la borrachera.

—¿Iván? —preguntó de modo irreflexivo.

Pero era imposible. Iván ya no se encontraba en Cádiz. Y, si se hubiese tratado de él, no habría desaparecido en la oscuridad después de despertarle de aquel modo.

Miró a un lado y a otro para cerciorarse de que los licántropos no estaban.

—¿Quién anda ahí? —tanteó.

Percibía un cierto olor que le era familiar, pero no podía identificar el origen. Entonces notó una rozadura en las muñecas y, gracias a la poca luz que entraba desde la calle, pudo ver que lo habían atado con cuerdas, pero que las cuerdas estaban rotas. Olfateó y descubrió que en realidad habían quemado las sogas.

Se giró hacia atrás y se dio cuenta de que lo habían intentado retener atándolo a una sólida tubería, porque de esta también colgaba una cuerda con el extremo ennegrecido. Lo mismo sucedía con sus tobillos.

—¿Qué coño está pasando?

Si no había sido un sueño, si realmente alguien le había despertado con un bofetón, uno muy eficiente, debía seguir allí, en silencio. Jon se aproximó a la zona que permanecía completamente a oscuras.

La curación de su borrachera no era absoluta. Sentía un poco de mareo y regresaron las náuseas. En medio de las sombras, levantó las manos para encontrar algo donde agarrarse, pero no había nada. Dio un par de pasos hacia delante y percibió, justo a tiempo para evitar caerse, que una escalera sin barandilla se abría hasta el piso de abajo.

El de la bofetada, que seguramente también le había liberado con fuego de las ataduras, debía haber descendido por ahí. Jon decidió hacer lo mismo. Escaleras abajo, comenzó a colarse en su cabeza el recuerdo de la conversación que había mantenido con los licántropos. Les había confesado que en su pecho estaba el corazón de uno de ellos.

Era lamentable que el alcohol le hubiese hecho actuar de una manera tan irreflexiva, pero Jon

no estaba dispuesto a volver al camino de las lamentaciones.

Cuando llegó abajo, olía a humo. La puerta principal de aquella casa abandonada estaba abierta y la cerradura aparecía ennegrecida. Así había conseguido entrar y salir el tipo que lo había liberado de sus ataduras, mediante el fuego. Aquello le recordó a Von Haider y le hizo sentir pena por el hombre que finalmente le había contado la verdad sobre su corazón. El pensamiento le llevó hasta el recuerdo de lo que su madre le había contado acerca de su padre. Entonces sintió rabia.

Para completar aquel triángulo de planes y engaños, acabó pensando en el doctor Abelardo Carrasco. Eso le hizo detenerse en su camino hacia la puerta. ¡Le había confesado a los licántropos que era Carrasco quien le había puesto el corazón que llevaba en el pecho! Se apretó las sienes.

—¡Está bien! Vamos a arreglar esto. Todo esto.

Jon estaba muy lejos de sentir ningún aprecio por el doctor, mentiroso y retorcido, pero sabía sin ningún género de dudas que Rial y Nuk, cuando lo encontrasen, iban a pintar la clínica con su sangre, y él sería responsable directo de su muerte. ¿Cuánto tardarían en encontrar su dirección en una guía de teléfonos? ¿Cuánto tardarían en averiguar que no estaba en casa y decidirían acudir a la clínica, donde realmente hacía vida?

Más importante aún: ¿cuánto tiempo había dormido Jon?

Averiguar quién le había liberado de las ataduras y de la borrachera no era prioritario en ese momento. Jon tenía que darse prisa para salvar la vida del doctor, no solo porque no quería cargar con su muerte, sino porque con él morirían las respuestas a muchas preguntas sin resolver, como quién era el tipo del colgante con la cabeza de pájaro que había secuestrado a Rod y que, sin duda, le había entregado su cuerpo a Carrasco para el trasplante.

Y porque, si lo mataban, la clínica se acabaría llenando de policías, que podían encontrar pruebas de que la coartada que lo había librado de prisión era falsa, y también sin duda encontrarían los micrófonos que Lucrecia había instalado en la clínica. Como si Jon no la hubiese metido ya en un aprieto lo bastante importante con Mario Tancredo. Que su amiga acabase en prisión por su culpa, después de todo lo que ya habían perdido ella y Diana, era demasiado para su conciencia.

Jon salió a la carrera de la casa abandonada. No llevaba dinero para un taxi. Ni siquiera tenía un teléfono con el que poder avisar a nadie. Solo contaba con sus piernas y su fuerza de voluntad.



Cuando avistó la clínica, aminoró el paso para recuperarse un poco. No sabía con lo que se iba a encontrar. Tenía más resistencia de la que jamás podría alcanzar con el entrenamiento físico, quizá superior a la de un corredor de maratón, y la potencia de un velocista, pero los que habían ido a por Carrasco no eran precisamente atletas humanos.

Y él no poseía su mayor ventaja: convertirse en lobo.

Llegó con grandes zancadas a la acera, con la respiración controlada. La clínica mantenía algunas luces encendidas, aunque no abriese para consultas externas por la noche. No poseía una seguridad privada al nivel de la que había en la mansión de Tancredo. Quizá solo contasen con recepcionista y un vigilante haciendo un turno de doce horas.

La puerta estaba abierta, casi fuera de los goznes, con el cristal roto. Jon miró dentro, a aquella estancia de espera que conocía desde hacía años, cuando Abelardo Carrasco todavía era para él un amigo de la familia que cuidaba de la salud de todos ellos. Soltó el aire lentamente, se puso la capucha y entró con la cabeza gacha. Estaba al tanto de que en la recepción había cámaras y no le apetecía darle más material a la policía, o a Mario Tancredo, para que volvieran a meterlo en prisión.

La clínica era mucho más pequeña que un hospital, aunque bastante más grande que la consulta

de un dentista. Por lo que Jon sabía, contaba con dos quirófanos, ocho habitaciones para pacientes que tuvieran que ingresar y seis consultas, además de una gran sala de rehabilitación y varios despachos.

Jon se asomó al mostrador. Detrás, en el suelo había un tipo amordazado y atado de pies y manos, inconsciente. Tenía la cara bastante hinchada, el labio superior rojo y brillante, y un ojo que no podría abrir cuando recuperase la consciencia.

Jon no vio prudente intentar despertarlo. Olfateó y descubrió que los licántropos habían estado entrando y saliendo de las distintas habitaciones. Nadie gritaba, lo que podía significar que no había ningún paciente ingresado aquella noche, que los habían amordazado a todos, que eran muy sigilosos o que habían comenzado una matanza.

Pero no tendría sentido respetar la vida del recepcionista y no hacerlo con un montón de gente indefensa.

Jon sacudió la cabeza cuando cayó en la cuenta de que poseía más que el olfato para orientarse: conocía el lugar. Abelardo Carrasco trabajaba en una consulta cercana, pero cuando se quedaba a dormir, que era la mayoría de las veces, ocupaba un dormitorio que se encontraba más allá de la sala de rehabilitación.

Se dirigió hacia allí. Abrió una doble puerta con ojos de buey, atravesó un corto pasillo y percibió con mayor intensidad el rastro de los licántropos. Le llegaron susurros. Era más que posible que, al otro lado del pasillo, Rial y Nuk acabasen de detectarlo a él, su olor, el sonido que producía al moverse.

«¿Qué coño voy a hacer contra dos licántropos?», pensó. «¿Qué pasa si no puedo convencerlos de que dejen al doctor con vida? ¿Voy a tener valor para enfrentarme a ellos?».

Disciplina sobre el cuerpo. Control sobre la respiración. Esas eran las dos premisas que Jon conocía y que le habían salvado, entre otras cosas, de sí mismo. Compromiso inquebrantable y claridad de mente. Eso era lo que Iván le había enseñado para sacarlo del pozo negro en el que se estaba convirtiendo su vida cuando era más joven.

Parecido al pozo negro en el que se convertiría si no era capaz de tomar las riendas del único modo que conocía. Decir que vas a hacer algo, y hacerlo.

Allí ya no había cámaras, así que se echó hacia atrás la capucha, abrió la puerta doble y accedió a la sala de rehabilitación. Veinte metros de largo y diez de ancho, iluminados por las luces de emergencia. Máquinas para ejercitar cada una de las articulaciones, como un gimnasio para la tercera edad, palos de madera en un mostrador, pequeñas pesas casi a ras del suelo, una salida de incendios y una puerta, y, junto a la puerta, un licántropo que superaba los dos metros de altura.

El rostro de Nuk, y no solo su corpulencia, podría haber amedrentado al tipo más curtido de Puerto II. Esperaba a Jon cruzado de brazos.

—Al final mordiste las cuerdas —dijo.

—Más o menos —respondió Jon. Avanzó hacia el centro de la sala—. ¿Dónde está ella?

—Ya lo sabes.

—No voy a permitir que lo matéis.

Nuk asintió. No se rio de él ni escupió ninguna bravuconada. Simplemente, señaló los palos de madera que servían para hacer ejercicio.

—Será mejor que cojas uno de esos.

Jon los miró. Nuk no solo era más fuerte, y seguramente experto en la violencia, sino que tenía mucho más envergadura. Sería difícil acercarse lo bastante para golpearle e, incluso así, parecía poco probable hacerle daño con los puños.

—No llevo armas —dijo Jon al fin—. Hice un juramento.

Avanzó un poco más. Todavía los separaban diez metros y unas cuantas máquinas de ejercicio.

Nuk lo observó con interés. Quizá esa extraña proximidad que Jon sentía hacia ellos era correspondida de algún modo, porque el forzado licántropo, en lugar de lanzarse hacia él para acabar rápido con el asunto y acompañar a Rial, le preguntó:

—¿Un juramento?

Jon asintió. Pasó la mano por el metal de una máquina para fortalecer las piernas, avanzando muy despacio, como si quisiera demorar el inevitable encuentro.

—Pasé una mala racha cuando mi padre entró en la cárcel y mi madre me abandonó. Iba a acabar mal, pero entonces me crucé con alguien que me ofreció su ayuda. No tenía nada que perder. Al fin y al cabo, me iba a enseñar a pelear. A él tuve que hacerle un juramento y no lo pienso romper.

—¿Enseñarte a pelear? —Nuk torció el gesto, confuso—. ¿Una escuela para pelear donde se hacen juramentos?

—Una escuela donde se enseña un camino —respondió Jon—. El *karate-do*. El camino de la mano vacía.

Ya estaba frente a Nuk. No era un lugar apropiado para arrodillarse, como en el *dojo*, pero aun así, sintió la necesidad de compartir con el licántropo aquello que le había salvado de ser una bala perdida, un mero camorrista resentido, bueno para nadie. Levantó las palmas y recitó las palabras que habían dado sentido a su vida cuando nada tenía sentido:

—Vengo hacia ti con mis manos vacías. No tengo armas, pero, si estoy obligado a defenderme, a defender mis principios o mi honor, sea cuestión de vida o muerte, de derecho o de injusticia, entonces aquí están mis manos; mis manos vacías.

Nuk observó cómo Jon retrasaba un pie y colocaba sus puños cerrados, uno delante y otro detrás. Decidió que no se transformaría en lobo para pelear con ese chico que mostraba valor de modo tan extraño. Asintió y, mientras avanzaba hacia él, dijo:

—Que sea con las manos vacías.



En cuanto detectaron que Jon había entrado en el edificio, Rial dejó que Nuk se encargara de detener al escurridizo chico, con la premisa de que no acabara con su vida si no era imprescindible. Abandonó la sala llena de máquinas extrañas, que parecían aparatos de tortura diseñados por gente muy preocupada por la estética, y siguió el olor a humano que había más allá. Llegó a un corto pasillo con dos puertas, una normal, de madera, y la otra de seguridad. De ambas le llegaba el rastro, así que probó primero con la más fácil de abrir.

Sacó su machete de cuarenta centímetros de hoja y accedió a un dormitorio no demasiado grande. En él predominaban los muebles de color oscuro y el orden. Carpetas, libros, ropa en un perchero portátil y material de oficina, todo colocado al milímetro. Una cama sin una arruga. Miró debajo con rapidez. Abrió el armario. Chasqueó la lengua y se dirigió al pequeño cuarto de baño, que también estaba vacío. Allí había unos botes con potingues extraños, nada parecido a lo que se encontraba en los supermercados humanos, sino más bien artesanales. Tenían minúsculas runas grabadas en las tapas. La visión de aquella caligrafía exótica y diminuta hizo que a Rial se le erizara el vello de la espalda.

En todo aquel asunto, incluso en la desaparición de su hermano, siempre estaban las puñeteras runas de por medio.

Salió con rapidez de allí y se dirigió a la segunda puerta, metálica, con un panel lleno de botones a un lado. Sabía que esos aparatos abrían las puertas después de introducir la cadena correcta de números. Sin embargo, la puerta estaba abierta. ¿Llevaría el doctor tanto miedo en el cuerpo que

se le había olvidado cerrarla? ¿O le había preparado una trampa?

A su espalda, Rial oyó el sonido inconfundible de una pelea. Al parecer, a Nuk no le había bastado con un gruñido para espantar al chico. Rial aferró con más fuerza el machete y empujó la puerta.

—Hola, lobita —le saludó una voz con tono metálico desde el otro lado.



Nuk lanzó un puñetazo de tanteo y Jon se echó hacia atrás. La mayoría de los combatientes, al esquivar, se enredaban con los pies, perdían la postura o se tropezaban con algo, pero aquel chico se había quedado exactamente en la misma guardia, con una diferencia: pegaba pequeños botecitos, como si estuviera nervioso. Arriba y abajo, adelante y atrás.

Nuk lanzó la derecha y luego la izquierda, midiendo su fuerza para no arrancarle la cabeza. Jon retrocedió esquivando. Nuk volvió a atacar e intentó arrollarlo con el cuerpo. Entonces el chico hizo algo realmente sorprendente: giró sobre los pies como un bailarín, se colocó detrás y lo empujó con la espalda.

Nuk se agarró a una de las máquinas para no caer al suelo y soltó un gruñido de frustración. Iba a tener que atacar más rápido y más fuerte, no como si fuera una reprimenda a un cachorro entrometido. Se abalanzó hacia Jon por el pasillo que formaban las máquinas, con los brazos extendidos y la cabeza adelantada, rugiendo. El chico intentó rodar por debajo de uno de sus brazos, pero Nuk lo agarró por la sudadera, lo levantó del suelo y le acertó un puñetazo en el costado.

Jon rebotó en una camilla para masajes y cayó al otro lado. Nuk asió el borde con una mano y la lanzó al otro extremo de la sala como si fuese una toalla. Alzó el puño para golpear al chico, pero se acercó demasiado y, de repente, le sucedió algo que jamás había visto en pelea alguna: Jon hizo una tijera con las piernas para atrapar la derecha de Nuk, y lo derribó.

El licántropo se golpeó la cabeza en el metal de una de las máquinas. El mecanismo quedó abollado hacia dentro. Sintió el sabor de su propia sangre en la boca, pero se revolvió con rapidez para detener el siguiente golpe.

Sin embargo, Jon no estaba junto a él. Había regresado al pasillo, entre las máquinas, frotándose con una mano el costado dolorido. Ni siquiera corría hacia la puerta para perseguir a Rial. Mientras Nuk se incorporaba, el chico movió la cabeza a izquierda y derecha hasta que consiguió crujirse el cuello.

Ambos se enfrentaron con el cuerpo y la mirada. Jon atrasó un pie lentamente, cerró los puños, uno delante y otro detrás, y volvió a dar aquellos pequeños botes.

Nuk soltó una carcajada. Escupió saliva y sangre a partes iguales.

—Mierda de caballo —dijo—. Le echas huevos.

Se había acabado lo de subestimar al cachorro. Nuk avanzó con lentitud, dispuesto a recurrir a todos sus trucos. Fintaría, golpearía a ciegas, le arrojaría pesas, usaría el borde de cualquier objeto para lastimarlo y, por supuesto, si se ponía a tiro, le lanzaría un mordisco a la oreja. Aquel cabrón se había ganado una pelea en serio y la iba a tener.

Sabiendo que el cachorro retrocedería, Nuk dio un paso largo hacia delante, el puño en alto, como un señuelo. Pero el cachorro no hizo lo que él pensaba. Se adelantó con mayor rapidez aún y a Nuk le sucedió otra cosa que jamás había visto en pelea alguna: aprovechando la fuerza de ambos, Jon le impactó con el pie en la mandíbula.

Nuk se desplomó de espaldas. Por un instante, todo fue blanco. Notó una sacudida bajo el cuerpo, como si alguien lo hubiese abrazado. Entonces se dio cuenta de que no podía respirar. Se

llevó las manos al cuello, pero ahí estaban los brazos de Jon, ligados entre sí como un nudo marinero, una mano sobre el hueco del codo y la otra sosteniendo la nuca del licántropo. Intentó sacudir la cabeza, pero no había espacio para golpear. Usó los codos, pero solo encontró el suelo.

No le entraba el aire. Dio taconazos desesperados y los arrastró a ambos varios metros, hasta llegar a la pared. Entonces pensó en transformarse. Que ese cabrón hiciera todos los juramentos que le viniera en gana, pero Nuk no se iba a rendir tan fácilmente.

Pensó en transformarse, sí, pero fue una idea que se iba volviendo lejana, como cubierta de telas suaves. Algodones, lo llamaban los humanos. Finalmente, dejó de pensar y su cabeza cayó sobre el pecho de Jon.

Este estuvo unos segundos recostado, abrazado al licántropo. Luego lo echó a un lado y se apoyó en la pared para levantarse. Temblaba, pero no solo por el cansancio o el miedo. Temblaba henchido de orgullo al recordar su encuentro con Iván en aquel callejón, lo difícil que había sido mantenerse fiel a la disciplina y al juramento, lo cerca que había estado las últimas semanas de volver a ser el Jon rabioso a merced de la ira. Incluso con un corazón de lobo en el pecho, incluso con todo en contra, rodeado de enemigos, agobiado por amenazas y enfrentándose a un rival superior, se había aferrado a la palabra dada. Dijo que haría una cosa, y la había hecho.

Había vuelto a la senda del honor y con honor enfrentaría cualquier peligro que le aguardase.

—Gracias, maestro —murmuró.

Por primera vez desde que había despertado en aquella misma clínica, operado en contra de su voluntad, Jon Aldana sostenía las riendas. Y no pensaba soltarlas.



Rial entró en lo que parecía un laboratorio, con muchos aparatos de medicina y tecnología humanas, pero también agujas demasiado extrañas para ser instrumentos médicos, palos afilados de metal o hueso, y runas grabadas en algunos de esos elementos. A izquierda y derecha, y al frente, dominaban la estancia tres enormes cristales ahumados que ocultaban lo que había tras ellos.

La voz metálica había salido de una consola adosada al cristal del centro, una mezcla de salpicadero de coche y máquina de video juegos.

—¿Eres el doctor Carrasco? —preguntó Rial, sin saber muy bien hacia dónde debía dirigir la mirada.

Más allá de la puerta y el pasillo, a su espalda, se oyó el inconfundible rugido de combate de Nuk. ¿Por qué tardaba tanto en despacharlo? ¿Acaso Jon había acudido con una armadura?

—Soy Abelardo Carrasco, sí —respondió la voz.

Entonces el cristal frontal se hizo paulatinamente menos oscuro. El hombre era poca cosa, pero, eso se podía decir en su honor, parecía tranquilo. En algún momento le había sudado la frente, pero el tipo se había repuesto. Quizá incluso se había peinado ese pelo oscuro hacia atrás, que tan bien le iba con su piel morena, y la saludaba con una sonrisa bastante blanca, como de ligón, que contrastaba con sus gafas redondas de sabiondo.

Rial supo que, aunque no le hubiese hecho nada a su hermano, le sería muy fácil detestar a alguien como a Carrasco, todo fachada, egocentrismo y falsedad.

—¿Me has llamado lobita?

El hombre asintió tras el cristal.

—Así que sabes lo que soy.

—Claro.

Hubo un estruendo proveniente de la sala de rehabilitación, como de un armatoste que caía

desde gran altura, pero Rial ya estaba lejos de poder preocuparse por Nuk. Tenía la vista clavada en la insolente cara del doctor, y se movía despacio a uno y otro lado del laboratorio. Exactamente como haría una fiera dentro de una jaula.

—Tú secuestraste a mi hermano.

—Supongo que hablamos del mismo licántropo joven y bien parecido —dijo Carrasco—. No fui yo quien lo capturó.

—Pero le sacaste el corazón.

—Correcto.

—Y se lo pusiste a Jon Aldana.

—Correcto.

—Y ese cristal que te protege está blindado, ¿no, hijo de puta?

—No es tan resistente como yo quisiera —respondió el doctor.

Entonces se oyeron unos pasos y alguien atravesó la puerta. Convencida de encontrarse con Nuk, no pudo evitar retroceder, alerta, cuando vio a Jon. Sin embargo, el chico no daba muestras de rencor ni agresividad, sino que parecía cansado y algo dolorido.

—Tu amigo sigue vivo —dijo.

Antes de que ella pudiera hacer ninguna pregunta, se oyó la risa, metálica al pasar a través del sistema de comunicación, del doctor Abelardo Carrasco.

—¡Parece que ese corazón te ha dado mucho más que unos cuantos años de vida! —celebró—. Me encantaría hacerte unas pruebas.

Jon lo miró con el ceño fruncido.

—Será mejor que te calles, Carrasco, o yo mismo voy a reventar ese cristal y te voy a meter el puño por la garganta.

—No creo que hagas eso, chico.

El doctor estaba de pie en una habitación blanca, junto a un panel que no se diferenciaba demasiado del control de corriente de un edificio. Pulsó un botón y el cristal de la izquierda perdió su opacidad. En vitrinas transparentes había una serie de papeles, o telas muy finas cargadas de runas pequeñas.

—Tengo la capacidad de escribir palabras poderosas en lugares inaccesibles —dijo—. Por eso pude hacer un trasplante imposible, Jon. Estás vivo gracias a mis conocimientos, no solo gracias al corazón del hermano de la lobita.

—Cabrón —gruñó Rial—. Mierda de perro.

Jon se descubrió apretando los puños y los dientes. Deseaba hacerle pagar al doctor todo el daño que había infligido. Luchaba para hacer lo correcto, pero con aquella sonrisa sardónica, Carrasco no le estaba ayudando en absoluto.

—No te pedí que mataras a nadie para salvarme la vida —dijo Jon.

—Ya, ya... Pero eso me importaría si lo hubiera hecho por ti. O por tu padre, ya que estamos.

—Si tampoco lo hiciste por la amistad con mi padre, ¿entonces por qué?

—Soy un científico —resumió el doctor. Se aproximó al muestrario de runas y añadió—: No os cuento esto porque me encante compartir mis secretos, pero debéis entender el poder que tengo sobre vosotros.

Rial enarcó una ceja.

—No tienes ningún poder sobre mí.

Carrasco señaló una de las runas.

—Lo que está escrito en tus arterias viejas y en tu corazón nuevo, Jon, está escrito también aquí. Si destruyo este papel, estás muerto.

—Eso no te va a salvar de la ira de los licántropos —replicó el chico.

Rial, como para confirmar esas palabras, lanzó un rugido y golpeó el cristal. Sonó como si hubiese aporreado un muro de ladrillo, pero se abrieron unas grietas en forma de tela de araña. El doctor dio un paso hacia atrás, más serio. Tragó saliva y continuó:

—Estas de aquí están vinculadas a los ligamentos de la pierna de tu amiguita rubia. Lo pude escribir cuando le operé las fracturas, ¿recuerdas? Tú mismo me la trajiste.

Jon cerró los ojos. No solo había involucrado a Lucrecia, sino también a Diana, en una red de amenazas y chantajes. Tenía que actuar con cautela.

Rial lanzó otro puñetazo y las grietas se multiplicaron. El cristal quizá no aguantase un tercer embate.

—¡Quieta! —ordenó el doctor.

—¡No tienes ningún poder sobre mí! —gritó Rial.

Levantó el brazo, pero Jon se lo agarró.

—¡Mi amiga! —exclamó.

El puñetazo que le dio Rial en el estómago lo cogió desprevenido. Se quedó sin aire, doblado por la cintura como después de un vómito.

Carrasco cogió uno de los pergaminos. Fue corriendo hacia el panel de control.

—¡Esta otra runa está vinculada con...

Rial lanzó otro puñetazo y atravesó definitivamente el cristal.

—... con las viejas arterias de tu hermano y con su nuevo corazón! —terminó Carrasco.

Rial se quedó paralizada. Jon se esforzaba por coger aire, en un resuello casi agónico. Tuvo que apoyarse en una mesa, tan sorprendido como ella. Entonces el doctor pulsó otro botón y el cristal de la derecha se volvió transparente. Había una jaula con barrotes plagados de pequeñas runas. En el centro, un joven se aferraba a los barrotes y miraba, desesperado, a izquierda y derecha. Parecía gritar, pero ningún sonido escapaba de la prisión.

«Ahí está mi viejo corazón enfermo», pensó Jon con una mano en el pecho.

—¡Rod! —exclamó Rial—. ¡Estás vivo!

—Está vivo —confirmó Carrasco—. Hasta que yo decida que deje de estarlo.

El doctor suspiró, aliviado, como si acabara de llegar a la meta después de una carrera interminable. Colocó el papel de las runas contra el cristal. Luego añadió:

—Espero que ahora entendáis el poder que tengo sobre vosotros.



Los grandes planes requerían grandes sacrificios, y el anonimato era uno de los más dolorosos para él. Tras liberar a Jon de sus ataduras en la casa abandonada, había recurrido a las runas de curación en su guante para espabilar al chico de la modorra alcohólica, y las runas de calor en su ropa para quemar el rastro olfativo que emanaba de su cuerpo.

No quería que Jon lo encontrara, no aún. Había demasiadas cosas que hacer en las sombras. Llevaba demasiados años planeando todo aquello como para estropearlo por un arrebatado de egocentrismo. Eliminar el rastro olfativo no era algo que pudiera hacer todo el tiempo, porque corría el riesgo de que el exceso de calor lo deshidratara de modo irreversible y, además, las runas podrían volver a agotarse, así que dejó que el chico se marchara. Seguirlo, desprendiendo un rastro reconocible, sería demasiado peligroso.

Él tenía otras cosas que hacer, lugares que visitar.

En Sierra Morena, si todo iba según lo planeado, los licántropos debían de hallarse inmersos en una crisis sin precedentes. Debido a las pesquisas del grupo de Rial, los brujos contaban con demasiada información sobre lo que sucedía en Cádiz. Los magos se habían metido por medio. Incluso los centinelas estaban involucrados en aquella extraña epopeya relacionada con el corazón de Jon, aunque fuese de modo muy indirecto.

Había llegado el momento de cambiar la caja de sitio.

Se internó en las catacumbas de la ciudad de Cádiz a través de una trampilla oculta en el suelo de su finca. Encendió una linterna y descendió por unas gastadas escalinatas hasta las húmedas entrañas de la piedra. Acabó, como tantas otras veces, frente a una puerta circular de mármol gastado, en la que aún se podía leer una inscripción en latín: *Lapides somnium homines*.

Activó el resorte oculto y la piedra rodó hasta introducirse en la pared, para descubrir, no una extensión del pasadizo, sino el final del mismo. Había un hueco en el centro del muro. Introdujo una mano en la oscuridad con la misma lentitud reverencial con que siempre lo hacía. Extrajo una caja de recio acero con una runa grabada en la tapa. Imposible de abrir sin una runa llave.

Sacó un colgante de entre sus ropas y mostró la runa llave. La caja se abrió. Con un suspiro, comprobó que su preciado contenido, aquello que debía volver a trasladar a lugar seguro, seguía allí dentro. Vender el secreto, la copia manuscrita de uno solo de aquellos intrincados símbolos, le había supuesto aprender runas prohibidas para la mayoría de los mortales e inmortales. Negociando con menos de la mitad de aquellos secretos, él había conseguido aprender modos de matar y evitar la muerte, burlar la naturaleza de hombres, animales, licántropos...

Pasó las yemas de sus temblorosos dedos por la fuente de todo su conocimiento y su poder.

Una página de *La Biblia de los Caídos*.



En esta página se podrán consultar siempre todos los tomos publicados y su orden de lectura:
<http://www.fernandotrujillo.org/#!la-biblia/c2013>

Crónica principal a cargo de Fernando Trujillo Sanz

- La Biblia de los Caídos. Tomo 0 (**GRATIS**)
- Tomo 1 del testamento de Sombra
- Tomo 1 del testamento del Gris
- Tomo 1 del testamento de Mad
- Tomo 1 del testamento de Nilia

- Tomo 2 del testamento del Gris

Apéndices

- Tomo 1 del testamento de Jon
- Tomo 1 del testamento de Roja

- Tomo 2 del testamento de Jon

Bibliografía de Juan González Mesa

- Tomo 1 del testamento de Jon. Apéndices de La Biblia de los Caídos (El desván de Tedd y Todd)
- Gente Muerta (Ediciones Acontracorriente). Nominada a los Ignotus 2014 en la categoría de Mejor Novela.
- La Montaña (autopublicada). Nominada a los Ignotus 2014 en la categoría de Mejor Novela Corta.
- Tiempo de Héroe. La venganza de PekinP (Editorial Norma). Coordinador de trama y coautor.
- Gabinete 6. Libro 1. El puente de los suicidas (autopublicado).
- Gabinete 6. Libro 2. Asesinos sobrenaturales (autopublicado).
- El Exilio de Amún Sar (autopublicada).
- Rubicón. Relato finalista Alberto Magno 2014.

Otros premios de relato: 2 primeros (Juan Ortiz del Barco y Ciudad de Martos). 2 accésit (Ciudad de Elda y José María Franco Delgado).

Participaciones en antologías: Dimensión B (La pastilla roja) con el relato El ataque del asesino invencible. Visiones 2014 con el relato Hijos de Coubertin (coescrito con Antonio González Mesa).

Blog: juangmesa.blogspot.com

Facebook: <http://www.facebook.com/juan.gonzalezmesa.7>

Twitter: @JuanGMesa